



UNIVERSIDAD  
DE LA REPÚBLICA  
URUGUAY



**FHCE**  
Facultad de Humanidades  
y Ciencias de la Educación

**Maestría en Ciencias Humanas**

**Tesis para defender el título de Maestría en Literatura Latinoamericana**

***El poder de la memoria***

***Autobiografías de exiliados del Tercer Reich y la dictadura uruguaya***

**Autora: Lorena Costa**

**Director: Guillermo Giucci**

Julio de 2024

Montevideo, Uruguay

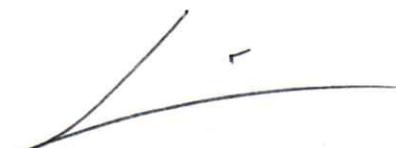
**Aval del Dr. Guillermo Giucci**

Montevideo, 4 de julio de 2024

Sres/as integrantes de la Comisión de Posgrados  
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación  
De mi mayor consideración:

Hago constar, por la presente, que la tesis denominada *El poder de la memoria. Autobiografías de exiliados del Tercer Reich y la dictadura uruguaya*, de la estudiante Lorena Costa, cuenta con mi aval como director.

Entiendo que sus fundamentos y exposición podrán redundar en una contribución al conocimiento en el campo específico de la literatura autobiográfica, del país y la región, en el contexto de movilidades forzadas.



Prof. Dr. Guillermo Giucci

*A la palabra,  
y su infinito poder...*

*A la empatía.*

*A cada persona y circunstancia que hicieron posible este trabajo.*

## Índice

Resumen.....	VII
Abstract .....	VIII
I – Introducción .....	9
II – El inicio .....	22
1. Parque Ibirapuera, São Paulo .....	23
2. Café Sacher, Viena.....	25
3. Rumiar.....	27
III – Primera vuelta de la espiral: el enemigo instalado en el poder .....	29
1. Consolidación de Hitler como Führer .....	29
2. Resistencia: política y prensa.....	36
IV – Segunda vuelta de la espiral: bajo el azote del nazismo .....	42
1. Destierro por etapas .....	42
1.1. Interrogatorios, torturas y prisión.....	42
1.2. Campo de concentración Lichtenburg y expulsión de Alemania ...	50
2. Peregrinación .....	57
V – Tercera vuelta de la espiral: búsqueda de refugio .....	61
1. Yugoslavia .....	61
2. El barco Patria .....	64
3. Sin escapatoria .....	66
4. Bolivia.....	69
VI – Cuarta vuelta de la espiral: Uruguay.....	73
1. Llegada a Montevideo: primeras impresiones .....	73
2. Sentimiento de pertenencia .....	76
3. Vida en Uruguay .....	77

3.1. Trabajo y relaciones sociales .....	78
3.2. Las diferencias culturales en el amor .....	79
3.3. De “la Suiza de América” a la dictadura.....	81
3.4. Medio Mundo y Comité Barrial.....	82
VII – Quinta vuelta de la espiral: enfrentar el pasado.....	86
1. Austria.....	86
2. Volver a la primera patria .....	88
2.1. Alemania Oriental, 1963 .....	88
2.2. Alemania Occidental, 1975.....	89
2.3. Alemania unificada, 1995 .....	92
VIII – Sexta vuelta de la espiral: dictadura uruguaya.....	97
1. Día del golpe de Estado .....	97
2. Periodismo y resistencia.....	100
3. Regreso a otro Uruguay .....	102
4. Allanamiento, torturas, interrogatorio y prisión.....	105
5. Libertad condicionada.....	109
IX – Séptima vuelta de la espiral: nuevo exilio .....	112
1. Alemania, un refugio posible .....	112
2. Israel, la tierra prometida .....	114
X – Octava vuelta de la espiral: retorno a Uruguay y caída de la dictadura	117
XI – Algo de historia.....	121
1. Camuflaje de los judíos.....	121
2. Políticas migratorias, consulados y cónsules .....	123
3. Barcos durante la Segunda Guerra: destinos y repercusiones.....	125
4. Entrevistas a miembros de la familia .....	127

XII – Proceso de escritura e irrupciones anunciadas de ficción .....	129
1. Inicio y continuidad en la escritura .....	129
2. Inspiración literaria ante sentimientos de angustia y añoranza.....	132
3. Cartas .....	133
4. Presentación y cambio de nombre .....	135
5. Trato directo, mención al lector y saltos en el tiempo .....	137
6. Otros protagonistas .....	139
7. Historias intercaladas .....	142
7.1. Los tíos Gretel y Karl.....	143
7.2. El tío Fritz .....	146
8. Entre fantasías y recuerdos: imágenes de infancia.....	150
9. Desficcionalización .....	154
10. “De clandestino a ciudadano ilustre” .....	155
XIII – Reflexiones finales .....	157
XIV – Conclusión .....	161
XV – Bibliografía.....	164
Anexo I – Entrevista a Günther Drexler .....	169
Anexo II – Pasajes del libro <i>Tres tiempos</i> de Daniel Drexler en los que menciona el libro de su padre, <i>¡Como el Uruguay no hay!</i> .....	177
Anexo III – Entrevistas en distintos medios .....	183

## Resumen

Esta investigación aborda dos relatos autobiográficos de autores de origen alemán exiliados en Uruguay: *Patria en el exilio. Exilio en la patria. Recuerdos de Europa y Latinoamérica* ([2003] 2011), de Ernesto Kroch (1917-2012) y *¿Como el Uruguay no hay! (no hay cómo llegar)...* ([2011] 2018), de Günther Drexler (1935). En ellos se narran experiencias de encierro, persecución y movilidades forzadas que tuvieron a Uruguay como país de destino y de partida en contextos de terrorismo de Estado durante la Alemania del Tercer Reich (1933-1945) y la dictadura cívico-militar uruguaya (1973-1985).

El deseo de que la historia no vuelva a repetirse es compartido por los sobrevivientes del Holocausto e impulsó a que muchos incursionaran en la escritura para compartir sus testimonios y mantener viva la memoria. Varias autobiografías que conforman la llamada Literatura de la Shoah fueron publicadas en Uruguay por quienes adoptaron al país como su nueva patria, entre ellos Drexler y Kroch, que ya contaban con la autoría de textos de diferentes géneros. En los libros del corpus dan cuenta, además, de las políticas migratorias que promovieron el cierre de fronteras obligándolos a ingresar al país de forma clandestina, las características de la sociedad uruguaya que más les impactó y sus procesos de adaptación. Pero lo más destacado es que mencionan la dictadura y realizan asociaciones con lo ocurrido en la Alemania nazi. No dejan de ofrecer testimonio de ese período oscuro del país que los empujó a un nuevo exilio, forzándolos a enfrentarse a los fantasmas del pasado.

En este trabajo se muestran los puntos de conexión que tienen ambos relatos entre sí y las particularidades que los aleja del tipo de narración que suelen presentar las autobiografías de víctimas del nazismo exiliadas en Uruguay. Los constantes saltos en el tiempo, la incorporación de ficciones y la inusual elección del momento desde donde comenzar a narrar, son algunas de las peculiaridades que presentan estos autores, envueltas por un rumiar constante ante la rememoración del trauma.

**Palabras claves:** autobiografía, nazismo, dictadura uruguaya, memoria, trauma.

## **Abstract**

This research addresses two autobiographical stories from authors of German origin exiled in Uruguay: *Patria en el exilio. Exilio en la patria. Recuerdos de Europa y Latinoamérica* ([2003] 2011), by Ernesto Kroch (1917-2012) and *¿Como el Uruguay no hay! (no hay cómo llegar)...* ([2011] 2018), by Günther Drexler (1935). They narrate confinement, persecution and forced moves experiences that had Uruguay as a country of destination and departure in a context of State terrorism during the Third Reich Germany (1933-1945) and the Uruguayan civic-military dictatorship (1973-1985).

The desire for history not to repeat itself is shared by Holocaust survivors and prompted many to venture into writing to share their testimonies keeping a live memory. Several autobiographies, that make up the so-called Literature of the Shoah, were published in Uruguay by those who adopted the country as their new homeland. Among these, Drexler and Kroch, who already had authorship of different texts genres. In the corpus books, they give an account of the migration policies that promoted closure of borders, forcing them to enter the country in clandestinity, the characteristics of Uruguayan society that had the greatest impact on them, and their adaptation process. But the most outstanding aspect is that they mention the dictatorship and make associations with what happened in Nazi Germany. They never cease to bear witness to that dark period of the country that pushed them into a new exile, forcing them to face ghosts of the past.

This thesis shows points of connection between these two stories and the particularities that differentiate them from the type of narration usually found in autobiographies of Nazi victims exiled in Uruguay. Constant jumps in time, incorporation of fictions and the unusual moments choice from which to begin the narrative, are some of the peculiarities presented by these authors, wrapped by a constant rumination before traumas memory.

**Keywords:** autobiography, Nazism, Uruguayan dictatorship, memory, trauma.

## I – Introducción

Algunos sobrevivientes del Holocausto, más tarde o más temprano, se vieron en la necesidad de contar sus experiencias desde el dolor de la víctima. Enfrentaron el desafío de hurgar en las heridas con el propósito de generar un vínculo empático con el lector, que lo mueva a condenar lo ocurrido. Nos invitan a viajar hacia un espacio de antaño donde sus vidas quedaron suspendidas frente al terror, apelando a una sucesión de imágenes y sensaciones que acaso logren representar ese pasado imposible. La voluntad de dejar escritas sus memorias los convirtió en autores de textos que, por sus características especiales, escapan a la clasificación tradicional de géneros literarios y conforman un corpus de literatura testimonial sobre el exterminio judío. Se trata de libros que con frecuencia adoptan el formato autobiográfico y suelen ser la única incursión literaria del autor, que cuenta a veces con la ayuda de un intermediario para poder plasmar en la escritura las terribles experiencias vividas.

Este corpus, conocido como Literatura del Holocausto o Literatura de la Shoah, incorpora textos de sobrevivientes exiliados en nuestro país, que en su mayoría fueron publicados décadas después de ocurridos los sucesos narrados. Incluso después de que los protagonistas presenciaran otro hecho histórico signado por persecuciones y violaciones a los derechos humanos: la dictadura uruguaya. Si bien en esa ocasión los perseguidos fueron militantes comunistas y simpatizantes de las ideas marxistas, las libertades de toda la población —o casi toda— fueron cercenadas y los ciudadanos clasificados en categorías.<sup>1</sup> La vulneración sistemática

---

<sup>1</sup> Esto se dio a través del certificado de “fe democrática” que era solicitado a “todo ciudadano uruguayo que quisiera realizar un trámite nacional o internacional [...] Eso lo habilitaba públicamente a continuar dicho trámite o atender una solicitud, ya sea para el otorgamiento de una beca, postular a un empleo u obtener la autorización para viajar al exterior” (Rico 2008: 435). La categoría asignada podía ser A, B o C, dependiendo de sus antecedentes de adhesión o rechazo hacia el régimen, donde la C inhabilitaba a la persona a realizar la gestión, e incluso corría el riesgo de ser detenida.

y sostenida de derechos fundamentales, la censura en los medios de comunicación, el rumor de la existencia de centros clandestinos de encierro y torturas, junto a la desaparición y asesinato de civiles fue la atmósfera que se vivió, de manera más o menos consciente, en aquellos años. Sin embargo, estos autores-testigos no suelen mencionar ese período de nuestra historia, ni aún en aquellos textos publicados luego de finalizado el período dictatorial, cuando la democracia ya se había consolidado y los horrores cometidos fueron evidenciados. Si bien no es el propósito de este trabajo indagar sobre los motivos de tal omisión, que pueden ser o no diferentes en cada caso, es dable pensar que el clima de represión que se vivió entonces en el país sirvió como un impulso más para recordar una época muy dolorosa del pasado y contar sus experiencias con el deseo de que la historia no vuelva a repetirse.<sup>2</sup>

Este deseo compartido es manifestado de forma explícita por los autores de los textos seleccionados, Ernesto Kroch y Günther Drexler, que al momento de componer sus autobiografías ya se habían convertido en escritores y contaban con publicaciones, en distintos medios, de textos de diferentes géneros, algunos de los cuales merecieron premios y menciones. Llegué a estos dos autores, poco conocidos en el ámbito académico, a través de la búsqueda de testimonios de personas afectadas por las políticas migratorias de Uruguay. Primero fue el hallazgo del libro de Drexler, *¿Como el Uruguay no hay! (no hay cómo llegar)...*, un título muy sugestivo para mi tema de interés en aquel momento. Avanzando en la búsqueda llegué al libro de Kroch, *Patria en el exilio. Exilio en la patria. Recuerdos de Europa y Latinoamérica*. Cuando lo leí descubrí que se daba un diálogo con el libro

---

<sup>2</sup> En ocasión de comentar sobre esta particularidad en el Centro Recordatorio del Holocausto en Uruguay surgió otra explicación posible. Fui informada de que varios sobrevivientes entendían que la forma en que fue organizado y ejecutado el intento de exterminio judío por los nazis no se compara con nada que haya sucedido antes o después. Argumentos sobre este aspecto aparecen más adelante en la voz de Drexler. Finalizada la dictadura, los horribles crímenes cometidos por los militares dejaron de ser un secreto y comenzaron a acumularse testimonios de víctimas. Cabe la posibilidad de que haya una vinculación entre la aparición de denuncias desgarradoras contra la dictadura y la necesidad de muchas víctimas de la Shoah de dejar testimonio para que el mundo recuerde el terrible sufrimiento de los judíos bajo el azote del nazismo como un caso excepcional en la historia de la humanidad. No todos comparten esa idea, en especial muchos hijos y nietos de sobrevivientes del Holocausto, que en algunos casos fueron víctimas directas de la dictadura.

de Drexler y me sugería un nuevo enfoque, donde el nazismo y la dictadura adquirirían relevancia. Es más, la singularidad más destacada, a los efectos de esta investigación, es que ofrecen testimonio de ambas épocas, la Alemania del Tercer Reich y la dictadura uruguaya. Incluso realizan asociaciones entre lo ocurrido en sus respectivos períodos.

La tesis, mientras va mostrando la conexión entre estos dos relatos de vida y el vaivén del diálogo interno de sus protagonistas, busca justificar por qué estos textos presentan un género híbrido, sin precedentes en la literatura uruguaya. Me refiero a *género híbrido* porque estos textos son, a la vez: autobiografías, pero que no pueden ser leídas tan solo como historias de vida; testimonios de exiliados, pero con la particularidad de las trabas migratorias y el doble exilio; testimonios del Holocausto, pero que no inician ni terminan en ese terrible hecho histórico y testimonios de la dictadura uruguaya, donde más que la experiencia pesa la rememoración del del trauma, que plantea una mirada diferente sobre ese período.

Antes de avanzar es pertinente recordar que la autobiografía despierta muchas controversias al intentar delimitarla. Francisco Rodríguez (2000) hace un estudio diacrónico de la evolución del género autobiográfico, una especie de génesis, partiendo de las tres grandes etapas propuestas por James Olney (1991) en su análisis de la historia de la autobiografía. Estas etapas atienden a la relación sujeto-objeto, es decir, la correspondencia entre un sujeto de escritura que se construye a sí mismo —la historia, el héroe u objeto— y el lugar de las mediaciones —el lenguaje. El análisis de esas fases parte de la etimología de la palabra *autobiografía* y considera cada uno de sus semas. En la primera etapa la atención se centró en el *bios*, con la pretensión de que todo escrito autobiográfico reproducía una vida con el máximo de fidelidad, manifestándose la relación texto-historia. En la segunda, el centro de referencia fue el *autos*, la relación del texto con el sujeto creador y no ya con el mundo, la relación es texto-sujeto. En la tercera, se puso énfasis en el *graphé*, acentuando el alejamiento de las nociones de referencialidad al considerar como esencial que el autor de la autobiografía no se reconstruye ni se interpreta, sino que se crea a sí mismo, alude a las relaciones texto-sujeto-lenguaje.

La primera etapa corresponde al *pacto autobiográfico* propuesto por Philippe Lejeune, que entiende la autobiografía como un “relato retrospectivo en prosa que alguien hace de su propia existencia, cuando pone el acento principal sobre su vida individual, en particular sobre la historia de su personalidad” (2004: 160). Según este planteo, lo que interesa es la identidad entre el nombre del autor, el narrador y el personaje, donde la finalidad no es la verosimilitud sino lo que Lejeune denomina “el parecido a lo real o imagen de lo real”, y es este un elemento básico que conecta las autobiografías, los diarios, las memorias y el resto de las formas en las que puede organizarse la escritura de sí mismo. El escritor, mediante su firma, le asegura al lector ser autor y protagonista de su discurso y le propone ser leído con un valor no ficticio. Esta postura ha sido muy cuestionada por la crítica.

El cambio de perspectiva analítico y metodológico que se plantea en la segunda etapa, centrada en el *autos*, fue iniciado por Georges Gusdorf (1991), que concibió la escritura autobiográfica, ya no como una reconstrucción, sino como una interpretación del pasado, centrandolo en el análisis en la forma en la que la memoria reelabora los hechos y los concibe en el marco de una estructura global superior, la vida. Gusdorf incorpora la dimensión filosófica del género autobiográfico y establece la dificultad fundamental del autobiógrafo al momento de escribir su relato de vida, que es enfrentarse al problema del sujeto que se vuelve objeto, que inicia una actividad hermenéutica consigo mismo.

En cuanto a la tercera etapa, centrada en el *graphé*, es la que más controversias sigue suscitando hasta el presente. Parte de la idea de que lo esencial de la autobiografía es que en ella todo autor se crea a sí mismo. Paul De Man (1991) ha sido uno de los más vehementes defensores de esta idea, bajo el argumento de que no existen diferencias entre los textos ficcionales y los autobiográficos, siendo estos una forma más de autoficción. Se considera que no es el referente quien determina la figura, sino la figuración la que determina el referente, por lo que no hay posibilidad formal de distinguir entre autobiografía y ficción. Serán los lectores los que den, o no, credibilidad al relato de la versión del pasado y estatuto de autobiografía a lo leído. La imagen especular del propio cuerpo supone figurar la

relación con el otro y admitir que el espacio autobiográfico es un intercambio dialógico de alteridades, en el que se da una alineación entre los sujetos implicados en la lectura, en la cual ambos se determinan por una sustitución reflexiva mutua.

Por su parte, Mijail Bajtín entiende la autobiografía como una construcción discursiva de enunciados históricos, un género secundario, constituido por dos elementos: la amplitud del mundo biográfico a la esfera del *yo* autoral, y el carácter de otredad competente, las voces de los otros que constituyen una extensión fundamental en la vida. En su planteo<sup>3</sup> permite considerar el género autobiográfico como dialogía, un espacio de enunciación que posibilita escuchar la voz de los otros que son los que me constituyen, “un sujeto como tal no puede ser percibido ni estudiado como cosa, puesto que siendo sujeto no puede, si sigue siéndolo, permanecer sin voz; por lo tanto, su conocimiento sólo puede tener carácter dialógico” (1999: 383). Considera como elemento importante el carácter de otredad competente, pues el biógrafo conoce gran parte de su vida gracias a las palabras ajenas del prójimo, valoraciones que poseen una tonalidad emocional determinada: nacimiento, origen y sucesos, especialmente los de la niñez y la adolescencia. El autobiógrafo no se separa valorativamente del mundo de los otros, sino que se percibe dentro de una colectividad.

Ángel Loureiro (2001) considera que para Derrida la autobiografía está orientada hacia el otro y hacia el futuro por medio de destinatarios textuales que siempre están presente en la autobiografía, a menudo de modo explícito. Insiste en que la crítica autobiográfica no debería examinar la verdad como correspondencia con la realidad o como algo escondido a recuperar, sino la creencia en la *verdad* del

---

<sup>3</sup> En su planteo Bajtín recurre al concepto de cronotopo, que define como la “conexión esencial de relaciones temporales y espaciales asimiladas artísticamente en la literatura” (Bajtín, 1989: 237) y consiste en el modo particular en que la práctica de la literatura configura la percepción de la dinámica del tiempo en el espacio a partir de las posiciones enunciativas concomitantes del narrador y del lector. El crítico sostiene que en la autobiografía existen dos tipos de cronotopos, uno interno y otro externo. El cronotopo interno, que es el tiempo y espacio de vida representado en la escritura, está determinado de alguna manera por el cronotopo externo en el que se produce la representación de la vida propia o ajena como acto cívico-político de glorificación y de autojustificación públicas. En la autobiografía moderna estos dos cronotopos se realizan en conjunto, no se excluyen mutuamente, sino que se complementan.

sujeto autobiográfico y el deseo de autoconocimiento que acompaña a esa creencia.<sup>4</sup> A este respecto, Derrida asegura que “escribir es producir una marca que constituirá una especie de máquina productora a su vez, que mi futura desaparición no impedirá que siga funcionando” (1971: 7). Entonces, la marca es construida por la ausencia de referente, es decir, la propiedad de la escritura reside en la posibilidad de funcionar como referencia separada de su referente. El proceso de reconstrucción de la identidad es inseparable de su consideración como respuesta al otro (la sociedad, la familia, el orden cultural). Para poder caracterizar los géneros es necesario no mezclar, pero el arte actual privilegia las mezclas de discursos, formas y estructuras como una manera de replantear la realidad. La memoria activa un proceso de constante lectura y aprendizaje de la experiencia, un saber que reconstruimos permanentemente dándole nuevos sentidos y significados.

Como se verá a lo largo de este trabajo, ambos textos cumplen con el *pacto autobiográfico*. Utilizan la primera persona del singular, identificando al narrador con el protagonista, que a su vez comparte el nombre con el autor. Pero también se observa la interpretación del pasado centrada en la forma en la que la memoria reelabora los hechos, en estos dos casos mediados por el trauma. A su vez, a través de asociaciones con ese pasado traumático, surge la interpretación del presente, generándose una retroalimentación constante. Las voces de los otros están presentes y en ocasiones toman protagonismo. La orientación hacia el otro y hacia el futuro es manifestada de forma explícita.

La discusión más extendida surge cuando se pretende definir la *autoficción* e intentar diferenciarla de la autobiografía. Este neologismo es una creación del escritor y profesor francés Serge Doubrovsky, que surgió a partir de su ferviente crítica a la idea de *pacto autobiográfico* propuesto por Lejeune. Concibe por primera vez la autoficción en 1977 con su novela *Fils*. Julia Musitano (2011)

---

<sup>4</sup> Menciona tres aspectos, relacionados entre sí, que contravienen las ilusiones cognoscitivas del sujeto: “la incapacidad de cualquier conjunto de discursos de contener o explicar la vida narrada; las irrupciones e interrupciones de[l] [...] caos o trauma; y la subversión de los dominios epistemológico y político ocasionada por las manifestaciones de lo ético como responsabilidad ante y hacia el otro” (147-148).

asegura que el concepto original, que ha ido cambiando con los años, programa una doble recepción, referencial respecto al pasado del héroe-narrador, y ficcional, respecto al marco narrativo que justifica la evocación memorial. Propone la autoficción como una forma de escritura que presenta una historia verdadera a través de un discurso ficticio en el que el autor se convierte a sí mismo en sujeto y objeto de su relato, pudiendo involucrar hasta su nombre para proponer un pacto de lectura que imite los principios del pacto autobiográfico, al mismo tiempo que los subvierte.

Manuel Alberca (2009) afirma que tanto S. Doubrovsky, Vicent Colonna, como Jacques Lecarme, coinciden en la definición de los rasgos fundamentales de la autoficción, entendiéndola como un relato presentado en forma de novela o sin clasificación genérica, diferenciada de la autobiografía y las memorias, en los que se comprueba la identificación nominal entre autor y protagonista, de forma explícita o implícita. Se da un cruce de elementos ontológica y pragmáticamente diferentes, que surgen de dos pactos distintos, que caracteriza a la autoficción como un relato contradictorio y de lectura ambigua, rasgo que la distingue de otras formas narrativas limítrofes. Para que se pueda hablar de autoficción tiene que darse una confusión o mezcla de pactos, lo que Alberca denomina “pacto ambiguo”. También Musitano entiende la autoficción como un conjunto de fuerzas en tensión que inciden unas sobre otras. Considera que es “la forma literaria que conviene al deseo de presentar la propia vida como un proceso paradójico en el que lo personal y lo impersonal, lo factual y lo inventado se afirman simultáneamente” (2011: 12).

No solo resulta conflictivo plantear las diferencias que la autobiografía tiene respecto a la autoficción, sino también sus diferencias con otro tipo de escrituras del *yo*, como es el caso de las memorias. Bernard Neumann, según cuenta Francisco Rodríguez (2000), distingue la autobiografía de las memorias, porque aquella corresponde al relato de acontecimientos privados, el énfasis está puesto en la intimidad, mientras que estas apuntan al relato de la vida social, la participación del hombre en cargos públicos, su relación con los acontecimientos de relevancia histórica y con la gente a la que ha conocido. Lo cierto es que en la práctica se

mezclan los relatos de ambas esferas, porque el individuo se construye a partir del otro, del colectivo. Así lo entiende Elizabeth Jelin que desde un enfoque sociológico busca dar respuesta a varias interrogantes respecto a la memoria. Plantea como centrales la noción de trauma y la influencia de procesos psíquicos ligados al desarrollo del yo, procesos que no ocurren en individuos aislados sino insertos en redes de relaciones sociales y culturales, donde se impone el pasaje de lo individual a lo social e interactivo. “Quienes tienen memoria y recuerdan son seres humanos, individuos, siempre ubicados en contextos grupales y sociales específicos. Es imposible recordar o recrear el pasado sin apelar a estos contextos” (2002: 19-20), idea esta que extrae de la noción de marco o cuadro social propuesta por Maurice Halbwachs (2004). Para este autor las memorias individuales siempre están enmarcadas socialmente y no es posible recordar solo, pues necesitamos la ayuda de los recuerdos de otros con quienes compartimos códigos culturales, aun cuando las memorias personales son únicas y singulares. Se trata de marcos históricos y cambiantes, lo que hace que toda memoria sea, más que un recuerdo, una reconstrucción. Esto se ve confirmado en la obra más reciente del neurólogo y neurocientífico Facundo Manes junto al licenciado en Letras Mateo Niro (2021) donde se explica que la memoria es un producto de la evocación realizada siempre en un determinado contexto y esa interacción con el contexto puede alterar el recuerdo.

La denominada *posmemoria* es otro aspecto que debe ser considerado al momento de trabajar con este tipo de textos, en especial atendiendo al caso de Drexler que era apenas un niño de cuatro años cuando, junto a parte de su familia, logró escapar de Alemania. La mayoría de sus recuerdos de aquella época provienen de la experiencia de sus mayores. La pensadora Marianne Hirsch define el concepto en relación con las generaciones herederas del Holocausto y entiende que el término describe: “la relación de la generación de después con el trauma personal, colectivo y cultural de la generación anterior, es decir, su relación con las experiencias que recuerdan a través de relatos, imágenes y comportamientos en medio de los cuales crecieron” (2015: 19). Hace la siguiente observación “La posmemoria está separada

de la memoria por la distancia de una generación, y de la historia por una trama de emociones personales” (19).

En cuanto al carácter testimonial de los textos del corpus, debemos recordar que el género ha suscitado diversas discusiones en Latinoamérica, en especial en torno a la representación y la representabilidad. Por ejemplo, el carácter de autoridad o no del testigo ante la imposibilidad de constatar la fidelidad del testimonio con los hechos, y la duda de si los eventos traumáticos pueden ser comprendidos y representables. Las discusiones más relevantes se dieron a partir de los libros *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia*, de Elizabeth Burgos, que recoge el testimonio de la líder indígena guatemalteca, premiada con el Nóbel de la Paz, en 1992; y *Biografía de un cimarrón*, de Miguel Barnet, sobre la vida de Esteban Montejo, un esclavo fugitivo cubano. El valor testimonial está presente en los textos de Drexler y Kroch. Son historias contadas por los protagonistas de los hechos, que presentan su discurso como representativo de cierto grupo.

Ambos textos contienen las particularidades exigidas para ser considerados en la categoría de autobiografía, atendiendo a cualquiera de sus tres etapas, pero también en las categorías de autoficción, de memoria y testimonio. Más allá de la ambigüedad, el análisis de estos textos considera la definición sugerida por Francisco Rodríguez “el género autobiográfico se ha constituido en un espacio dialógico, ambiguo, donde conviven elementos referenciales, antropológicos, culturales, encubiertos en una estructura tropológica y pragmática que lo distinguen de otros espacios de escritura” (2000: 23). Sostiene este autor que, como género histórico, mantiene vigentes sus estructuras verosimilizantes y va transformándose a medida que se modifican los espacios socio-textuales que lo consumen. Entiende, además, que siempre subyuga el interés por los atractivos de ese particular tejido en el que, según Karl Weintraub, “la autoconciencia se enhebra delicadamente a través de experiencias interrelacionadas” (1991: 19). Es necesario tener presente que estos relatos remiten a hechos traumáticos que, como tales, causan una disociación de los afectos y las representaciones, según sugiere LaCapra. Elaborar el trauma:

implica un esfuerzo por articular o volver a articular los afectos y las representaciones de un modo que tal vez nunca pueda trascender la puesta en acto o el acting out de la disociación que incapacita pero que, en cierta medida, pueda contrarrestarla (2005: 64).

Este trabajo comienza analizando la forma en que tanto Drexler como Kroch decidieron iniciar sus relatos, comparándola con otras autobiografías de sobrevivientes del Holocausto exiliados en Uruguay. Ambos autores plantean un escenario en un espacio geográfico y temporal que los ubica en una especie de puente entre el pasado y el presente, entre el nazismo y la dictadura. A partir de aquí y con el propósito de observar las conexiones que hay entre ambas historias de vida, se procura reconstruir un orden cronológico de los sucesos, alterado constantemente en los textos por el rumiar de las mentes de los protagonistas ante la rememoración del trauma.

En el tercer capítulo se presenta la asunción de Hitler como canciller y los acontecimientos y leyes promulgadas que lo llevaron a reunir en su sola figura un poder absoluto que habilitó su proceder dictatorial. A través de la voz de Kroch, debido a su militancia sindical y política dentro del partido comunista, aparece información sobre actividades de la resistencia y la circulación de un periódico clandestino en el que colaboraba y participaba como columnista. El cuarto capítulo recoge las experiencias de persecución que sufrieron junto a familiares y amigos por parte del nazismo. En el caso de Kroch, al ser descubierto en su militancia de oposición al gobierno, enfrentó interrogatorios, torturas, dos años de cárcel y nueve meses de encierro en un campo de concentración, antes de ser expulsado del país. Drexler, que era apenas un niño, comparte las experiencias de los integrantes de su familia intentando ocultarse de las razias, mientras recorrían consulados en distintas ciudades para lograr obtener visas que les permitiera escapar de Europa, que estaba siendo invadida por el nazismo.

En el quinto capítulo surgen los primeros escenarios fuera de Alemania que significaron un refugio para los protagonistas antes de llegar a Uruguay. En contraposición, aparece la exposición y denuncia de políticas migratorias que

promovieron el cierre de fronteras tanto en Uruguay como en el resto de Latinoamérica —a excepción de Bolivia— y los reproches por haberle negado a parte de sus familiares la posibilidad de escapar de la muerte.

El sexto capítulo plantea la llegada al país de los protagonistas, el primer contacto con Montevideo y los posibles factores que determinaron el sentimiento de pertenencia. La mayor información de los primeros años en Uruguay y las dificultades en el proceso de adaptación a una nueva cultura surgen del relato de Kroch, dado que Drexler no le dedicó tanto espacio en su libro, quizás porque entonces era un niño, que además ya se había adaptado al idioma y algunos hábitos en un primer contacto con Latinoamérica durante el tiempo que vivió en Bolivia. Aparece, también, un repaso por los escenarios políticos, económicos y sociales del país desde comienzos del siglo XX, expuesto por Kroch, que a su vez cuenta su experiencia en la organización de los comités del Barrio Sur y la resistencia que ejercieron ante el anuncio de la inminente demolición del conventillo Medio Mundo, logrando una solución habitacional para varias familias.

El séptimo capítulo reúne las experiencias de ambos autores al enfrentarse al pasado. Para Drexler ese primer contacto se dio en Austria, un país que apoyó al nazismo. Viajó por una propuesta laboral, a finales de junio 1973, una semana antes de que en Uruguay se instaurara la dictadura. A este le siguieron dos viajes a Alemania, el primero fue en 1975 a Berlín Occidental para realizar una especialización médica y el segundo, en 1995, por una invitación del país, ya unificado, a berlineses exiliados durante el nazismo. Para Kroch el primer contacto fue un viaje a Alemania en 1963, donde conoció la realidad de los dos lados del muro, pasando antes por Israel y otros países de Europa para visitar a familiares y amigos. Más adelante se incluye el siguiente contacto de Kroch con su país de origen, pero ya en su condición de exiliado de la dictadura uruguaya.

El octavo capítulo se centra en la dictadura cívico-militar uruguaya. Ambos autores dan cuenta del clima que se vivía desde un tiempo antes. Drexler, que se encontraba en Austria cuando ocurrió el golpe de Estado, comparte la información que le llegaba a través de la comunicación telefónica con su padre. Rememora el

impacto que le causó a su regreso encontrarse con el país tan cambiado. Por su parte Kroch narra su experiencia en la manifestación masiva de rechazo a la dictadura, sobre la avenida 18 de Julio, y en la resistencia llevada adelante por los sindicatos. Los dos protagonistas enfrentaron retrasos al momento de realizar el trámite de sus pasaportes y fueron víctimas de allanamientos. En el caso de Kroch fue detenido junto a su hija, interrogado y torturado. Pero el mayor espacio de su relato lo dedica a la detención injustificada de su hijo, el proceso judicial que lo sentenció a varios años de cárcel y la angustia familiar en torno a su encierro que llevó a la madre del joven a enfermar gravemente y fallecer antes de lograr ver a su hijo en libertad. Drexler vio su carrera frustrada al entrar en conocimiento de un expediente en poder de la policía secreta que hacía peligrar su puesto en el Hospital de Clínicas.

El noveno capítulo contiene las experiencias de ambos durante el nuevo exilio y las reflexiones al momento de tener que decidir el país de destino. Manejaron las mismas posibilidades, Alemania e Israel, y fue la rememoración del trauma lo que los llevó a tomar caminos opuestos. El décimo capítulo trata del retorno a Uruguay. En el caso de Drexler cuando todavía no había terminado la dictadura. En el caso de Kroch luego de finalizada, con un viaje previo para participar en las elecciones de 1984.

En el undécimo capítulo se exponen temas que, si bien fueron mencionados a lo largo del trabajo por estar vinculados a las historias de vida de los protagonistas, recibieron un mayor desarrollo por parte de Drexler, y es un claro ejemplo del intento de los autores de ofrecer amplia información de los contextos, en este caso relacionado al nazismo. Entre los temas expuestos se encuentra el camuflaje de los judíos alemanes que buscaban diferenciarse de sus parientes del Este; el proceder humanitario de muchos cónsules que ante las políticas de cierre de fronteras buscaron estrategias para seguir expidiendo visas en el intento de salvar vidas, y la denuncia hacia aquellos que hicieron negocio vendiendo visas falsas y poniendo a las personas en peligro de ser deportadas; el destino del barco *Patria*, que lo alejó junto a su familia del peligro, y el de otros que fueron rechazados por los países de destino, viéndose forzados a vagar por distintos puertos, lo que llevó a la

desesperación de sus pasajeros ante el pánico de ser deportados; y el intento, a veces exitoso y otras frustrado, de entrevistar a miembros de la familia.

A este le sigue un largo capítulo, el duodécimo, que trata sobre los procesos de escritura. Incluye la incursión de ambos autores en el mundo literario, los libros de diferente género que publicaron, el protagonismo que por momentos adquieren otros personajes en ambos textos, la reconstrucción de recuerdos borrosos de la infancia, el trato directo con el lector y los continuos saltos en el tiempo. En el caso de Drexler, la presentación del protagonista y el cambio de nombre respecto a la primera edición que lleva a pensar en una desficcionalización del libro, la incorporación de historias intercaladas sobre la vida y el destino de dos de sus tíos y las irrupciones anunciadas de ficción, con el claro caso del capítulo “La carta”. Antes de la conclusión se exponen las reflexiones finales de ambos autores.

Tanto el texto de Drexler como el de Kroch están igualmente representados en este trabajo. Algunos factores como la diferencia de edad entre ellos y los temas a los que decidieron dedicarle más espacio en sus relatos hacen que haya capítulos en que pueda estar más referenciado uno que el otro. Por ejemplo, en el intento de organizar la primera parte siguiendo un orden cronológico de los sucesos, Kroch aparece mayormente referenciado en los capítulos que refieren a la instauración del nazismo en Alemania y el choque cultural con Uruguay. Sin embargo, en los capítulos finales la referencia a Drexler es mayor, especialmente en lo que respecta a las irrupciones de ficción.

A lo largo del análisis se irá mostrando los puntos de conexión que tienen estos textos entre sí y las particularidades de la narración, a diferencia de las autobiografías publicadas por sobrevivientes del Holocausto que adoptaron a Uruguay como su nueva patria. Los constantes saltos en el tiempo, la incorporación de ficciones y la inusual elección del momento desde donde comenzar a narrar, son algunas de las peculiaridades que presentan ambos autores. Se intentará demostrar si existe una vinculación entre estas estrategias narrativas y la rememoración del miedo infundido por el nazismo ante los acontecimientos ocurridos durante la dictadura militar.

## II – El inicio

Tomar la decisión de recordar el dolor del pasado para dejar testimonio requiere, no solo de un gran esfuerzo, sino de una inmensa valentía. Luego sigue el desafío de enfrentarse a una hoja en blanco y tener que determinar desde dónde empezar a contar. En los textos testimoniales de sobrevivientes del Holocausto publicados en Uruguay, el inicio suele situar al lector en un momento de gran quiebre en la vida del protagonista, donde los sentimientos de humillación, desamparo y terror se hacen presentes para convertirse en una constante compañía durante un largo período de tiempo. Con frecuencia el comienzo se ubica en el devastador momento en que fueron encerrados en un gueto o enviados a un campo de concentración. Tal es el caso de Miriam Bek que, con la ayuda de su hijo, narra en *Una voz para la memoria* su pasaje por once campos de concentración:

Tal vez he tenido suerte... Quizá. Cuando llegué, junto con los veintiséis miembros de mi familia, al campo de exterminio masivo de Auschwitz, en aquella madrugada del 5 de junio de 1944, fui obligada a separarme de los demás en la clasificación por sexo y por edad (2016: 17).

También Chil Rajchman, en *Un grito por la vida*, decide comenzar su testimonio desde la llegada al campo de exterminio:

Los tristes vagones me conducen hacia allí, hacia aquel lugar. Vienen de todas partes: de oriente y de occidente, del norte y del sur. Llegan de día y de noche, en todas las épocas del año, en el invierno, en la primavera, en el otoño y en el verano. Los transportes van y vienen y Treblinka acrecienta, día por día, su caudal de sangre (1998: 11).

Incluso hay quienes prefirieron iniciar su relato bastante antes, cuando todavía el nazismo no había consolidado su poder, pero ya empezaban a sufrir las humillaciones y persecución por parte del antisemitismo que iba tomando fuerza. En *Un libro sin título* Ana Vinocur así lo plantea:

Les estoy diciendo a mis hijos, que no sé si podré recordar por dónde comenzar a escribir este libro y realmente me resulta difícil. Mis hijos me miran extrañados y me dicen: —Pero mamá, ¿cómo no vas a recordar que la guerra se

inició en 1939? —No, queridos, no me refiero a las fechas, sino al momento en que sentí humillaciones de parte de alguna mala gente y eso fue mucho antes de la guerra nazi (1978: 12).

En cambio, los autores de los textos seleccionados decidieron comenzar sus relatos en un escenario alejado de los horrores del nazismo, ubicado fuera del país de origen y también del país de destino, en una atmósfera que les es ajena y un presente desde el que van saltando en el tiempo, hacia atrás y hacia adelante. Se trata de un momento decisivo en sus vidas, desde un lugar geográfico que sirve de puente entre los traumas del pasado en Alemania y el peligro presente en Uruguay, donde el recuerdo del nazismo fortalece los fantasmas de la dictadura. No deja de ser un punto de quiebre, un “espacio” intermedio que les permite situarse afuera y adentro, como observadores y observados, como autores y protagonistas.

Comparten, también, la particularidad de hacer partícipe al lector de pensamientos reiterativos y en apariencia desordenados, que se manifiestan en forma de miedos e interrogantes. Es a través de ellos que comienzan a tejer el hilo conductor de sus narraciones, logrando mantener el suspenso al presentar un dilema que, debido a la constante irrupción de recuerdos y reflexiones, se va dilatando en su resolución.

### **1. Parque Ibirapuera, São Paulo**

Ernesto Kroch comienza su historia recordando el momento en que volvió a enfrentarse al desafío del exilio. *En la encrucijada*, así tituló al primer capítulo, que lo ubica geográficamente en la ciudad de São Paulo y cronológicamente en 1982, cuando tenía 65 años. Por segunda vez, expresa el autor, debía “elegir conscientemente”. No empujado por la corriente e influencias del entorno, que van marcando el camino a seguir, sino con la convicción de que de esa decisión dependía su futuro.

Comparte con el lector los pensamientos que pasan continuamente por su cabeza en forma de preguntas: “¿Vuelvo a Montevideo? ¿Retorno a Alemania, mi primera patria, en un segundo exilio? ¿O permanezco aquí, en Brasil?” (7). Sabe

que las consecuencias de esa decisión son inciertas y quedará para siempre la incógnita de saber a dónde lo hubiesen llevado las opciones no realizadas. El escenario de sus preocupaciones son las calles paulistas, por las que circula prestando apenas atención a los rascacielos que aparecen en medio de un mar de casas, pero conserva el instinto de detener la marcha frente a los semáforos. El Parque Ibirapuera despierta su atención y le ofrece descanso y sombra en un banco ubicado bajo un eucalipto de amplio ramaje.

Vuelve a repasar en su mente la peligrosa situación en que se encuentra. Algunas horas antes, mientras regresaba en ómnibus del trabajo a su casa, fue advertido por un compañero que Beatriz, su contacto con el secretariado financiero del sindicato, había sido detenida. Si bien ella no conocía su verdadero nombre, sabía dónde trabajaba y que era alemán, bajo torturas podía proporcionar esos datos a los militares. Además, hacía un año había recaído sobre él una denuncia que lo acusaba de comunista y de trabajar para el sindicato metalúrgico a pesar de estar prohibido. Se sintió en peligro y resolvió abandonar el país con urgencia, ese mismo fin de semana.

Enfrentar la aduana brasilera también significaba un riesgo. Al intentar explicar la sensación de alivio de haber podido cruzar la frontera sin ser detenido, su mente salta en el tiempo, unos cuarenta años atrás, recordando que esa misma sensación de libertad la experimentó al lograr cruzar la frontera alemana-checoslovaca. En ese ir y venir en el tiempo, vuelve al escenario bajo el eucalipto en el Parque Ibirapuera, para seguir compartiendo las interrogantes que llegan a su mente: “¿Se acababa definitivamente una época de mi vida? ¿Comenzaba ahora una nueva? [...] ¿Adónde iré?” (12). ¡Alemania! fue la respuesta, que abrió otra serie de interrogantes:

¿En qué clase de país voy a caer? Es mi patria, pero no se entra dos veces en el mismo río. Sería el retorno a un país distinto al que abandoné en otros tiempos. Y esta vez no llegaría como visitante o turista, sino como “asilado”, buscando refugio allí, donde otrora fui expulsado (12).

Su primera encrucijada, de la que el lector se enterará más adelante, se remonta a 1938, cuando a sus 21 años decidió subir al barco *Alsina* en Marsella con destino

a Paraguay, para escapar de Europa, dejando atrás la posibilidad de viajar a Palestina y estudiar en el Politécnico de Haifa gracias a un cupo que le consiguieron sus padres. Antes había sido expulsado de Alemania por los nazis, luego de pasar dos años en prisión y nueve meses en un campo de concentración.

En este primer capítulo deja anunciada su condición de “desterrado”, haciendo énfasis en la palabra. Sin embargo, agradece ese vía crucis porque, si bien perdió años de libertad y juventud, tuvo un mejor destino que sus padres, de los que recibió noticias por última vez en 1942. Nunca logró saber en qué campo de exterminio fueron asesinados. Y surge el cuestionamiento, entre el rencor y la culpa, “¿Retornaré a pesar de ello a Alemania?” (13). El capítulo termina con el mismo escenario a la sombra del eucalipto.

El autor deja planteado desde el inicio, a través de sus experiencias de exilio, la comparación entre los dos momentos históricos, que irá ampliando y profundizando a lo largo del recorrido por su vida: Alemania y Uruguay, nazismo y dictadura.

## **2. Café Sacher, Viena**

Una cafetería de Viena, Austria, en el atardecer del 20 de junio de 1973, es el escenario que elige Drexler para dar comienzo a su historia. No parece ser casual que decida iniciar su relato una semana antes de que en Uruguay sucediera el golpe de Estado. Sin embargo, su rumiar comienza con los incansables cuestionamientos internos por la decisión de haber aceptado trabajar en el Hospital General de Sankt Pölten, una ciudad situada a 30 km de la capital de aquel país, ubicado en un continente al que había jurado no regresar, cuando en su adolescencia tomó plena conciencia de la magnitud del Holocausto.

Esa mezcla de sentimientos, que iban de la culpa al rencor, lo llevó a recordar viejas discusiones con su padre en relación con Alemania. Consideraba incongruente que su progenitor hubiese aceptado el resarcimiento del gobierno alemán de Adenauer a los judíos damnificados, mientras una simple marca de autos,

Volkswagen, le generaba un inmenso rechazo por representar en su recuerdo los desesperantes momentos vividos antes de lograr escapar. Otro tema de discordia fue la renuencia del autor a aprender la lengua materna, porque representaba también la lengua de los asesinos. Sin embargo, gracias a la insistencia de sus padres, su dominio del alemán le abrió las puertas a la especialidad que tanto deseaba.

En 1973 ya era otorrinolaringólogo, trabajaba en el Hospital de Clínicas y quería perfeccionarse en microcirugía de oído. Consiguió la beca para su especialización por medio de un experto en la materia, de origen austríaco, al que le había servido de traductor del alemán al español. Insiste en esa contradicción que le provoca el hecho de haber aceptado trabajar y especializarse en un país que apoyó al nazismo. La herida abierta del pasado vuelve a sangrar llenándolo de cuestionamientos y culpas. Se encontraba por primera vez en Europa luego de haber sido expulsado junto a su familia, cuando apenas tenía cuatro años. Aceptó completar allí su formación profesional también por curiosidad, por volver a la tierra de sus mayores, quizás en busca de una explicación de lo ocurrido.

La cafetería en Viena sirve de escenario para todos estos recuerdos, cuestionamientos y más recuerdos, que lo retrotraen a su tiempo como estudiante y practicante de medicina, pasando por su primer trabajo como médico sobre un buque petrolero con destino a Venezuela y el traumático episodio vivido por su hermano que fue encerrado en el baño de la Universidad por otros alumnos de medicina y, con cuchillos en mano, lo amenazaron con marcarle la esvástica. Ese constante ir y venir en el tiempo lo lleva hasta un día del año 1939 en que, junto a su familia, lograron abordar un barco hacia Sudamérica, luego de un desesperado recorrido por embajadas para obtener las visas que, finalmente, los liberó del infierno. Luego nos enteraremos de que ese primer viaje a Europa lo realizó consciente de que en Uruguay se estaba gestando un golpe de Estado.

El autor usa un lenguaje coloquial con el lector y lo invita a un viaje hacia el pasado de la mano de recuerdos que van saltando en el tiempo y cambiando de escenario con bastante rapidez, para luego retomar la escena inicial y volver a saltar

en el tiempo, con el propósito de acercar aquellos recuerdos y traumas que dieron origen a las emociones y pensamientos, a veces contradictorios, que desea transmitir. Durante todo el primer capítulo, que abarca más de la mitad del libro, el escenario de tantos recuerdos será siempre la cafetería en Viena.

### **3. Rumiar**

El inicio en estos relatos está marcado por la rememoración del trauma. En Kroch al tener que enfrentarse a un nuevo exilio, para evitar ser encerrado y torturado como lo fue en Alemania. En Drexler al enfrentarse al pasado en el continente del que debió escapar junto a parte de su familia, mientras desde Uruguay le llega la noticia del golpe de Estado. Ese ir y volver de la mente de los protagonistas, ese rumiar de pensamientos compartidos con el lector, pone en evidencia la memoria del trauma, el miedo ante la incertidumbre de lo que pueda suceder y los puntos de conexión entre la situación de Uruguay y la Alemania nazi. La irrupción de pensamientos que responden a miedos del pasado se mantiene a lo largo de ambos textos, aunque más marcado en el de Drexler, que continúa durante todo el relato con saltos constantes en el tiempo, mientras que Kroch, después de los primeros capítulos, intenta seguir un orden cronológico.

La palabra *rumiar* es definida por el DRAE, en una segunda acepción de uso coloquial, como la acción de considerar despacio y pensar con reflexión y madurez algo. Pero es, antes que nada, el mecanismo por el cual algunos animales mastican por segunda vez los alimentos que vuelven a la boca desde el estómago, donde permanecían en un compartimento especial llamado *rumen*, sin haber sido digeridos. Esta idea de “volver a masticar” lo que “no ha sido digerido”, es tomada por la psicología para referir a un pensamiento circular, en bucle, que da vueltas y vueltas en la cabeza sin que podamos detenerlo. El pensamiento rumiante es una de las estrategias que pueden surgir como consecuencia de un posestrés o postrauma y consiste en pensar repetidamente sobre el evento vivido o sus consecuencias, con el consiguiente miedo de que vuelva a suceder.

El rumiar en el inicio de estos relatos no se limita a la forma de pensamiento de los protagonistas, en ese volver una y otra vez sobre las mismas preocupaciones, sino que sus narraciones también adquieren forma de bucle, en un constante ir y volver, mencionando hechos que luego, en alguna otra vuelta de la espiral, serán desarrollados. Escenarios que se mencionan con una cuidadosa descripción del paisaje, para ser abandonados rápidamente en pos de los recuerdos, y luego retomados y dejados nuevamente, una y otra vez. Lo circular también está presente en las propias historias de vida y, como se verá más adelante, en la doble condición de exiliados, en volver al país de origen y retornar al adoptado.

### **III – Primera vuelta de la espiral: el enemigo instalado en el poder**

Cuando nos enfrentamos a la lectura de autobiografías testimoniales de la Shoá de exiliados en Uruguay, es habitual y esperable que los sobrevivientes centren el relato en sus experiencias, la de sus familias y la de aquellas personas que vieron sufrir y morir a su lado. Si bien incluyen referencias a algunos acontecimientos políticos, se limitan a brindar la información necesaria para poder contextualizar sus vivencias y hacer visibles la arbitrariedad y el horror.

En cambio, los autores-protagonistas de los textos seleccionados, que también narran sus historias de vida poniendo el enfoque en los episodios traumáticos, los sucesos que los llevaron al exilio y el destino de sus familiares, presentan a los lectores una interpretación de los acontecimientos, desde la forma en que llegó el nazismo al gobierno, hasta las tretas utilizadas por Hitler para justificar leyes arbitrarias y consolidar su poder. En el caso de Kroch, que además da cuenta de los esfuerzos desesperados de una resistencia que no logró la adhesión suficiente para evitar la llegada al poder del nazismo, responde a su interés por la política y su actividad como sindicalista e integrante de asociaciones que pertenecían al partido comunista alemán. En el caso de Drexler, se debe al esfuerzo por tratar de entender por qué a los cuatro años debió huir de Alemania con parte de su familia, por qué no todos lograron escapar y quiénes fueron los asesinos y sus colaboradores. El lector de estos textos, no solo se enfrenta a la experiencia de sus protagonistas en el contexto de la Alemania nazi, sino que recibe información suficiente para lograr armar la cadena de sucesos que fueron azotando al país y la región.

#### **1. Consolidación de Hitler como Führer**

La llegada al poder del nazismo en Alemania, el 30 de enero de 1933, fue un punto de inflexión para el país, la región y con el tiempo para gran parte del mundo. Quien se había convertido en el líder del partido nacionalsocialista, Adolf Hitler, asumió como canciller, lo que equivale a jefe de Gobierno. En su libro, Kroch

cuenta cómo vivió la noticia de este hecho que ocurrió pocos días antes de su cumpleaños número diecisiete:

Al atardecer del 30 de enero de 1933, cuando nos encontrábamos sentados con mis padres ante la radio y escuchamos la noticia de que el presidente de la nación Hindenburg había entregado la cancillería a Adolf Hitler, mi padre dirigió su mirada expectante hacia la lámpara, con la esperanza de que la luz se apagara en ese momento. Pero siguió encendida esa noche y todas las demás. Probablemente recordara las huelgas generales que impidieron el golpe de Estado en marzo de 1920 y en 1923 la asunción al poder de una dictadura de derecha del Ejército Imperial Negro, logrando la caída del gobierno de Cuno. Con mi experiencia en la MAJ [Asociación Juventud Metalúrgica] sabía que no podía esperarse la unidad necesaria para eso (44).

El intento de golpe de Estado de 1923, al que refiere, fue el perpetrado por Hitler que, convertido en el líder del partido nazi, intentó derrocar al Gobierno de la República de Weimar y terminó encarcelado por cinco años. Pero en esta ocasión su llegada al poder se daba de forma legal, por lo que una huelga general hubiese sido inconstitucional. La esperanza del padre puesta en el poder del pueblo manifestándose en rechazo a un hecho que entiende trascendente y peligroso para el país y sus ciudadanos, será experimentada por el hijo en otro lugar espaciotemporal, donde el respaldo de gran parte del pueblo a su misma causa lo dotaría de las fuerzas suficientes para soportar las torturas en manos de los militares. Pero en esta ocasión era consciente de ser pocos en su misma lucha.

Para entonces el líder nazi había consolidado la idea de la supremacía de los arios<sup>5</sup>, junto a la obsesión de conservar la “pureza de la raza” y fomentar su proliferación. La medicina se puso al servicio del genocidio, así lo explica Drexler

---

<sup>5</sup> La teoría de la superioridad racial aria fue desarrollada, en 1853, por el filósofo francés Joseph Arthur de Gobineau en su *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas* (1937), considerada la obra inicial de la filosofía racista. El autor refiere a tres grupos de razas: blanca, negra y amarilla, donde la aria (de la que solo los germanos conservaban su pureza) sería la versión blanca más perfecta, la raza *pur sang* de la humanidad, dotada de mayor inteligencia y belleza, pero que se ha ido degradando en la mezcla con las otras razas, dando paso a una “degeneración” que acabaría provocando la extinción de la humanidad. Señala, además, que la monarquía es la única forma de gobierno racional. Ambas ideas fueron tomadas por el nazismo.

y menciona en qué consistió la Frenología<sup>6</sup> y la Eugenesia,<sup>7</sup> creadas por reputados científicos<sup>8</sup> en el siglo XIX, que sirvieron de base para que los nazis alemanes elaboraran su propia interpretación de la historia y sus teorías de la superioridad racial aria. Extrajeron la polémica del ámbito académico para convertir estas teorías en doctrinas de Estado.

Según cuenta Hitler en *Mi lucha* ([1924-1926] 2003), su odio hacia los judíos comenzó en su juventud y se sustanció con la lectura de *Los protocolos de los sabios de Sion* (1902), atribuido al escritor y periodista ruso Matvei Golovinski.<sup>9</sup> Este libro es presentado como la transcripción de reuniones secretas donde se detallan los planes de una conspiración judeo-masónica para gobernar el mundo. Convencido de la veracidad del texto y de que el comunismo era una de las herramientas utilizadas por los conspiradores para desestabilizar a los gobiernos en pos de sus objetivos, su odio se extendió a esta agrupación política y a todo simpatizante de las ideas marxistas.

Nos llega del relato de Kroch el testimonio sobre el hecho que marcaría definitivamente el destino del país. Ocurrió pocas semanas después de la asunción

---

<sup>6</sup> Esta teoría, creada por el médico y anatomista alemán Franz Joseph Gall (1758-1828), afirmaba que cada una de las facultades de la mente estaba representada por una parte del cerebro y la diferencia entre las distintas áreas se reflejaba en la forma exterior del cráneo, bajo el supuesto de que los comportamientos más acentuados serían producidos por porciones agrandadas de tejido cerebral, que presionaban la parte interna del cráneo cambiando su forma. En base a esto, consideraba posible determinar la personalidad, las características intelectuales y el comportamiento de una persona con solo examinar su cabeza y facciones.

<sup>7</sup> El término fue acuñado por el británico Francis Galton (1822-1911), primo de Charles Darwin, que aplicó sus principios al estudio de las cualidades biológicas hereditarias de los seres humanos orientado al perfeccionamiento de la especie, basada en la creencia refutada de que la reproducción selectiva de ciertos rasgos humanos hereditarios puede mejorar la “aptitud” de generaciones futuras. Con una visión elitista de la sociedad, propuso que el Estado trazara políticas tendientes a que solo se reproduzcan los más “eminentes”, favoreciendo la “superviviencia de los más aptos”. A diferencia de la frenología, la eugenesia sigue estando muy vigente, orientando sus esfuerzos en políticas abortivas y de esterilización, manipulación e ingeniería genética y el transhumanismo.

<sup>8</sup> El autor señala al antropólogo eugenista francés Georges Vacher de Lapouge (1854-1936) como uno de los pioneros en establecer categorías en las razas humanas en función de las mediciones craneales y otros índices. Influenciado por Spencer, Darwin y Gobineau, se convirtió en uno de los principales promotores del antisemitismo e inspirador de las ideologías nazis. También menciona al economista estadounidense William Z. Ripley que reflejó estas ideas en su trabajo de antropología racial *The Races of Europe: A Sociological Study* (*Las razas de Europa: Un estudio sociológico*) de 1899.

<sup>9</sup> La primera publicación completa en el idioma ruso fue de Sergei Nilus, en 1905.

de Hitler como canciller y le sirvió de pretexto para comenzar su escalada de poder. Se trata del gran incendio al Parlamento ocurrido la noche del 27 de febrero de 1933. A la mañana siguiente se encontraba en cama cuando su hermano llegó con la noticia de que el *Reichstag* estaba en llamas. Supo que a partir de entonces comenzaría la “caza” de marxistas y judíos. No se equivocó. También Drexler en su libro menciona el incendio al Parlamento. Coincide en que fue uno de los hechos más espectaculares del surgimiento del nazismo, aunque no puede dar testimonio porque aún no había nacido. Muchos de los sucesos ocurridos en Alemania durante el tercer Reich son narrados por Drexler a partir de información de la que tomó conocimiento años más tarde. Otras veces los eventos son presentados en forma de testimonio en la voz de diferentes personajes. En esta oportunidad, como en tantas otras, utiliza la ironía para dejar en evidencia que el incendio se trató de un montaje que serviría de excusa para habilitar los atropellos por parte de Hitler:

Un comunista de origen holandés llamado Marinus Van der Lubbe había decidido incendiar el Reichstag, el edificio del parlamento alemán. Irónicamente sus planes coincidieron con los de Göring y Goebbels que, con el acuerdo tácito de Hitler, enviaron a sus tropas de asalto. Éstas inundaron con gasolina el sótano del edificio que ardió por los cuatro costados. El holandés fue capturado, juzgado sumariamente y decapitado. El episodio le dio a Hitler la justificación para emprender una despiadada persecución de los comunistas. Además, Göring, ni corto ni perezoso, explotó el incendio del Reichstag para implementar una serie de decretos que terminaron con lo que quedaba de los derechos civiles. Encarceló a los socialdemócratas y comunistas y eliminó la prensa de izquierda (265).

Este hecho generó el ambiente propicio para que los nazis empezaran a desplegar sus planes. Además de inculpar al joven comunista holandés, acusaron al Partido Comunista Alemán de conspirar contra el gobierno. Al día siguiente, el presidente, Hindenburg, aprobó un decreto, a instancia de Hitler, que avasallaba los derechos ciudadanos avalados por la constitución<sup>10</sup>, permitiendo a las autoridades practicar arbitrariamente registros de domicilios o de oficinas, confiscar bienes privados y ejecutar otras restricciones a la propiedad. Tan solo en su primer artículo

---

<sup>10</sup> Conocida como Constitución de Weimar, fue aprobada en 1919, luego de finalizada la Primera Guerra Mundial.

suspendía los derechos a las libertades de expresión, prensa, asociación, reunión y hasta la libertad individual, además del derecho al secreto de las comunicaciones. Los medios de comunicación fueron otro blanco de los nazis, porque responderían a los intereses de los conspiradores. Se estipularon además castigos que iban desde suntuosas multas, prisión y hasta la pena de muerte para quienes opusieran resistencia a las autoridades o causaran daños a bienes públicos. Este decreto en su sexto y último artículo le ofreció al nazismo un mayor poder y arbitrariedad para actuar —si acaso era posible— al disponer su efecto retroactivo. Pero lo que terminó por facultar su proceder dictatorial<sup>11</sup> fue la ley habilitante, aprobada el 24 de marzo de 1933, que le otorgaba al líder nazi el poder de dictar leyes de forma directa, sin la aprobación del parlamento, y pudiendo desviarse de la Constitución.

“Un conocido mío [...] fue acuchillado en la calle principal de Breslau en pleno día por hombres de la SA” (44) recuerda Kroch y lo señala como el primer crimen cercano del que tuvo conocimiento. La violencia del régimen instaurado la sentiría cada vez más cerca. Su hermano fue sacado a la fuerza de su lugar de trabajo, el juzgado de Breslau, en el que se desempeñaba luego de haber obtenido el título de abogado. Esto respondía a la *Ley para el Restablecimiento de la función pública profesional*, del 7 de abril de 1933, que excluía de la función pública a los judíos y a las personas “políticamente poco fiables”. Fue la primera ley del llamado “párrafo sobre la raza aria”, una norma que excluía a los judíos y a otros “no arios” de organizaciones, profesiones y otros aspectos de la vida pública. Se sintió afortunado por no ser perseguido por sus ideas comunistas, ni discriminado por ser judío en la fábrica donde trabajaba. Si bien su capataz perteneció al partido nazi, se había alejado con un sentimiento de gran odio, luego de presenciar los atropellos cometidos que perjudicaron a su propio hijo.

---

<sup>11</sup> El DRAE define la *dictadura* como: “Régimen político que, por la fuerza o violencia, concentra todo el poder en una persona o en un grupo u organización y reprime los derechos humanos y las libertades individuales”.

Otro hecho importante es mencionado por Kroch, ocurrido un par de meses después del gran incendio. El dos de mayo de 1933, el día siguiente al desfile organizado y promovido por los nazis con abundante propaganda y tickets gratis de cerveza para festejar el declarado Día del Trabajo Nacional, fueron ocupadas por la SA todas las oficinas y edificios de los sindicatos. Hacia el suyo se dirigió el autor para constatar que estaba cerrado y había una discusión entre sindicalistas y miembros de la SA. Poco después fue creada por el gobierno la organización sindical nacionalsocialista bajo el nombre Frente Alemán del Trabajo, que reunía tanto a trabajadores como a empresarios y en los hechos solo funcionaba como una organización de propaganda nazi. Desde entonces comenzó una vulneración sostenida de los derechos laborales, que iba desde la pérdida de poder adquisitivo con la anulación de todos los convenios salariales por medio de la *Ley de orden del trabajo nacional*, aprobada en 1934, hasta la denigración de los trabajadores que comenzaban a ser denominados “vasallos”, a la vez que el director de empresa pasaba a ser “líder de séquito”.

Más hechos trascendentes en la política alemana se fueron sucediendo. El primero de julio de 1934, mientras Kroch regresaba junto a su grupo de amigos del habitual paseo de los fines de semana a orillas del río, pudieron observar que delante de un cuartel de la SA había una tropa del Ejército Nacional. Intentaron averiguar qué estaba pasando, acercándose a grupos que discutían, pero las informaciones eran confusas. Lograron sacar en claro que el Ejército junto a la guardia personal de Göring<sup>12</sup> y la SS, habían desarmado y encerrado a la SA en sus cuarteles la noche anterior. Se había ejecutado la llamada *Operación Colibrí*,<sup>13</sup> conocida como Noche

---

<sup>12</sup> El segundo hombre más poderoso del Tercer Reich y comandante en jefe de la fuerza aérea.

<sup>13</sup> El Partido Nazi estaba compuesto por tres facciones: la SS, que era más disciplinada y fiel a Hitler; el Strasserismo, la rama más socialista del nacionalsocialismo y la SA, una fuerza de choque conocida por sus uniformes como “camisas pardas”, cuyo líder ejercía cada vez más presión, exigía más autonomía y aspiraba a absorber al ejército alemán. Estas dos últimas fracciones afectaban el apoyo de los industriales alemanes a Hitler. En la *Operación Colibrí* fueron eliminados los principales líderes de la SA y otros miembros del Partido Nazi, dejando a la SS como su principal organización, relegando a la SA a un papel secundario.

de los cuchillos largos. “En aquella Noche de Bartolomé, en el distrito de Breslau fueron asesinados 185 hombres por los comandos de homicidio de la SS” (50). La opinión pública por primera vez enfrentaba el miedo expresándose abiertamente en las calles y parecía abrigar la esperanza de que las discrepancias en la interna del partido nazi llevaran a la caída de Hitler y Göring. Semanas después el periódico *Contra la corriente* informaba que el golpe contra la jefatura de la SA había sido preparado para asegurar el poder absoluto de Hitler “como Führer político, de la ‘Unión del Acero’<sup>14</sup> en el dominio económico y en el militar de la Generalidad del Ejército Nacional en contra de toda fracción rival” (51).

El parlamento perdía cada vez más poder a medida que el nazismo iba disolviendo los partidos políticos existentes, sumado a la prohibición de fundar nuevos. El 2 de agosto de 1934, muere el presidente alemán y Hitler, con el apoyo del gabinete nacionalsocialista, derogó definitivamente la Constitución de Weimar y reunió en su persona los dos cargos públicos, pasando a ser, además de jefe de Gobierno, el jefe de Estado. “Recién en setiembre de 1934, organizó un plebiscito<sup>15</sup> para hacer confirmar su nueva posición todopoderosa de ‘Führer y Canciller de la Nación’” (54).

Una vez consolidado el poder absoluto del nazismo en Alemania, pusieron en funcionamiento la gran maquinaria del horror, que con el tiempo implementaron en otros países de Europa. Para esto se valieron de adelantos científicos, tanto en el ámbito de la industria químico-farmacéutica, con el gas Zyklon B, como en el ámbito informático. En su libro Drexler hace referencia a la innovación de las tarjetas perforadas que la IBM proveyó a los nazis para obtener información

---

<sup>14</sup> Refiere a la alianza del líder nazi con el poderoso empresario de la industria del acero, Gustav Krupp, que colaboró en la planificación de la *Operación Colibrí*.

<sup>15</sup> El 19 de agosto de 1934, Hitler dio marco legal a su figura de Führer (líder o caudillo) a través de un plebiscito que, con votantes absolutamente intimidados y maniobras fraudulentas, respaldó la “Ley de la Jefatura del Estado Alemán”, que unificaba todos los poderes del Estado en su persona. Kroch sitúa el plebiscito en setiembre, seguramente por error, logrando acentuar la arbitrariedad de Hitler de haberse autoproclamado jefe de Estado antes de realizar la obligada consulta popular y su convicción, sugestiva, de que el resultado le sería favorable.

ordenada de los habitantes, con la identificación de raza, religión y demás datos. Acompañando el texto con imágenes, cuenta que “las máquinas comprobadoras marca Hollerith tabulaban y verificaban las perforaciones a un ritmo de 15.000 [...] por hora. Cuando se encontraba a un judío, las tarjetas eran separadas para procesarlas en forma especial” (24). Lograron así hacer más eficiente la persecución de sus víctimas.

## **2. Resistencia: política y prensa**

El interés de Kroch por la política y la actividad sindical se evidencia a lo largo de su autobiografía y lo atribuye a la lectura del resumen que hizo Karl Kautsky de *El Capital*, que despertó su entusiasmo por la obra de Marx y Engels. No menos determinante fue la experiencia como miembro de la Asociación Juvenil Camaradas, a la que ingresó cuando tenía doce años y permaneció hasta su disolución en 1932. Se trataba de un movimiento juvenil de larga tradición en el país, un espacio de encuentro de jóvenes judeo-alemanes que promovía el gusto por la lectura, la cultura en general y el intercambio de ideas políticas y sociales, además de retornar al contacto con la naturaleza. Apostaban a un “hombre nuevo” y rechazaban la política partidaria. Su ingreso a esta asociación fue el primer eslabón que lo llevó de “un ingenuo egocentrismo a los torbellinos de la responsabilidad social” (32). Pone al lector en ambiente al narrar una de las tantas excursiones, donde no faltaron largas caminatas entonando canciones acompañadas de una guitarra, la ronda frente al fogón en las noches estrelladas, las lecturas de cuentos e incluso una experiencia cercana con Eva, integrante del grupo y su primer amor.

Debido al agravamiento de la crisis económica y la amenaza de la llegada al poder del nazismo, los integrantes de la asociación se dividieron siguiendo tres caminos: uno sionista, que promovía la emigración a Palestina; otro dispuesto a seguir la corriente del ultranacionalismo, pero a pesar de eso su asociación fue prohibida por los nazis; y el tercero fue la creación de la Asociación Juventud Judeo-alemana Libre que se unió a los movimientos y partidos socialistas alemanes con el propósito de impedir que los nazis llegaran al poder, a la vez de fomentar un

orden social más equitativo. A esta última se unió, y además se mantuvo vinculado al Movimiento Juvenil Comunista/ Oposición y a la Asociación Juvenil Comunista.

Su primera experiencia laboral lo acercó aún más al ambiente político, al entrar en contacto con jóvenes comunistas activos. A causa de la crisis económica no pudo acceder a la Universidad, debió optar por un oficio: “Elegí la mecánica, ya que siempre había sido bueno en Física y en Matemáticas y mi veta literaria se había secado desde que participaba en los ‘Camaradas’. Ya ni alcanzaba para poemas en los cumpleaños” (36). Luego de salvar el examen en el Centro de Orientación de profesionales, logró entrar como aprendiz en Smoschewer & Co., Construcción de Locomotoras, a la edad de quince años.

En esa rama industrial: Acero, hierro y calderas, he permanecido trabajando, con pequeñas interrupciones, medio siglo. Siempre me he sentido contento de poder resolver temas o trabajos, de los cuales no tenía casi idea, que motivaban mi fantasía, y al final me ayudaban a incrementar mi experiencia y conocimiento (36).

Durante algunas páginas comparte su experiencia como aprendiz en la fábrica de locomotoras, en las que hace una descripción de los jefes que ha tenido, las tareas que realizaba y cómo, poco a poco, comenzó a relacionarse con sus compañeros de trabajo, acercándose al ambiente obrero. Hace partícipe al lector de algunos de los pensamientos que venían a su mente, en sus primeros días, mientras permanecía acostado sobre el césped luego de almorzar, durante el horario de descanso:

Recuerdo el poema de Rilke sobre la niñez perdida. Llegó el fin de aquella seguridad. Me encuentro frente a un mundo que aún me es extraño. Mi entendimiento acompaña a mi nueva condición social. No sólo trabajo ocho horas en una fábrica, también quiero estar al lado de los que allí trabajan. Mis sentimientos, mi yo interior, sin embargo, no están allí, sino que viajan con las nubes por el cielo azul hacia las lejanías (39).

La referencia al poeta y novelista austríaco Rainer María Rilke (1875-1926), uno de los más importantes en alemán, indica su interés por la poesía, que en la niñez lo llevó a realizar sus propias composiciones para regalar en cumpleaños. Es probable que en este pasaje se esté refiriendo a *Infancia*, que ya en los primeros versos condensa el espíritu de todo el poema “Sería bueno meditar mucho, para

expresar algo de lo así perdido, / de aquellas largas tardes de la infancia / que así nunca volvieron” (1998: 109). Pone de manifiesto la contradicción de ambos ambientes, la seguridad que vivió en su infancia en el seno de una familia de clase media consolidada y la incertidumbre presente, en una realidad económica y política del país que lo obliga a renunciar a la posibilidad de una carrera universitaria y convertirse en obrero metalúrgico. La poesía y sus intenciones literarias aparecen al rescate en medio de un contexto tan dramático al ser consciente de que se avecinaban tiempos aún más oscuros. Quizás sea este uno de los primeros pasajes donde es posible observar la conexión entre política y literatura que acompañará a Kroch a lo largo de su vida.

De las conversaciones que mantenía con sus jóvenes compañeros a la hora del almuerzo, surgió la Asociación Juventud Metalúrgica, que servía de apoyo al sindicato sumando nuevos integrantes, a la vez que intentaba convencer a más colegas de sus ideas, valiéndose de la edición de un periódico. La impresión de *El proleta-Smo* se realizaba mensualmente, con una imprenta Gestetner y matriz de cera. Contaba con una columna fija del autor bajo el título “Charlas al calor de la estufa”, que lejos de plasmar conversaciones reales surgidas en el intercambio con compañeros, eran producto de sus ideas y fantasía. Fue este el comienzo de su veta de escritor que se iría desarrollando y perfeccionando a lo largo del tiempo y lo acompañaría hasta sus últimos días. Fue también el comienzo de su pasión por la política y de un largo camino colmado de peligros.

La creencia de que el Tercer Reich se estaba preparando para una guerra la vio confirmada cuando en los cursos prácticos de la escuela industrial de mecánica, a la que asistía, empezaron a enseñar cómo montar y desmontar ametralladoras, además de impartir la materia Educación Cívica que buscaba adoctrinar con la ideología nazi. Junto a uno de sus compañeros decidieron hacer algo para alertar a las personas, además de concientizar sobre los crímenes que se estaban llevando adelante. Comenzaron a recorrer los barrios de obreros vendiendo periódicos prohibidos del partido socialista de los trabajadores:

En estos se denunciaba las muertes y torturas en los campos de concentración

recién instaurados, la pérdida del valor del salario real, la corrupción de los nuevos gobernantes, los negocios millonarios que realizaban los empresarios que apoyaban a Hitler: los Krupp, Thyssen y Flick, fabricantes de armamentos, los preparativos secretos para la guerra; y se llamaba a la resistencia (Kroch 2011: 47).

Esta actividad fue abandonada poco tiempo después, debido al gran peligro que significaba. Recuerda la última salida de reparto que hicieron. Les abrió la puerta un hombre vestido con el uniforme de la SA: “Seguramente había observado que teníamos ese periódico y que se lo habíamos ofrecido a su vecino. Nos gritó que nosotros, los ‘marxistas’, envenenábamos toda la aldea con propaganda difamatoria y ya íbamos a ver lo que nos hacía” (48).

Otra forma de resistencia fue llevada adelante asumiendo un gran riesgo, pero logró alimentar la unión y las fuerzas de lucha. El primero de mayo de 1934 las diferentes células de cuatro miembros del Movimiento Juvenil Comunista/Oposición fueron llegando a la ensenada del río Oder, cerca de Dyhernfurt. Allí festejaron el día de los trabajadores: “Ese día, los alrededores de Breslau se encontraban libres de la ‘peste marrón’ puesto que todos debían asistir a la manifestación oficial del primero de mayo, principalmente los nazis” (49). Pronunciaron un discurso, volvieron a cantar en coro las viejas canciones de los trabajadores y en la noche hicieron sonar junto al fogón los acordes de *La Internacional*.

Habría sido imprudente, pero en la atmósfera depresiva en que realizábamos nuestras pequeñas tareas diarias... nos daba nuevas energías. Hubo otro episodio que nos iluminó en la oscuridad del anochecer fascista. Resultó como un rayo. Iluminó un segundo histórico y se apagó. La oscuridad, que sobrevino después, resultó más tenebrosa que antes (50).

En ocasión del plebiscito para hacer confirmar la nueva posición de Hitler como jefe de Gobierno y Estado, realizaron pintadas de muros con la consigna ¡No!, distribuyeron volantes frente a las fábricas “¡Votad por el No contra la dictadura fascista y la guerra!” (55) y las pegatinas de afiches que concluían con la frase “Si el pueblo alemán quiere vivir, debe morir el fascismo” (55). Siete millones de

personas votaron por el No. Relata con detalle la organización y estrategias empleadas para poder hacer las pegatinas con el menor riesgo posible.

Las reuniones en el río continuaron y su tarea en la militancia consistió nuevamente en la escritura, en un periódico mensual y por momentos bimensual. No estaba al tanto de la cantidad de copias realizadas ni de la forma en que era distribuido. Entregaba ejemplares en la fábrica a los trabajadores de su confianza y por un tiempo estuvo dejando algunos en el baño. A su cargo estaba el acopio de informaciones provenientes de las grandes empresas metalúrgicas relacionadas a la situación laboral, pérdidas de derechos y cierres de sindicatos, así como el estado de ánimo de los trabajadores y las acciones de resistencia. A la información local se le agregaba el editorial con un análisis político actual, valiéndose de información contenida en artículos extranjeros ingresados ilegalmente al país. “Mi tarea consistía en reunir los artículos, adaptarlos, compaginarlos y pasar todo a máquina en una matriz de cera junto a un amigo de la época de los ‘Camaradas’” (52). Cuenta lo ocurrido una madrugada, mientras trabajaba en la edición junto a su amigo Rudi:

escuchamos pisadas abajo en el corredor. Se nos paró el corazón. Apagamos la luz, quitamos la matriz de la máquina de escribir y la escondimos bajo la alfombra y nos quedamos bien callados. “El sereno de la compañía de seguridad”, dijo en voz muy baja Rudi. Esperamos a que se apagaran sus pasos y nos escabullimos por la puerta trasera. A decir verdad, tuvimos siempre muchísima suerte; escapamos de circunstancias similares solo con un poco de susto (53).

Esta actividad periodística clandestina, tuvo como uno de los temas principales la preparación para la guerra por parte del gobierno alemán, que era cada vez más evidente. Recuerda una de las carátulas que contenía un poema antibélico de Erich Weinert y lo transcribe: “¿Por quién marcháis? / ¿Es tan dulce, / morir como héroes, soldados, / por los especuladores en Londres, Berlín y París?” (54). El arte poético estuvo acompañado de arte gráfico:

Entre las estrofas caían dibujadas bombas que eran arrojadas por aviones de guerra, que volaban en la parte superior entre los titulares y explotaban en la parte inferior de la hoja, donde se perfilaban algunas casas. Esto podía grabarse muy bien con un punzón en la cera de la matriz (54).

Erich Weinert (1890-1953) era para entonces un reconocido escritor alemán, miembro del Partido Comunista de Alemania y veterano de la Primera Guerra Mundial, que había escapado del país germano ante la llegada al poder del nazismo. Fue corresponsal en la Guerra Civil Española y ante el ataque de su país a la Unión Soviética (1941) creó propaganda para alentar a los soldados del ejército alemán a abandonar sus posiciones. Uno de los métodos utilizados fue lanzar, detrás de las líneas alemanas, volantes con poemas impresos. Sus obras fueron mayormente políticas. Se trata de un fenómeno de la época, explotado por el vanguardismo, en que arte y política se combinan en un contexto de tensión. En un extremo es posible ubicar al futurismo italiano, iniciado en 1909 en Milán con el manifiesto de Marinetti, que con el tiempo fue politizando el movimiento hasta hacerlo coincidir con los ideales del fascismo, en cuyo partido ingresó en 1919, llegando a convertirse en fiel colaborador de Mussolini. En el otro extremo se encuentra el surrealismo, iniciado formalmente en 1924 en París con el manifiesto de André Bretón que, a raíz del estallido de la Guerra del Rif,<sup>16</sup> en 1925, politizó el movimiento con su adhesión al Partido Comunista y el deseo de que caminara junto a la revolución marxista, exigiéndole a sus integrantes un firme posicionamiento contra el nazismo.

---

<sup>16</sup> El Rif es una región montañosa al norte de Marruecos. La guerra surge a comienzos del siglo XX por la sublevación de las tribus del lugar contra las autoridades coloniales españolas y francesas.

## **IV – Segunda vuelta de la espiral: bajo el azote del nazismo**

“En esto consiste el miedo; se trata de un estado emocional negativo generado por el peligro o la agresión próxima” (Manes y Niro, 2021: 26)

El trauma es definido en el libro de Manes y Niro como una experiencia de intensa emoción que puso en peligro la integridad física o la vida de una persona. Está vinculado al miedo, el estado emocional negativo que aparece ante el peligro y no puede ser pospuesto. Tiene su origen en la necesidad de nuestros antepasados cavernícolas de desarrollar estrategias para sobrevivir a diferentes amenazas, creando una respuesta que nos permite realizar una acción inmediata casi sin pensar: atacar o huir. El miedo se convirtió en una constante en aquel contexto de Alemania. Kroch lo experimentó en su forma más terrorífica, mientras resistía los violentos interrogatorios de la Gestapo. Para la familia Drexler el miedo se volvía más intenso a medida que las posibilidades de escapar se iban cerrando.

### **1. Destierro por etapas**

Las memorias asociadas a emociones intensas disparan cascadas químicas y fisiológicas en nuestro organismo que favorecen la formación de nuevas memorias, por eso “los hechos autobiográficos con fuerte carga emocional se recuerdan más detalladamente que los hechos rutinarios con baja implicancia emocional” (Manes y Niro, 2021: 118). En el largo proceso de destierro de Kroch la memoria autobiográfica está atravesada por hechos de fuerte carga emocional, como la persecución, el encierro y la tortura. Esto explicaría el alto grado de detalle con que son presentados muchos recuerdos en su texto, a pesar de las más de cinco décadas que los separan del momento en que fueron narrados.

#### **1.1. Interrogatorios, torturas y prisión**

Luego del capítulo de apertura, que termina a la sombra del eucalipto, con un montón de interrogantes, pero con la decisión tomada de buscar refugio en Alemania, Kroch da un gran salto al pasado recordando el momento en que fue

capturado por la Gestapo, lo que le significó dos años de cárcel, nueve meses en un campo de concentración, su expulsión del país y la acumulación de sucesos traumáticos que condicionarían decisiones en el futuro. Comienza el relato de ese segundo capítulo de forma directa: “Sucedió de esta manera: En el camino de la escuela industrial a la fábrica había dado un pequeño rodeo. Quería entregar la esquila con la cita” (15). El destinatario del mensaje era un joven llamado Georg Büttner que vivía en el barrio obrero. Sigue narrando sin rodeos:

Estacioné la bicicleta delante de la casa, subí al primer piso y toqué timbre. Llevaba la esquila en la mano. Podría haber preguntado en qué piso vivían los Schmidt o los Schulze. Pero en la oscuridad no pude distinguir que me abría la puerta un desconocido (15).

Enfatiza que la oscuridad, también presente en los pasillos y escaleras del edificio, sería su perdición. Fue bruscamente ingresado al apartamento. Luego de que se abriera la puerta de una habitación, dejando entrar algo de luz, pudo ver que estaba frente a dos desconocidos y el lugar completamente desordenado. Comprendió que se trataba de un allanamiento a cargo de dos hombres de la Gestapo (les asignó apodos a los que recurrirá cada vez que necesite referirse a uno u otro, “el bigotito Menjou”<sup>17</sup> y “el cara de zorro”). Mientras era trasladado a la Jefatura de Policía, insistió que debía llegar pronto a su trabajo o al menos avisar el retraso y que su bicicleta quedaba encadenada frente al lugar. Con el tiempo entendería lo absurdo de esas preocupaciones y las interpreta como “un testimonio de mi resistencia a aceptar la gravedad de la situación. Hacer desesperadamente como si esa fuera una breve y desagradable interrupción de mi vida normal” (16).

Tenía diecisiete años y era consciente de las posibles consecuencias de sus actividades antifascistas en caso de ser descubierto. Una vez en la Jefatura y ante la eventualidad de ser revisado, pidió ir urgente al baño y logró deshacerse de otra esquila que tenía en el bolsillo. Fue encerrado en una celda individual, que describe al detalle. Allí empieza a preguntarse qué explicación daría sobre el contenido de

---

<sup>17</sup> Seguramente en referencia al actor estadounidense Asolphe Jean Menjou, que era muy popular en la época.

la esquila “Marianne te estará esperando, furiosa, a las 6 de la tarde en la calle Friedrich, esquina Sadowa” (17). Inventó una coartada. Sin embargo, lo primero que hicieron fue llevarlo a la esquina donde se daría lugar la cita que aparecía en la esquila, le dijeron que estarían vigilando y le dispararían si intentaba huir. Él sabía que el verdadero horario de encuentro sería una hora más tarde. Llegado el momento, logró advertir a Ruth (ese era el verdadero nombre de Marianne) con su mirada y las sutiles señas de sus manos, por lo que ella no se detuvo. Sin éxito, los hombres de la Gestapo lo encerraron nuevamente en la pequeña celda donde permanecería varios días, lleno de incertidumbres y miedos:

¿Me llevarían a una de sus “casas pardas”, los mal afamados cuarteles de la SA y me matarían a golpes? ¿O tendría quizás suerte y todo no pasaría de un interrogatorio cuyas declaraciones no fueran desmentidas por las de Büttner y del cual saldría sin otro cargo que me comprometiera? [...] El optimismo de los primeros días, de que no me prestarían importancia y me dejarían salir, desapareció rápidamente. Y con ello la preocupación ridícula por la bicicleta y por la falta de trabajo. En casa, mis padres debían sospechar adónde había ido a parar (19-20).

Su mente comenzó a maquinarse, sin descanso, posibles escenarios: un allanamiento a su casa que hubiera dejado al descubierto las informaciones de empresas metalúrgicas guardadas dentro de una bolsa de goma colgada en la cisterna del inodoro, la posibilidad de que tanto Büttner como cualquier otro compañero que haya caído preso declarara que lo conocía, o peor aún, que lo vinculara a actividades políticas.

Me propuse no declarar más de lo que ellos ya supiesen. De ninguna manera más y de ninguna manera implicar a un tercero [...] En esos días vacíos me deshacía la cabeza imaginándome diversos transcurros de interrogatorios. Eso le destroza los nervios a cualquiera. Y esa era seguramente la intención de la Gestapo. Cuando lo comprendí, dejé de pensar en ello, por lo menos en lo que uno puede dominar sus sentidos (20).

Según sus cálculos, transcurrió una semana antes del primer interrogatorio que estuvo a cargo de un funcionario policial, quien le tomó declaración y se la hizo firmar, sin reparar en las fallas y contradicciones de su relato. Cerca de la medianoche se presentó en su celda un hombre de la SS y lo trasladó por infinitos y

lúgubres pasillos, subiendo y bajando escaleras, hasta una gran habitación vacía y en tinieblas:

Me puso de cara a la pared y me gritó: “¡Firmes!” Acercó un sillón y se sentó detrás de mí: “Ya verás, si mueves un solo dedo... ¡Cerdo comunista!” [...] Mis pensamientos estaban en continuo movimiento al contrario de la inmovilidad de mis miembros. Eso sería solo, seguramente, el principio. ¿Qué vendría después? ¿Me colgarían y golpearían? ¿Me arrancarían las uñas? Estaba en sus manos, totalmente indefenso. De sobra sabía de lo que eran capaces. Apartado del mundo, no podía acudir a nadie. Nadie podía hacer nada por mí, un “traidor a la patria”. Ni mis padres, ni ningún abogado, hasta no haber concluido las diligencias presumariales (21).

Por el cansancio se le habían doblado un poco las rodillas y recibió una patada que lo hizo chocar contra la pared, sintió cómo su cuerpo retumbaba del golpe. No conforme con eso, el oficial aprovechó los gritos y el arranque de un motor que llegaba desde afuera y le dijo: “Cuando se nos acabe la paciencia te subiremos al auto y te conduciremos a la ‘casa parda’! Vamos a ver si queda algo de ti después” (21). Acompañó el comentario con risotadas y otra patada sin que él se hubiese movido, por pura diversión. La amenaza logró su efecto, desde entonces se sobresaltaba cada vez que oía voces o motores de autos en el patio. “Me imaginaba cómo me empujaban dentro de uno y me llevaban al calvario de una cámara de tortura de un cuartel de la SA. De esa manera transcurrió la noche, lenta, muy lenta” (22).

Estuvo así hasta el amanecer, cuando le dieron la orden de moverse apenas podía. “Intenté mover el brazo, levantarlo. Estaba hinchado. Totalmente duro. Con muchísimo esfuerzo pude mover primero los dedos de la mano, luego doblar un poco el brazo. Mis miembros estaban como muertos” (22). Fue conducido a una habitación donde estaba sentado un hombre inmerso en expedientes y a su lado una mujer con una máquina de escribir. Se sentó en la silla vacía al lado de la mujer, pero ella le pidió cambiar el lugar:

¡Hija de puta! Sabía perfectamente por qué me ponía al alcance del hombre gordo. Todavía hoy le tengo más rabia a la infame dama que al Sr. Kluske. Este comenzó enseguida con una vocecita azucarada: “Y... Roberto, ¡cuéntame lo que hicieron en esas células de cinco personas!” Cuando le contesté que mi nombre era Ernest, Ernest Julius Kroch, me dio el primer sopapo. Su mano

carnosa era tan pesada que me hizo caer de la silla (22).

Fue golpeado varias veces esa mañana, pero el dolor físico era opacado por la idea de que alguno de sus contactos hubiese flaqueado y traicionado a la organización. Tanto en ese como en los sucesivos interrogatorios intentaron convencerlo de que los demás ya habían confesado, de que sabían todo y que no tenía sentido que se negara a declarar. Retoma esa primera y terrible experiencia, que terminó con la amenaza del Sr. Kluske de que la cosa se pondría más seria y que le daba lo mismo si colaboraba por las buenas o desde una camilla. “Amedrentado y golpeado fui devuelto a mi celda. Y desde ese momento, comenzó para mí un martirio, que me llevó en menos de tres semanas al borde de la desesperación” (23). Los siguientes interrogatorios fueron realizados por los mismos hombres que lo habían apresado. Le hacían flexionar las rodillas y contestar las preguntas en la posición media, la más difícil y dolorosa. Decidió no esperar a que sus fuerzas se agotaran por completo y pronto se dejó caer al piso. Fue evidente para los oficiales que estaba simulando y comenzaron a golpearlo. “Me patearon en el pecho, cabeza, estómago... y me volví a parar rápidamente” (23). Desde ese momento las flexiones de rodillas se las hacían hacer con el revólver desenfundado. “Cuando realmente estaba rendido, dije que firmaba cualquier cosa que ellos quisieran, cualquier protocolo que me pusieran delante, a pesar de no tener nada que ver en el asunto” (24). Pero tenían verdadero interés en obtener información sobre la organización y rechazaron su propuesta. La advertencia de que era su última oportunidad antes de entregarlo a la SS la repitieron en varias oportunidades sin que fuese cumplida, pero él sabía que en algún momento la terminarían cumpliendo y sería su fin.

Lo buscaban todos los días, a cualquier hora, para hacerlo permanecer diez horas parado en posición de firmes y luego golpearlo o castigado con ejercicios físicos, que iban acompañados de humillaciones, insultos, bastonazos y la amenaza de llevarlo a la “casa parda”. No sabía cuánto más lograría aguantar. Al reflexionar sobre su resistencia de entonces hace una observación psicológica interesante, realizando una comparación con sus conocimientos de mecánica:

Mi firmeza no estaba solamente determinada por la idea de no traicionar la lucha contra el fascismo y la guerra o no comprometer a otros compañeros sino —considero ahora— también siguiendo una ley de inercia psíquica, un endurecimiento de la voluntad, que le viene a uno en la medida que lo presionan y maltratan. Una forma de reacción automática, casi independiente de la causa, más allá de una consideración racional, tan inevitable como en la mecánica la presión produce su contrapresión (24).

En medio de ese callejón sin salida comenzó a pensar en el suicidio. Comparte las ideas que llegaron a su mente en medio de la desesperación por poner fin a tanto sufrimiento:

La ventana estaba enrejada. No tenía un cinturón ni nada que pudiera ser utilizado como cuerda para ahorcarme. No había en la celda cuchillo ni otro instrumento filoso. Quizás hubiera podido pararme en mi litera, desenroscar la bombilla de la luz y colocar los dedos de las manos izquierda y derecha en los polos correspondientes. La patada eléctrica era segura; la muerte, no (24-25).

Sin embargo, permaneció indeciso, pero también sin perspectiva. “Uno puede sacrificarse por una buena causa, ir lleno de esperanzas a la muerte, siempre y cuando, pese a la oscuridad en derredor, vea una luz al final del túnel. Yo no veía ninguna” (25). Décadas más adelante, en similares circunstancias, volvería a recordar la sensación de soledad y abandono, que le había quitado las fuerzas para seguir luchando por su vida. La perspectiva lo ayudó a comprender que en esa nueva ocasión no estaba solo, y a pesar de su edad, se sintió con más fuerzas para sobrellevar las torturas. Pero en esta ocasión comparte el motivo de su depresión:

No se trataba solamente de que estuviera sentado solo y abandonado en esta celda, cuya única salida conducía por pasillos kafkianos a un infierno de torturas. Más que el terror, que nos tenía en sus garras a mí y a tantos otros, lo que me deprimía era la conciencia de que —en aquel entonces, finales de 1934— una gran mayoría de la población marchaba a la par con las columnas del nacionalsocialismo y su todopoderoso Führer. Por convencimiento, por obligación, de puro oportunismo o adaptación, entusiasmados o muertos de miedo... Millones de personas marchaban con ellos (25).

La metáfora relacionada a Franz Kafka (1883-1924) es bastante fuerte y refuerza el sentimiento de desesperación ante una situación tortuosa y aterradora, que no parecía tener salida. También hace pensar en la alienación y el absurdo,

efectos provocados por la narrativa del autor de *La metamorfosis*, junto a la recurrente presencia de la tortura física.

Una noche lo llevaron, sin insultos ni amenazas, a una habitación donde lo esperaba Bielitzky, un conocido que intuía era el dirigente político. Los dejaron solos para hablar. Por él fue informado de que Büttner había caído y delatado a todos los que conocía. Le explicó bien la situación y pudo deducir qué información manejaban las autoridades y cuál no. Podía declarar todo lo que no podía ser ocultado sobre los detenidos, pero nada sobre las actividades como pegatinas, carteleras y volantes informativos. Los hombres de la Gestapo que lo habían detenido le tomaron declaración esa noche. Firmó el protocolo, sabiendo que le costaría algunos años de prisión. “Por lo menos acabaría el infierno del interrogatorio de la Gestapo y el miedo continuo ante la posibilidad de tortura por la ss, el miedo de no poder soportarlo” (27).

Dos días después fue trasladado a la prisión preventiva. Lo sintió como un progreso satisfactorio y una pausa para respirar. Una oportunidad para poder hacer el balance sobre su vida y meditar sobre el pasado y el presente. Elige introducir al lector en las cavilaciones de su mente recordando la novela *El forastero misterioso*, de Mark Twain, que a sus catorce años logró impresionarlo por la forma en que un hecho llevaba irremediablemente a otro.<sup>18</sup> El protagonista de esa historia de hechicerías afirmaba que cada ser humano transita la vida en una sucesión de acontecimientos que responden a un efecto dominó, donde “cada acción engendra infaliblemente otra acción; ésta, a su vez, engendra a otra, y así sucesivamente hasta el final [...] Su primer acto determina el segundo y todos los que vienen después”

---

<sup>18</sup> Kroch pone el siguiente ejemplo “si un comerciante charlatán no hubiese retardado al ‘forastero misterioso’, este no hubiese encontrado en aquel lugar al testigo faltante, si sus caminos no se hubiesen cruzado la acusada de hechicería habría sido quemada en la hoguera” (61). Sin embargo, esto no se desprende de la historia de Mark Twain publicada en 1916 por Albert Bigelow Paine, en la que ninguna mujer acusada de hechicería se salvó del fuego. Descartando un problema de traducción (cabe recordar que *Patria en el exilio* nació primero en idioma alemán), podría tratarse de una confusión del autor al recordar un cuento leído tantas décadas atrás, o que se trate de la versión de alguno de los audiovisuales inspirados en la novela, o que el texto que recuerda sea una versión distinta a la que leyó en su adolescencia. Twain escribió varias versiones inconclusas de esa historia, que fueron liberadas al público en 1937.

(1916: 103). Comenzó a preguntarse si en su caso el resultado final responderá a esa lógica o, por el contrario, a circunstancias ajenas al transcurso de los hechos, a algo fortuito. La inactividad dentro de la celda le brindaba la oportunidad de plantearse esas interrogantes y revisar las circunstancias y decisiones que lo llevaron al sendero de la responsabilidad social, donde el encierro era una consecuencia inevitable.

Para que la estadía en prisión no fuera tiempo perdido, comenzó a practicar nuevas combinaciones con sus conocimientos, planteándose interrogantes que intentaba resolver, en temas que iban desde la arquitectura gótica y del Renacimiento, la reforma religiosa en algunas regiones durante la Edad Media y la resolución de problemas matemáticos. Luego de tres meses recibió papel y lapicera fuente, además de los tres volúmenes de los *Elementos de estereometría* de Holzmüller. “Ya no recuerdo las fórmulas, pero mantengo mis apuntes como única reliquia de aquella época” (63).

Tiempo después, Bielitzky fue mudado a la celda de al lado y comenzaron a comunicarse por código morse. Los dos conocían este sistema de representación de letras y números mediante señales emitidas de forma intermitente, posiblemente aprendido en el contexto de las actividades de resistencia, como un recurso alternativo de comunicación ante situaciones extremas. El intercambio con el otro, tan necesario por ser inherente a la condición humana, se vuelve imperioso en situaciones de encierro y puede marcar la diferencia entre perder o no la razón. Muchos prisioneros se sirvieron de este método. En *Memorias del calabozo* Mauricio Rosencof y Eleuterio Fernández Huidobro cuentan que lograron comunicarse por medio de golpecitos, en una especie de código morse improvisado. Un ejemplo claro de cómo la invención suele surgir en contextos difíciles.

Fue así como Kroch y su vecino de celda pudieron informarse mutuamente de lo que había declarado cada uno, lo que resultó muy útil para saber cómo comportarse en el juzgado. Bielitzky le transmitía las últimas informaciones políticas y hasta llegaron a jugar al ajedrez. Pero algo levantó sospechas en el guardia y su compañero fue trasladado de celda. Sin embargo, el nuevo vecino

también era conocido por él, integrante activo de la Unión Juvenil Comunista, que pronto sería reemplazado por un convicto por robo, con dieciocho antecedentes penales. Considera que el trato siempre correcto que recibió durante su tiempo en prisión se debió a que los funcionarios serían los mismos de la época de la República. Le fue permitida la visita de sus padres, con una frecuencia mensual, y de su abogado defensor, un señor anciano y judío (aclara el autor), que lo puso al tanto de lo que sabían las autoridades y que era acusado de “preparativos para alta traición”. Los jueces que le tocaron en suerte en el proceso judicial, llevado a cabo en julio de 1935, fueron cinco ancianos señores con convicciones monárquicas y nacionalistas por tradición:

Los nacionalistas tradicionales habían quedado arrinconados luego de la muerte de Hindenburg, y gracias a su testamento falsificado por Goebbels. Poco antes de nuestro proceso se rompió la coalición entre el partido de los nacionalistas tradicionales y los nazis —el “Frente de Harzburg”— sin el cual los nazis no habrían llegado al poder. El enojo de los jueces se descargó también sobre los hombres de la Gestapo, a los que reprendían como a chiquilines [...] nos interrogaban de una forma correcta y objetiva, a pesar de que cuatro de nosotros teníamos ascendencia judía y el antisemitismo estaba muy en boga; nunca dijeron la palabra “judío” (66-67).

Las sentencias fueron bastantes benévolas, a su entender. Le dieron un año y medio de penitenciaría, que sumado al tiempo que había transcurrido desde su detención, llegaba a un total de dos años. Su experiencia en esa nueva prisión, la resume al final del capítulo: “No diría que el tiempo que pasé en Kletschkau haya sido muy opresivo para mí, pero anhelaba recobrar la libertad. En el último mes contaba las horas, esperando el momento de abandonar esos muros. Sucedió un día de primavera” (68).

## **1.2. Campo de concentración Lichtenburg y expulsión de Alemania**

El 9 de mayo de 1936 salió de la prisión, pero no recobró la libertad: “afuera me esperaban no solo mis padres, sino también el del bigotito Menjou y el cara de zorro. Fueron muy generosos al permitirme la elección entre ir a la jefatura en automóvil o caminando por la ciudad” (69). Mientras recorría custodiado las calles, sus padres iban asustados caminando detrás, porque no entendían lo que pasaba y

los hombres de la Gestapo no le permitieron que les explicara que debía retornar al presidio policial. No se sintió asombrado de que volvieran a encarcelarlo y procuró disfrutar al máximo ese pequeño respiro, un breve espacio de fingida libertad que procuraba captar hasta en su más mínimo detalle. Después de dos años de encierro por fin volvía a tener contacto con el exterior, pero sería por unos breves minutos. Es comprensible que la imagen de ese hermoso día de primavera permaneciera muy marcada en su memoria: “disfruté del cielo azul, del verde que se veía brotar por todos lados y de las calles llenas de gente, de las casas y negocios como un maravilloso regalo del destino” (69). Resulta curiosa su reacción. Había esperado con ansias recobrar la libertad y cuando al fin llegó el día tan esperado, la noticia de que sería encerrado nuevamente, lejos de demolerlo, lo estimuló a disfrutar del trayecto hacia la nueva prisión, como si se tratara de un regalo. Esa actitud positiva ante la adversidad y el encierro, en el contexto del nazismo, hace recordar al protagonista de la premiada película *La vida es bella* (1997) de Roberto Benigni, inspirada en el libro *He derrotado a Hitler* de Rubino Romeo Salmoni.

Permaneció un tiempo encarcelado en la jefatura de policía “para su protección personal” y como no temía interrogatorios de la Gestapo, su estadía allí se le hizo bastante soportable, pero no duraría mucho tiempo. Un día, junto a otros dos reclusos, Käschen y Lothar, fue transportado en un vagón-celda de ferrocarril en dirección al campo de concentración Lichtenburg, en un viaje que duró tres días, en los que aprendió, de mano de Lothar, el cálculo diferencial. Recuerda su emoción frente a lo que sintió como una revelación.

Las definiciones de “infinitesimal”, del “límite”, que tiende a cero, no llegando nunca a cero, del “cociente diferencial” y su opuesto la “integral”, la posibilidad de operar no con números naturales, sino con funciones... Me abarcó un estremecimiento de admiración ante la grandeza del espíritu humano, llenándome de felicidad mientras viajaba en una celda estrecha y sin ventanas, atravesando las tierras alemanas (70).

Lo paradójico no solo se observa en el confesado sentimiento de felicidad que experimentó mientras viajaba en un vagón de tren, encerrado y sin ventilación, hacia un lugar para él desconocido; sino también en la admiración por el “espíritu

humano” ante el avance de conocimiento científico, cuando fue gracias al factor humano, valiéndose del avance científico en diferentes áreas, que se puso en funcionamiento la maquinaria del horror, de la que estaba siendo víctima. Lejos de entenderlo como un contrasentido, es la reafirmación del optimismo al que siempre buscó aferrarse. El entusiasmo, sin embargo, sería rápidamente ensombrecido a la llegada al campo:

Desde que llegamos nos dimos cuenta de que allí soplaban otros vientos. Habíamos sido introducidos al imperio de la arbitrariedad, de lo imprevisible. La guardia estaba constituida por hombres de la SS del batallón de la calavera [...] Nos recibieron con terribles insultos y amenazas. Nos hacían correr de un lado a otro, hasta dejarnos sin aliento (70).

Pasó allí nueve meses, conviviendo con otros ocho presos en una habitación de cuatro metros cuadrados, en constante miedo, soportando todo tipo de torturas y vistiendo un uniforme gastado de policía, sobre el que lucía un triángulo rojo: “político” y un triángulo amarillo: “judío”.

Cada salida de nuestra cueva era esperada con ansias y temores. Realizar nuestras necesidades más elementales, salir de nuestro cuarto asfixiante para tomar aire en la hora libre estaba irremediablemente acompañado de gritos, aporreamientos con la culata del fusil, del peligro de ser castigado por transgredir algún reglamento. Debíamos correr continuamente tanto a la ida como a la venida de la letrina. La hora libre significaba en general ejercicios de castigo [...] te quedabas con la lengua de afuera. Con el temor de ser castigados —arresto a oscuras, latigazos, ser colgados— nos esforzábamos al máximo, aunque nos sofocáramos, o el corazón latiera como loco. Los jóvenes aún aguantábamos [...] La gente mayor se desplomaba a menudo. Eran los que más sufrían. Los guardias los presionaban más, les gritaban [...] no los dejaban en paz hasta que el corazón dejaba de latir y la víctima se desplomaba (71).

La cantidad y el sadismo de las torturas que describe en este período de encierro amerita un análisis aparte, que excede el propósito de este trabajo. Basta con recordar la crudeza y la saña que se describen en tantas historias de supervivientes de la Shoah, respecto al trato que recibieron en los campos de concentración. Como expresa Elizabeth Jelin:

El sufrimiento, la situación límite del campo de concentración, el intento (exitoso en su momento) de negar la condición humana de las víctimas y reducirlas a su animalidad por parte de los nazis son, a esta altura de la historia, bien conocidos (2002: 80).

En medio de ese contexto, le impresionaba la ignorancia de los guardias y oficiales, que en su mayoría eran hijos de campesinos. Como es propio del oficio, estaban entrenados para seguir órdenes. La única forma que tenían de ascender o ser premiados era por medio de la obediencia, quedando excluidos atributos como la inteligencia y la creatividad. Así, gracias al accionar de personas sumidas en una obediencia ciega, sin ser plenamente conscientes de sus actos, las cosas se iban desarrollando. Hannah Arendt en *Eichmann en Jerusalén*, refiere al hecho de que los horrores perpetrados por el grueso de los soldados y oficiales nazis respondían más a la obediencia que a un sentimiento de odio hacia sus víctimas. Este accionar irreflexivo ante las reglas del sistema es lo que la autora dio a llamar *la banalidad del mal*, y surge del comportamiento que observó en Adolf Eichmann frente a los interrogatorios a los que fue sometido en Israel durante el proceso que determinó su ejecución. Ella reparó en que Eichmann no mostraba ni culpa ni odio. Tampoco sentía responsabilidad alguna porque estaba simplemente haciendo su trabajo, obedeciendo las órdenes y también la ley.

Entre los efectivos —pensaba Kroch— habría quienes sufrían bajo el régimen del “campo”, ya sea por la durísima disciplina o por la atmósfera de barbarie. En el tiempo que estuvo allí se suicidaron tres reclutas de la SS. “Teníamos la impresión de que los guardias nos aplicaban las mismas vejaciones que habían sufrido a manos de sus superiores” (72). Sin embargo, hubo un guardia que marcó la diferencia esquivando las órdenes, lo más que podía, para brindarle a los reclusos un trato humanitario:

Mientras estábamos en las barracas o cerca de otros miembros de la SS, se comportaba como todos, gritaba y hacía como si nos golpease con la culata de su fusil para que caminásemos. Al alejarnos algo, llegando al centro del patio de ejercicios nos dejaba en paz, podíamos caminar y hablar de a dos, sin que nos apresurara ni insultara. A la vuelta volvía a gritar salvajemente, pero sin hacer mal a nadie y nosotros sabíamos que solo hacía teatro. Una excepción en la SS. Debía tener mucho cuidado de que sus superiores no lo descubrieran (72).

Forzado a realizar tareas esclavizantes y denigrantes, afirma que lo peor en aquel lugar era la incertidumbre: “No solo no existía una fecha en la cual uno iba a quedar libre. Nadie sabía lo que le iba a acontecer el próximo día o una hora más

tarde” (73). La falta de certezas jugaba un papel fundamental para mantener latente el miedo y el terror en los prisioneros, y con ello su sumisión y obediencia. La imposibilidad de predecir lo que podía acontecer un minuto más tarde, alimentaba la angustia y el estrés ante lo inesperado. Debido a las órdenes cambiantes y la arbitrariedad de los castigos, sentían que cumplir con la infinidad de normas impuestas no era suficiente, nada les aseguraba poder escapar de castigos tortuosos. El temor por lo que les esperaba diariamente se había convertido en un compañero perpetuo:

Y eso era el propósito de esos verdugos. No solamente destruirnos físicamente a nosotros, sus enemigos políticos, sino también pisotear nuestra dignidad humana. Debíamos transformarnos en un manojo de nervios lleno de temores. “Harapos” a los cuales ellos —los “hombres superiores”— pudiesen despreciar. Debido a su propia carencia de integridad y personalidad necesitaban una masa humana sin voluntad ni individualidad bajo sus botas. El trabajo que nos tocó realizar [...] perseguía el mismo fin. La utilidad de nuestro trabajo era ínfima; el gasto de energía y nervios, enorme (74).

Sin embargo, considera que tuvo suerte porque su estadía en el campo de concentración transcurrió cuando ya había pasado la primera ola de homicidios masivos de presos políticos y todavía no había comenzado la brutal liquidación masiva en los campos de exterminio. “Esta etapa intermedia en la historia de los campos de concentración debe haber sido la más ‘potable’. Para mí fue, a pesar de ello, una experiencia dura e inolvidable” (75).

La descripción de sus compañeros de celda acompaña esta parte del relato. Comienza por un anciano abogado, detenido al presentarse frente al jefe de la sección nazi para quejarse de que le habían escrito la palabra *judío* en la chapa de bronce que lo identificaba como abogado en la puerta de su oficina; convencido, como el tío de Drexler (al que nos referiremos más adelante), de que haber obtenido la Cruz de hierro como héroe de guerra durante la Primera Guerra Mundial era mérito suficiente para merecer un trato diferente al resto de los judíos. Termina la lista con el Dr. Benedikt, un abogado que escribía a escondidas sobre un tema que lo mantenía ocupado y que denominaba *La mentira vital*. Sostenía que “cada persona tiene necesidad de una finalidad o un sentido para poder continuar viviendo

[...] sin el impulso orientado a una meta cercana o lejana sería imposible llevar una vida consciente” (76). Argumentaba de la siguiente manera:

Puesto que no existe un sentido de la vida objetivamente comprobable, esta pasaría a ser una construcción de nuestra mente, o sea, no sería una verdad absoluta. Sin embargo, aun siendo mentira, imprescindible para la vida, ya que su ausencia acarrea desesperación, fracaso, destrucción ante los obstáculos del diario vivir, lleva a vegetar o a la locura, cuando no al suicidio. Por lo tanto, se trata de una mentira piadosa. Nos ayudaría a sobrepasar todos los abismos de la existencia (76).

Lo que le fascinaba de este compañero de celda era su entereza para enfrentar la realidad que les tocaba vivir: “¿Qué vitalidad tan extraordinaria debía poseer ese hombre para poder resistir a los torturadores nazis manteniendo incólume su libertad espiritual y su dignidad humana? Él, como tantos otros” (77). Este compañero de celda se convirtió en un modelo para Kroch. Lo contagió de su ánimo positivo, alimentando la esperanza de poder sobrevivir. El Dr. Benedikt activó, quizás de manera inconsciente, uno de los mecanismos que otorgan la fortaleza necesaria para evitar la demolición, según lo entiende Sylvia Bermann: “perder el miedo a la muerte por medio de aferrarse a ideas superiores como los ideales o la fe religiosa” (1994: 16). El mecanismo fue abrazar su “teoría” de *La mentira vital*.

En momentos en que es preciso valerse de otros modos para sostener la vida, la racionalidad encuentra sus límites. La idea de aferrarse a factores invisibles parece ser un recurso humano frente a la adversidad. Así, las convicciones políticas sirvieron de impulso a muchos prisioneros en la lucha por la supervivencia, junto al deseo de dar testimonio de la experiencia dentro de los campos. En *Si esto es un hombre*, Primo Levi afirma que recordar se convirtió en un deber para un grupo de sobrevivientes, integrado por quienes tuvieron entrenamiento político, una convicción religiosa o una fuerte conciencia moral: “estos no quieren olvidar, y sobre todo no quieren que el mundo olvide, porque han comprendido que su experiencia tenía sentido y que los Lager no fueron un accidente” (112). Al final hace una reflexión sobre los factores que lo impulsaron a luchar por la supervivencia. Destaca su interés por el ánimo humano y la voluntad de relatar las cosas que habían soportado. Pero también el haber conservado tenazmente la

voluntad “de reconocer siempre, aun en los días más negros, tanto en mis camaradas como en mí mismo, a hombres y no a cosas, sustrayéndome de esa manera a aquella total humillación y desmoralización que condujo a muchos al naufragio espiritual” (120). Él también fue contagiado por alguien que se resistía a la demolición, y mantenía su dignidad humana lo mejor que podía. En momentos en que Primo Levi se sintió devastado, al punto de ver en la higiene personal una pérdida de tiempo, su amigo Steinlauf lo convenció de la importancia de esforzarse por sobrevivir, por conservar la forma de la civilización y negar su consentimiento a la deshumanización.

Kroch salta de la imagen de resistencia, admiración y esperanza en medio del encierro, para comenzar el siguiente capítulo con un paisaje esperanzador, que da sentido y realidad a lo que en aquel entonces no era más que una quimera: “Una amplia planicie blanca se extiende hasta llegar a un horizonte gris” (78). Es el paisaje que contempla a través de la ventana del tren que lo conduce junto a sus otros dos compañeros, Käschen y Lothar, hacia Yugoslavia, hacia la libertad. Cuenta que el 26 de enero de 1937, mientras estaban realizando trabajo forzoso en Lichtenburg, fueron enviados a la comandancia. Allí les ofrecieron firmar un documento donde, a cambio de dejarlos libres, se comprometían a abandonar el país en diez días y no volver nunca más. Algo impensable para quienes habían arriesgado la libertad y la vida por causas políticas y sociales, movidos por el deseo de un futuro mejor para Alemania, la patria que amaban, y su gente. Pero en ciertas situaciones la perspectiva cambia. “Hubiésemos firmado cualquier cosa. En los tres cuartos de año de nuestra permanencia en Lichtenburg no había salido —vivo, por lo menos— ningún preso con triángulo rojo o amarillo del campo de concentración” (78). Salieron de inmediato para alcanzar el último tren del día:

Marchamos deprisa por el camino nevado hacia el pueblo. El guardia de la SS que nos debía acompañar con su pesado rifle iba jadeante detrás de nosotros. Corríamos para no enfriarnos en nuestras ropas de media estación y, antes que nada, para no perder el tren de enlace que nos permitiría llegar a Breslau (78).

Lograron estar en la ciudad a medianoche. En casa lo recibieron sus padres y su hermana.

Luego de los primeros saludos y abrazos mi madre puso un cubretetera sobre el teléfono. Un hombre de la compañía de teléfonos había estado hacía unos días haciendo unos cambios. Quizás para escuchar por un micrófono lo que yo relatase. Comprendí que la psicosis del miedo no estaba confinada al campo de concentración (79).

Su hermano se había casado y emigrado a Palestina. También su hermana tenía planes de emigrar, pero sus padres preferían quedarse en Alemania. Aunque la persecución de los judíos ya había avanzado bastante era muy difícil para la gente mayor tomar la decisión de alejarse del país en que habían nacido y desarrollado sus vidas, para recomenzar y adaptarse a uno extraño. “Lo que vendría después, no se lo podía imaginar nadie. A muchos les comenzó a quedar claro recién después de la Noche de los Cristales Rotos” (79). Sus padres lograron conseguirle una visa para Yugoslavia, con la condición de que realizara un entrenamiento agrícola en un Kibbutz para luego emigrar a Palestina. Esa había sido la única posibilidad de salir del campo de concentración.

Al día siguiente se presentó junto a sus dos compañeros en la jefatura de policía. La Gestapo les informó que debían entregar todos los documentos que tuvieran de la época en prisión. El hecho de que en Lichtenburg les habían quitado todo significó un considerable retraso en la fecha de partida. “Finalmente, el 10 de febrero la Gestapo nos permitió partir. En la estación de tren Freiburger nos despedimos de nuestros padres. Sería la última despedida. No volvería a verlos nunca más” (79).

## **2. Peregrinación**

A finales de octubre de 1938 una reunión familiar con motivo de un cumpleaños le ha sido señalada a Drexler por su padre como decisiva para que la mayoría de los integrantes resolviera emigrar. De su progenitor le llegan las discusiones que se desataron en aquella oportunidad y la incertidumbre de todos al tener que asumir que abandonar el país era necesario y urgente. Dos semanas después de esa reunión ocurrió la trágica Noche de los Cristales Rotos, dando comienzo a arrestos masivos con una escalada de violencia por parte de la policía.

En la desesperación por juntar el dinero necesario para concretar los trámites que les habilitaban a salir del país, su padre recurrió solo a los clientes arios para cobrar lo adeudado, consciente de que los judíos estaban en igual o peor situación que la de él y su familia. Se encontró con chantajistas y oportunistas, que se aprovecharon de la situación; también con simpatizantes del nazismo que intentaron justificar su ideología y lavar sus culpas brindándole información de advertencia sobre el destino elegido, Uruguay, por estar en conocimiento de las estrechas relaciones del gobierno con los nazis y la declarada simpatía que les propiciaba Gabriel Terra.<sup>19</sup> A pesar de tantos sinsabores, solía rescatar el comportamiento de uno de sus clientes, que le ofreció pasar y tomar asiento. Luego abrió la caja fuerte, extrajo un manojito grande de dinero y lo puso sobre la mesa sin contarlo: “Estimado Georg —dijo el hombre—, lo que nosotros les estamos haciendo a ustedes es infame, y un día lo vamos a pagar muy caro” (64). Luego se arrodilló frente a él, se santiguó y empezó a orar. Su padre recurría a ese episodio que le devolvió la fe en el ser humano y siempre culminaba la historia con la frase “Un hombre justo alcanza para salvar el Universo” (64).

La resolución familiar de abandonar Alemania se consolidó cuando la persecución a los judíos se hacía cada vez más implacable y las posibilidades de escapar se cerraban definitivamente. Los varones de su familia llevaban meses durmiendo en casas ajenas y siempre diferentes, tratando de evitar las redadas y despistar a la Gestapo. Al principio lo vivían como una hazaña algo divertida, pero las cosas se pusieron cada vez más difíciles y la necesidad de huir se volvió imperiosa.

Comenzaron un peregrinaje por los distintos consulados uruguayos para conseguir la visa al grupo familiar que constaba de unas treinta personas. Cuando el 10 de diciembre de 1938 se presentaron en el consulado de Berlín, solo tres del

---

<sup>19</sup> En su más reciente libro, *Nazis en Uruguay 1922-1942*, el historiador Leonardo Borges afirma que en nuestro país hubo una completa intromisión nazi “con partido nazi activo, un gobierno amistoso con estos movimientos, sectores de los partidos fundacionales que apoyaban, espías, un diario y hasta un plan para invadir Uruguay” (165).

grupo (los primeros en ser atendidos) obtuvieron los permisos para entrar a Uruguay. Las visas fueron suspendidas cuando el protagonista, junto a sus padres, estaba en el despacho del cónsul y el resto de la familia esperaba su turno. Ante la noticia de que el consulado uruguayo en París estaba concediendo visas (más bien vendiendo visas ilegales), parte de la familia se trasladó hacia allí, y una vez más, luego de que dos de los integrantes de la familia lograran los permisos, una llamada desde Uruguay suspendió los visados. El autor presenta ante el lector la repetición de esta escena fortuita, en la que el cónsul uruguayo recibe la orden telefónica de suspender los visados de entrada al país por tiempo indeterminado, en el preciso momento en que estaba por expedirla a sus padres. Como lectores podemos creer en la reiterada coincidencia o entenderla como una estrategia narrativa que con la repetición de este suceso logra enfatizar la desesperación de quienes necesitaban un permiso para poder escapar de la muerte y la arbitrariedad de quienes tenían el poder de ayudarlos.

Insistieron en otros consulados uruguayos, pero no lograron obtener los permisos, debido a que el país se volcó a una política de puertas cerradas<sup>20</sup> que había comenzado en el año 1932. Bajo estas condiciones, el resto de la familia debió desistir de considerar ese destino y probaron suerte en consulados de otros países. El objetivo principal era abandonar Alemania con urgencia porque el riesgo de ser detenidos se acrecentaba día a día. La falta de información sobre los cónsules humanitarios los llevó a deambular por distintas oficinas con escasa o ninguna suerte. Más historias familiares de persecución y trámites en embajadas se van concatenando en la narración, sin dejar de remarcar que “un sellado [...] era la diferencia entre la vida y la muerte” (90).

Raúl Jacob en *La valija del tío Hugo* también refiere a las dificultades que enfrentaban quienes buscaban escapar de las botas del nazismo. Su tío, en el esfuerzo por traer a toda su familia a Uruguay para ponerlos a salvo, debió recurrir a contactos y un largo proceso burocrático para lograr que las autoridades

---

<sup>20</sup> Este punto será desarrollado en el siguiente capítulo.

permitieran el ingreso de su cuñado. Había llegado al país el 6 de junio de 1938, y un funcionario de migraciones le denegó la entrada. “El sello era grande. En el borde superior decía Dirección de Inmigración, en el inferior Uruguay, y el centro lo ocupaba una palabra de gran tamaño: RECHAZO” (66). Este autor profundiza en el decreto del 23 de noviembre de 1937 que unifica todas las normas entonces vigentes sobre inmigración y menciona la palabra “indeseables” en uno de los considerandos, en referencia a los extranjeros que no logran cumplir con la larga lista de requisitos exigidos por el gobierno.

## **V – Tercera vuelta de la espiral: búsqueda de refugio**

Desde los años previos al comienzo de la Segunda Guerra Mundial, un número considerable de europeos huían de sus países de origen como consecuencia de la persecución del fascismo italiano, la guerra civil española y el nazismo alemán. Fue por entonces cuando Uruguay, que hasta los años treinta se caracterizó por tener políticas que fomentaban la inmigración, comenzó a implementar restricciones. En 1932, bajo el gobierno de Gabriel Terra, se aprobó la ley 8868 que puso importantes trabas a las inmigraciones, habilitando a negar la entrada al país incluso de aquellas personas con carta de ciudadanía nacional. Esta nueva Ley hizo prácticamente imposible el ingreso legal para los exiliados europeos. En sus países de origen no les era permitido embarcar sin un visado que habilitara su ingreso al país de destino, por lo que el territorio uruguayo dejaba de ser un refugio posible. Cuatro años después, ya bajo el gobierno de facto de Terra, se aprobó la ley 9604 que fue aún más restrictiva, añadiendo “factores políticos” a las trabas propuestas por la anterior. En este contexto se inscriben los relatos autobiográficos del corpus, en lo que fue la primera experiencia de exilio narrada por los protagonistas, en esa oportunidad huyendo de la Alemania del Tercer Reich y desafiando los cierres de fronteras que los llevaron a un largo peregrinaje antes de lograr ingresar al país y solo consiguieron hacerlo de forma clandestina.

### **1. Yugoslavia**

En la tarde del día en que tomaron el tren hacia la frontera en Oderberg, Kroch y los otros liberados del campo llegaron a su destino. Durante la revisión aduanera surgió un nuevo inconveniente que los puso en serio peligro de ser detenidos. Encontraron en la valija de uno de sus compañeros una copia de 6 x 9 cm del periódico ilegal *Carta de Junio*, del año 1934, envuelta en un par de mitones. Debieron permanecer en territorio alemán mientras la aduana se ponía en contacto con la Gestapo en Breslau. La posibilidad de que los volvieran a encerrar en

Lichtenburg los aterraba. Recuerda que eran alrededor de las diez de la noche cuando recibieron la noticia de que podían seguir viaje.

Respiramos de alivio al pasar la barrera hacia el lado checo de la estación. La amabilidad de los aduaneros checos contribuyó a que nos sintiéramos como recién nacidos, como seres libres [...] Ya en el tren, viajábamos por el paisaje nevado hacia una nueva etapa de nuestras vidas (80).

Llegaron a la aldea Golenic, ubicada cerca de la ciudad croata Podravska Slatina, próxima a la frontera con Hungría. Se encontraban en las tierras del barón Víctor Gutmann, que las había puesto a disposición de la organización sionista con el propósito de ofrecer instrucción agrícola, bajo la dirección de su mayordomo, a los jóvenes judíos que quisiesen emigrar a Palestina. Narra su estadía en ese lugar, las tareas que realizó, las discusiones sobre el sionismo que no lograba convencerlo de sus ideas y su primera experiencia amorosa con una muchacha húngara. Luego, junto a sus dos compañeros, fueron trasladados a Pusta Maricevac, una granja similar, pero de sionistas socialistas, en el intento de que allí, dada la afinidad política, logran convencerlos de emigrar a Palestina.

No permanecieron mucho tiempo, sus permisos de permanencia en Yugoslavia habían caducado. El presidente del país, Stojadinovic, estaba estrechamente relacionado con la Italia de Mussolini, por lo que no había posibilidad de obtener un corrimiento de fecha de vencimiento bajo un gobierno semi fascista. Sus padres le habían conseguido un cupo para estudiar en el politécnico de Haifa, pero se mantuvo firme en la decisión de no ir a Palestina.

No solamente porque no era sionista, pues si no hay otra... la necesidad tiene cara de hereje, y la mayoría de los que emigraron a Palestina lo debe haber hecho por necesidad más que por convencimiento. Pues ya en aquella época era evidente que ese territorio no solo estaba dominado por Inglaterra, sino que también estaba habitado por árabes, y yo no tenía la menor intención de entrar en conflicto con ellos por un "Estado Judío" que no me interesaba (84).

Junto a otros compañeros, entre los que se encontraban los dos jóvenes con quienes había compartido el encierro en el campo de concentración, viajaron a Zagreb para conseguir una visa de entrada a cualquier país sudamericano. Necesitaban partir antes de que los yugoslavos los expulsaran de su territorio, los

repatriaran. A poco de llegar a la ciudad cayeron en prisión, pero no recuerda el motivo. Fueron liberados dos días después con la condición de que consiguieran una visa y se fueran del país.

En aquel entonces, el cónsul paraguayo en Zagreb vendía visas a los emigrantes alemanes que buscaban desesperadamente un camino que los alejara de esa Europa que iba cayendo, país tras país, bajo el poder de Hitler. Estas ventas se realizaban sin permiso de su gobierno y para su propio peculio (85).

El tío de uno de ellos, Georg, que vivía en Buenos Aires, pagó las visas falsas. El dinero para el transporte y los pequeños gastos lo aportó la HICEM, una organización de ayuda a la emigración judía. Les llevó algo más de un mes reunir todos los papeles necesarios. Durante ese tiempo se hospedaron en una pensión frente a la jefatura, confiados en que la policía no realizaría sus razias tan cerca de sus instalaciones, aunque vivían con el continuo temor de ser encontrados. Llegado el día de partir, fueron escoltados por dos policías de civil en el trayecto del tren hasta la frontera italiana.

Cruzamos sin detenernos el valle del Po, pasando en Ventimiglia la frontera francesa, continuamos nuestro viaje por la Riviera hasta llegar a Marsella. Luego de unos pocos días fuimos acogidos por el “Alsina”, un viejo y obsoleto barco francés. Era el último mes del año 1938 cuando el “Ansina” levó su ancla. La cubierta baja estaba repleta de emigrantes de Austria y Alemania, pero también había muchos españoles que habían huido a Francia por la Guerra Civil y que continuaban su huida [...] dejamos atrás un continente, que, nueve meses más tarde, iba a transformarse en una hoguera (85).

Desembarcaron en Montevideo el 26 de diciembre, pero con las visas falsificadas no los dejaron abordar el vapor con destino a Asunción. Una docena de personas se encontraban en esa situación y no podían enviarlos de nuevo a Europa, porque ningún barco los hubiese llevado de regreso. Frente a esta situación, las autoridades uruguayas decidieron trasladarlos a Colonia, la ciudad turística ubicada a ciento ochenta kilómetros al noroeste de Montevideo. Allí, hospedados en un hotel, podían bañarse en la playa y moverse libremente por la ciudad, pero no abandonarla. Cinco días después el jefe de Policía fue hasta el hotel a informarles que habían sido puestos en libertad, luego de pagar los gastos de hotel y ómnibus podían circular libremente por el país: “Increíble, ¡sin visa de entrada ni permiso de

permanencia! Era llegar a este país y nadie preguntaba más por la documentación” (89).

Yugoslavia significó para Kroch la libertad y un refugio transitorio, que lo salvó del horror y la muerte. Pero fue en Uruguay, después de que las autoridades le permitieran circular libremente por el país, que se sintió realmente libre y fuera de peligro.

## **2. El barco Patria**

Recién a principios de 1939, y luego de muchos intentos frustrados para conseguir un salvoconducto, Drexler junto a parte de su familia abordaron el barco Patria, en el puerto de Burdeos, rumbo a Sudamérica:

Librados al azar, viajaremos [...] con rumbo desconocido. Nuestros documentos señalan que somos “apátridas”, nuestros visados son dudosos, aunque pagamos buena plata por los sellados y firmas. Hay “posibilidades” de que nos acepten en Bolivia o Paraguay, quizá Chile. Argentina, Uruguay o Brasil, ni soñarlo, imposibles (61).

Un decreto del gobierno nazi los obligaba a pagar pasaje de ida y vuelta, por si eran rechazados en el lugar de destino. Como no les permitían llevar más de cien dólares por cada uno, decidieron gastar el dinero en pasajes de primera clase, recibiendo de la tripulación un trato excelente. El barco significó para él y su familia un primer refugio, aunque transitorio. Pudieron alimentarse bien y dormir sin sobresaltos, marcando la diferencia con las prohibiciones en Alemania, el riesgo de ser expulsados de los lugares públicos y los insultos y vejaciones a los que se habían acostumbrado. Comparte recuerdos de esa experiencia, que llegan a su mente con la ayuda de fotografías tomadas por su padre durante la travesía: “Cuando las miro fijamente, se ponen en movimiento [...] Pero es más que una imagen, porque se acompaña de sonidos, sensaciones y olores” (67).

Entre medio de las fotografías que acompañan el libro, se encuentra la carátula del fascículo que usó su familia para aprender frases en español. Avanza en el tiempo para contar anécdotas graciosas ocurridas en Bolivia, producto de la mala

pronunciación debido a las dificultades que tienen los alemanes para vocalizar ciertos diptongos. Vuelve al Patria con el recuerdo de una falsa alarma de advertencia por el avistamiento de un submarino alemán. Una foto con su padre, en la baranda del barco, lo lleva a describir su físico y carácter. Lo mismo hace con su madre a partir de dos fotografías, tomadas también durante el viaje. En una se encuentra descansando sobre una reposera y en la otra junto a él, luciendo marcadas ojeras, que delatan las preocupaciones y miedos propios de las circunstancias.

Luego de un largo viaje y una breve parada en Panamá, el Patria desembarcó en Arica, Chile y retornó a Europa. Allí quedaron, sin visas, solicitando permiso para quedarse, pero fueron rechazados. Tenían veinticuatro horas para abandonar Chile, pero no tenían permiso para salir de Arica, lo obtuvieron gracias a sobornos a los aduaneros, que no resultaron fáciles, porque en el primer intento uno de sus tíos terminó detenido, aunque solo por unas horas.

Efectivos del ejército chileno los escoltaron hasta un camión. La vestimenta de los militares, que lucían uniformes y cascos del ejército alemán, revivió antiguos temores en los detenidos, que se acrecentaban cada vez que el grupo familiar contactaba con autoridades, porque la enorme *J* que significaba *Jude* (judío) estampada en letras de molde en la carátula y páginas internas de los pasaportes despertaba desprecio y rechazo. Este relato es acompañado de imágenes ilustrativas de los uniformes utilizados por el ejército chileno en el año 1940. Sus temores se fueron disipando cuando llegaron a la estación de ferrocarril de Arica y los soldados mostraron una actitud distendida y amistosa, haciendo chistes e intercambiando con los hombres del grupo cigarros por hojas de coca: “Era evidente que habíamos sufrido un espejismo en el desierto. Estos soldados no tenían nada que ver con los alemanes” (110). Y agrega:

Quizás fue en ese momento, en nuestro primer contacto con el continente sudamericano, que empezamos a entender el contradictorio espíritu de sus pueblos, a veces primitivo y agresivo, pero básicamente humano, virgen y aún no contaminado por la lacra de las doctrinas nazi fascistas (110-111).

Fueron encerrados en un vagón durante los tres días que duró el viaje en tren hasta la frontera con Bolivia. A través de las ventanillas lograban adquirir agua y alimentos en los pequeños poblados donde paraba. Recién cuando llegaron a destino los dejaron descender. “Fuimos entregados a las autoridades aduaneras bolivianas. Y esta vez, ¡oh milagro!, se nos permitió el ingreso y la permanencia en un país” (111).

### **3. Sin escapatoria**

Por entonces los padres de Kroch continuaban en el infierno alemán, y eso lo llenaba de miedo. Llegaban las noticias de que Hitler tenía a casi toda Europa continental bajo sus botas. A partir de la Noche de los Cristales Rotos se recrudeció en Alemania la persecución a los judíos. En las cartas que recibía de sus padres cada dos semanas podía leer entrelíneas que la situación estaba cada vez peor.

Lo demás, lo que no podían escribir en las cartas abiertas por la censura de la cruz esvástica, lo percibía al leer el pedido cada vez más urgente de ayuda para emigrar. Era la desesperación por las humillaciones que seguían a la pérdida de sus bienes y la limitación de sus derechos civiles (97).

A su padre le habían quitado el derecho de poder trabajar y se dedicaba a ayudar a su madre en las tareas del hogar. Tenían prohibido ir a parques, cines, restaurantes, bares o teatros, a excepción de las funciones del centro cultural judío Kulturbund. “Su patrimonio, en caso de que todavía poseyesen algo, no podía ser tocado. A lo más, podían levantar una pequeña suma mensual del banco, la cual apenas alcanzaba para sobrevivir” (97). Recuerda a sus padres como personas que nunca habían dependido de nadie, pero en esas circunstancias necesitaban de ayuda desde el exterior para poder emigrar. En 1940, tuvieron la oportunidad de ir a Palestina con el grupo de viaje “Apala” e intentaron conseguir los recursos económicos con familiares que se encontraban fuera de las fronteras del Tercer Reich, pero no tuvieron éxito. Buscaron ayuda en la Unión Central de los judíos de Alemania en Berlín, pero les informaron que no podían hacer nada por ellos. El autor hace una fuerte crítica, ante el dolor de recordar la desesperación de sus padres por intentar salvarse y la propia, por no haber podido ayudarlos. Si bien entiende que la

organización no contaba con recursos, cuestiona que no hubiese movido sus contactos con organizaciones de ayuda en el extranjero:

En vista de las enormes sumas enviadas especialmente por los judíos de Norteamérica a Israel en los últimos decenios y que son despilfarradas en parte en la guerra o en la represión de los palestinos, ¿por qué las organizaciones de ayuda judías no ofrecieron ayuda monetaria, aunque fuera en calidad de préstamo, en los casos en que se daba la oportunidad de escapar? ¿Cuántos podrían haberse salvado? (97).

A comienzos de 1941 presentaron una solicitud de inmigración ante Uruguay, luego de haberlo intentado ante Chile y Bolivia. Se encontraron otra vez con la barrera del dinero, porque entre las exigencias para conseguir la visa, se debía depositar U\$S 2.000 en el Banco Central del Uruguay, que quedarían por dos años, sin generar intereses. Recurrió a un caudillo que pertenecía al partido de gobierno, el partido Colorado,<sup>21</sup> que se comprometió a ayudar a sus padres con la solicitud de inmigración, pero no lo hizo.

Al final del capítulo aparecen los autorreproches por sentir que quizás no había hecho lo suficiente para liberar a sus padres y el engaño de creer que se reencontrarían después de la guerra. Si bien presentía que Hitler perdería, nunca imaginó que antes se daría una “solución final”.

¿No escribía mi madre en una de sus últimas cartas, a finales de 1941, cuando ya totalmente desilusionada comprendió que sus posibilidades de emigrar se habían diluido y ya no podía concentrarse en aprender español: “...con todo, mantengo aún la esperanza de que habrá un reencuentro para nosotros...”? Un reencuentro, cuya expectación demasiado confiada paralizó mis esfuerzos por ayudarlos a salir de su situación desesperada. Un reencuentro que no habría de suceder jamás (99).

La mayor parte de la familia Drexler continuaba en Alemania aquella trágica noche del 9 de noviembre de 1938, que dio comienzo a arrestos masivos con escalada de violencia por parte de la policía. Las cosas cambiaron drásticamente, los judíos eran abiertamente insultados en las calles y hasta en los medios de comunicación, radio y prensa. A pesar de ello, los mayores se resistían a enfrentar

---

<sup>21</sup> Entonces el país estaba bajo la presidencia de Alfredo Baldomir.

el desafío de una nueva vida en el extranjero y abandonar el país en que nacieron y crecieron. El autor lo cataloga como un caso de “extrema tozudez y de ceguera colectiva”:

Los judíos alemanes, los patéticos *Iéques*, amaron la tierra (que ellos adoptaron, pero que nunca terminó de aceptarlos) hasta el extremo de someterse a todo tipo de oprobio y discriminación, a sufrir calladamente y con cristiana resignación, ofreciendo la otra mejilla, las leyes antisemitas que poco a poco los transformaban en “no personas”. Todo, con tal de no abandonar su país, su ciudad, sus propiedades, idioma, cultura y empleos (34).

Podría haberse valido de un sin fin de calificativos negativos para contar la forma en que la mitad de su familia fue asesinada. Pero decide usar la ironía, una vez más, solo que en esta oportunidad logra crear una imagen impactante, que paraliza al lector, generando una sensación contradictoria, de rechazo y disonancia, que provoca una pausa inevitable en la lectura abriendo paso a la reflexión.

De nuestro grupo familiar, formado por unas sesenta personas integrantes de tres generaciones, todos lograron salir, aunque no de la misma forma. Una mitad salió hacia otros países y la otra por el humo de las chimeneas de los crematorios de los campos de concentración (34).

Extiende esa tragedia familiar al resto de los perseguidos, para hacer patente la dimensión de lo ocurrido: “En esos fatídicos meses finales del año 1938 casi todos fueron localizados por la maquinaria informática nazi y nos consta que, al final, los que no se resignaron a perder algo, lo perdieron todo” (34).

Por mucho tiempo sus padres se negaron a hablar sobre lo que pasaba en Alemania y el avance en territorios del nazismo, que mantuvo a los exiliados con el miedo de ser alcanzados en sus refugios. Hasta que un día, luego de terminada la guerra y sentir que ya no estaban en peligro, empezaron a hablar tanto que llegaron a saturarlo. Recuerda la lectura obsesiva de su padre de todo lo relacionado con la Segunda Guerra Mundial.

#### **4. Bolivia**

Ni bien llegaron a Bolivia los Drexler fueron recibidos por una delegación de la colectividad judía, con la noticia de que podían quedarse en ese país y la sugerencia de que se instalaran en Oruro. Emprendieron el viaje a la ciudad minera con el dolor de haber perdido a un integrante de la familia, un hermano de su madre, abogado de unos treinta años, que falleció pocas horas después de haber sido diagnosticado con “soroche”, el mal de las alturas, frecuente entre los emigrantes que llegan desde lugares a nivel del mar.

Destina algunas páginas al tiempo vivido en esa ciudad boliviana, ubicada sobre el Altiplano andino, a casi cuatro mil metros sobre el nivel del mar. Es considerada una de las ciudades más altas del mundo. El camino hasta llegar Oruro es sumamente peligroso. A esto se suma un clima semiárido y frío, de veranos lluviosos e inviernos con temperaturas que pueden alcanzar los -15 °C. Es difícil imaginar cómo pudo haber sido la vida en esa ciudad, en 1939, para un grupo de europeos berlineses. Se dedicaron a la elaboración y venta, casa por casa, de repostería y licores. Drexler conserva el recuerdo agradable del aroma agridulce de las guindas que dejaban fermentando para hacer el guindado. Conocieron los bruscos juegos de agua en carnaval, que terminaron con el tío Karl sumergido a la fuerza en una tina llena de agua turbia. El Carnaval era muy importante en Oruro y ha alcanzado fama mundial, tanto que en el año 2001 fue declarado por la Unesco “Obra Maestra del Patrimonio Oral e Intangible de la Humanidad”.

Ante la llegada de nuevos emigrantes, fundaron un colegio que con el tiempo logró distinguirse y recibió a los hijos de familias acomodadas de la ciudad. Recuerda las cachetadas propiciadas en la escuela por un rabino que llegó de La Paz para dar clases de religión. Se disgrega recurriendo a personajes del cine para argumentar que en los años cuarenta se usaban las bofetadas y que esa moda duró decenios. “En mis primeras guardias del Maciel se aplicaban cachetadas a las ‘histéricas’ sin asco, sin que a nadie se le moviera un pelo. Y debo confesar que la

pequeña Ruth<sup>22</sup> las prefería al rezongo” (115-116). Si bien recuerda momentos muy lindos en la ciudad boliviana, no se detiene mucho en ese período.

Antes de proseguir con el segundo largo intento por lograr ingresar a Uruguay, vuelve al inicio de todo, en la cafetería de Viena, el 20 de junio de 1973, solo para comunicarle al lector que, después de armarse de valor, le contó de su origen judío al enfermero que lo acompañaba y servía de guía en aquella ciudad. Queda el suspenso de saber cuál fue la reacción de su interlocutor y, sin más, vuelve a la ciudad de Oruro para narrar los acontecimientos políticos que fueron convirtiendo a Bolivia en un lugar cada vez más inseguro. En diciembre de 1943, poco tiempo después de que el país, ante el inminente triunfo de los aliados, le declara la guerra a Alemania, el entonces presidente, Enrique Peñaranda, fue derrocado por el Mayor Gualberto Villaroel, antisemita y admirador de Hitler. Si bien el nuevo gobierno no hostilizó de forma inmediata a los judíos, ni anuló la declaración de guerra debido a presiones internacionales, se vivía un clima tenso. Cuenta la anécdota sobre un violento tiroteo ocurrido frente a su casa. Se encontraba solo y su padre pudo rescatarlo ingresando por la azotea. Vuelve a disculparse con el lector: “Pero, como siempre, me estoy yendo por las ramas. Pido disculpas, pero tuve que referirme a algunos de los vaivenes políticos que sufría nuestro refugio, la convulsionada Bolivia” (120).

Su abuelo Samuel, que logró escapar del campo de Sachsenhausen gracias a uno de los guardianes que había sido su vecino, al llegar a Oruro organizó a los inmigrantes y fomentó la apertura de un centro cultural, un club deportivo, una biblioteca y una sinagoga. El 27 de setiembre de 1944, mientras celebraban el Día del Perdón, las tropas bolivianas, luciendo cascos nazis, entraron a la sinagoga y llevaron detenidos a todos los varones. La respuesta dada por las autoridades a las esposas que fueron a pedir explicaciones a la municipalidad fue que “Debido a la declaración de guerra a Alemania, había orden de apresar a todos los ciudadanos oriundos de ese país” (121). Su grupo familiar fue acusado de espionaje y de

---

<sup>22</sup> Se refiere a su madre

reuniones secretas, y se encontraba en peligro de fusilamiento. En ocasión de contar esto, se disculpa por ser reiterativo, pero vuelve a señalar que a los judíos les fue cancelada la ciudadanía alemana al abandonar el país. Sus pasaportes solo servían para salir de Alemania y ostentaban una enorme J en la carátula, además del nombre *Sara* intercalado en los nombres propios femeninos e *Israel* en los masculinos. “Era necesario marcarlos, estigmatizarlos, porque los expulsados hablaban alemán desde hacía varias generaciones, vestían y actuaban como los demás” (121). Luego de cuatro días de encierro, y por medio de una orden presidencial, fueron liberados. Cierra este punto adelantándose un par de años para contar que, en 1946, cuando ya se habían ido del país, el Palacio Presidencial fue invadido por una turba y el Mayor Villaroel asesinado y colgado de un farol en la plaza Murillo.

La familia Drexler nuevamente se enfrentaba a un sin fin de trabas burocráticas en el consulado uruguayo de La Paz sin ningún éxito. El autor reproduce un insólito exabrupto de su padre, en el que tilda de inútiles y coimeros a los funcionarios del consulado y decide entrar de forma clandestina al país. Viajaron en tren hasta La Paz y luego en avión a Corumbá, un municipio ubicado cerca de la frontera con Brasil, con el objetivo de ir acercándose al lugar de destino. Se hospedaron en una miserable fonda, donde pasaron dos semanas agobiados por el calor, los mosquitos y tábanos, tratando de conseguir los permisos para abandonar la frontera y dirigirse a Uruguay. “Las autoridades brasileñas examinaban con mirada torva nuestros pasaportes, que llevaban el sello de apátrida. Una vez más, e iban... estábamos anclados en un lugar” (223). Los requisitos que los funcionarios les exigían para permitirles circular por Brasil eran increíbles:

certificado de buena conducta, libreta de enrolamiento del servicio militar en Alemania, documentos que aseguraran que no era comunista, certificados médicos de que no padecíamos de tracoma [...] la lista era interminable y cada día que pasaba las exigencias eran mayores (224).

Finalmente, gracias a un soborno negociado por su madre en la Comandancia, les fue permitido dejar la frontera y circular por Brasil. Tomaron un avión hasta San Pablo y desde allí un ferrocarril hasta la frontera con Uruguay. Recuerda una conversación que mantuvo en el tren, poco antes de llegar al destino. Una señora le

contó que en Uruguay existían leyes que prohibían a los padres golpear o gritarles a los hijos, y a sus diez años sintió que se estaba acercando al paraíso terrenal. Pero, al escuchar que si no cumplían con esas leyes los padres podían terminar presos, su alegría se transformó en miedo ante el peligro de quedarse solo en un país extraño.

Cabe recordar que también para Kroch San Pablo jugó un papel importante, fue el puente entre Uruguay y Alemania cuando estaba escapando del gobierno militar y, cómo se verá más adelante, Brasil le servirá nuevamente de puente en el proceso de retorno por etapas en el ocaso de la dictadura.

Mientras los pasos de Chil Rajchman llegan en su relato hasta la ciudad polaca Piastow, pasando por Varsovia luego de escapar de Treblinka y los de Ana Vinocur, hasta un hospital de la ciudad alemana de Kiel, luego de ser liberada a finales de la guerra; los pasos de Miriam Bek llegaron a Uruguay. En las últimas páginas cuenta sus primeras impresiones ante una cultura tan diferente, el destino de varios familiares y los sucesos más importantes de su vida hasta el 2012, cuando tenía 85 años. Sin embargo, no menciona la dictadura uruguaya, ni hace referencia a ningún aspecto político del país.

## VI – Cuarta vuelta de la espiral: Uruguay

“Las estructuras cerebrales que están involucradas en la memoria autobiográfica también alimentan circuitos neurales ligados con las emociones” (Manes y Niro, 2021: 118).

Otro tipo de memoria que describen Manes y Niro es la llamada memoria autobiográfica, que consiste en “la colección de los recuerdos de nuestra historia” (118); y permite codificar, almacenar y recuperar información sobre aquellos eventos que experimentamos de forma personal, operando de manera tal que tenemos la sensación de estar reviviendo el momento y los sentimientos asociados a esos eventos. Este componente personal de la memoria autobiográfica le otorga la particularidad esencial de estar definida por lo episódico, lo que permite asignarle un tiempo y un espacio a nuestras memorias. La fecha y circunstancias en que llegaron al país son rememoradas con detalle por los autores, junto a la descripción de las emociones que sintieron ante el primer contacto con la capital.

### 1. Llegada a Montevideo: primeras impresiones

Liberados de la prisión en Colonia, Kroch junto a dos de sus compañeros viajaron a Montevideo. Llegaron a la medianoche del 31 de diciembre de 1938, en pleno festejo de año nuevo: “se oían cohetes y se veían fuegos artificiales por todos lados. Los petardos subían al cielo y desparramaban luces rojas” (90). Comparte con el lector la sensación que le provocaba su condición de exiliado:

¿Exilio? Seguro, estaba en el exilio. Perdidas las raíces de mi patria, mi hogar paterno, mi círculo de amigos. Arrancado de mi tierra natal, trasplantado a una tierra y atmósfera extrañas, donde debía echar raíces; vaya a saber con qué dificultades me encontraría y cuánto tiempo me llevaría. ¿Exilio? Sí, de eso se trataba (90).

De todos modos, entiende que no fue tan terrible como para quienes escaparon a las apuradas a ciudades europeas y estando cerca del país natal la herida permanecía ante la vista y hacía más doloroso el destierro. Por ser alemanes no eran más que emigrantes que estaban a merced del espíritu bárbaro que iba creciendo en

Europa y terminaban cayendo en las garras del ejército alemán o la Gestapo. En cambio, los emigrantes en América estaban separados de su país natal por un océano infranqueable. “Por ello un emigrante podía transformarse en un inmigrante” (90). Además, él no había abandonado su patria de un momento a otro, el alejamiento se había dado de a poco:

Se me había desterrado en etapas, aunque de un modo brutal. Así tuve tiempo de adaptarme. Debido a mi juventud, tempranamente acostumbrado a los golpes del destino y a la privación, habiendo pasado por la escuela de los interrogatorios de la Gestapo y el infierno de Lichtenburg, llegué a Uruguay sin grandes pretensiones. Libre del peso del recuerdo del patrimonio perdido y sin ambiciones de conseguir riquezas materiales (90).

Considera que el hecho de pensar en categorías políticas y supra personales hace más fácil poder superar infortunios y carencias, vivir austeramente, sin que eso signifique un trauma, como ocurre con quienes fueron perseguidos cruelmente y forzados a emigrar, por su sola pertenencia al judaísmo. Muchos profesionales académicos y quienes se movían en círculos pudientes, se encontraban en el extranjero, sin medios económicos, comenzando desde abajo porque sus títulos no eran reconocidos.

De sus primeros días en el país, recuerda el calor húmedo del verano, con noches sin siquiera un poco de brisa, que se hacía más sofocante en la habitación sin ventanas que compartía con uno de sus compañeros de exilio, Georg. El idioma no fue un problema, porque había empezado a aprenderlo en Zagreb, con la ayuda de un libro y facilitado por su conocimiento de latín. En el barco aprovechó a utilizar lo aprendido hablando con refugiados de la Guerra Civil Española. Lo que le resultó nuevo fue la mentalidad de la gente, la forma distinta de vivir de los criollos. “Un estilo de vida más ligero, más juguetón, quizás algo más superficial, pero igualmente racional, sereno y escéptico, lleno de calidez humana y simpatía” (91). Esta primera impresión surgió del relacionamiento con sus compañeros de trabajo, de quienes hace una breve mención: “Casi no había rivalidades, el trabajo no era tomado tan en serio, se charlaban, se jugaba con una pelota de trapo, se le hacía una jugarreta inofensiva al capataz, un húngaro” (91), y a pesar de eso, lograban

completar las tareas diarias en el taller de AFE, donde comenzó a trabajar el primer día hábil del año, un día después de su llegada a Montevideo. Consiguió el empleo gracias a una entrevista con el director de la Railway Company of Uruguay, que le escribió una recomendación para que entregara en los talleres de reparación de locomotoras Diesel de los Ferrocarriles del Estado. Las tareas que debía realizar y la complicada rotación de su horario le impedían planificar alguna actividad personal, sin embargo, se sentía satisfecho y agradecido al comparar su suerte con la de otros cien inmigrantes alemanes que viajaban en su mismo barco y pudieron continuar su viaje hacia Paraguay: “¡Lo que me ahorré! Si me pongo a pensar en el Paraguay de entonces y en el General Stroessner, se me pone la piel de gallina” (89).

Drexler rememora su llegada al país, justo el día en que se celebraba el aniversario de su independencia. “Montevideo nos recibió engalanada y embanderada: era el 25 de agosto de 1945. Recuerdo el lento ingreso del tren en la terminal de AFE. Mis tíos estaban en el andén” (225). Ese primer día en la tarde sus tíos lo llevaron a la playa Pocitos:

Hacía mucho frío y caía una espesa llovizna, pero la impresión que tuve al ver el mar después de tanto tiempo fue imperecedera [...] Corrí por la arena lanzando puñados al aire, chapoteé en la orilla y tuvieron que sujetarme para que no me largara al agua en ese mismo instante (225).

Todo era novedad en la nueva tierra. Como alumno de la escuela pública debió aprender a usar la pluma de acero y recuerda que sus escritos en las hojas *Tabaré*, con volutas rococó en las esquinas, estaban llenos de borrones y tachaduras. Sus padres mostraron fascinación por el nuevo país: “Se respira en el aire la democracia. El presidente de la República camina por 18 de Julio solo, sin escolta... La escuela es gratuita y hasta le dan pan y leche, y viaja sin pagar en el autobús” (227). Bien valía el esfuerzo por lograr adaptarse a códigos de comportamiento tan diferentes. Con el tiempo tuvieron una pequeña fábrica de blusas que les dio un buen pasar. A los sesenta años su padre se jubiló, cerró la fábrica y se dedicó a su verdadera vocación, la Historia. Desde que llegaron a Uruguay pasaron a ser residentes ilegales y transcurrieron casi cuatro años hasta conseguir la residencia definitiva. Si

bien durante ese período de tiempo no fueron perseguidos, siempre flotaba en el ambiente su situación precaria: “Por eso, cuando me fue conferida la ciudadanía, me sentí, después de muchos años, seguro” (262).

Ambos protagonistas conocieron la ciudad engalanada y festiva, quizás como un presagio de que se trataba del refugio que tanto estaban buscando. Si bien Uruguay seguía representando para ellos el exilio, una atmósfera extraña ubicada muy lejos de su tierra de origen, fue el primer país que sintieron como hogar después de un largo peregrinaje, de un destierro por etapas.

## **2. Sentimiento de pertenencia**

El concepto de exilio ha sido abordado desde diferentes perspectivas a lo largo del tiempo. Este término comparte elementos con otras categorías como migración forzada, diáspora, destierro y proscripción, que complejizan más la posibilidad de una definición. Hay quienes sostienen que el exilio tiene una raíz netamente política, y lo definen como la experiencia que enfrenta un individuo al tener que abandonar su país, de forma abrupta, por razones políticas o ideológicas. Enrique Coraza, además, diferencia el exilio de otras movilizaciones forzadas por tener un “contenido de persecución por identificación o pertenencia ideológica o religiosa; en definitiva, es político, con una individualización de las personas basada en su pertenencia a un grupo —político, sindical, social o religioso— determinado” (2020: 18). Esta idea es cuestionada y confrontada por otros críticos que no consideran indispensable la existencia de un factor político para poder hablar de exilio.

Otros planteos alejan el enfoque de las circunstancias externas para considerar como central la percepción del individuo. Entienden el exilio como una interrupción de la vida cotidiana, lo que Juan Carlos Carrasco llama el quiebre de la cotidianidad. Es también y sobre todo “un corte, una ruptura en la continuidad de la vida psicológica” (2010: 11). Es quiebre, porque interrumpe bruscamente el curso de vida y es compulsivo, porque la persona se ve obligada por las circunstancias a salir de su medio e instalarse en el extranjero. Por su parte, Nicolás Hochman, en

*El origen del exilio. Una genealogía posible*, rastrea los orígenes de este concepto polisémico, considerando aspectos genealógicos y etimológicos, que lo llevan a cuestionar la idea frecuente de que posea un carácter permanente, en alusión al planteo que hace Eduardo Carrasco (2002) en *Palabra de hombre*, y afirma que “Cualquier exilio está condicionado tanto por la experiencia subjetiva como por estructuras externas que trascienden y que modifican radicalmente la percepción y el accionar personal” (2018: 20). Lo entiende como un fenómeno complejo y difícil de reducir a estructuras rígidas, una categoría en continuo movimiento que varía según la percepción que el propio sujeto tenga de su realidad.

En esta primera experiencia de exilio, tanto Drexler como Kroch lograron generar profundos lazos hacia el país de destino. Varios deben ser los motivos que explican este hecho. El más relevante seguramente sea que estaban escapando de un genocidio, lo que tornaba en urgente y desesperada la necesidad de huir y mantenerse alejados. Otra explicación, siguiendo la idea de exilio como irrupción de cotidianidad propuesta por Carrasco, podría estar en lo que Kroch entiende fue un *destierro por etapas*, que en su caso inició en la cárcel, continuó en un campo de concentración, luego Yugoslavia y un “hotel-cárcel” en Colonia, antes de poder transitar libremente por nuestro país. En el caso de Drexler y su familia el exilio, propiamente dicho, fue el peregrinaje por las embajadas europeas para poder conseguir las visas que los alejaran de la muerte, lo fue el largo trayecto en barco, Chile por unas horas, Bolivia por unos años y Brasil por unos meses. Hasta que finalmente llegaron al lugar donde pudieron proyectar una nueva vida. Para ambos protagonistas, a pesar de haber vivido en la ilegalidad por algún tiempo, Uruguay representó un refugio y no solo un lugar donde transitar el exilio.

### **3. Vida en Uruguay**

Kroch dedica un espacio importante en su autobiografía para describir cómo fue el primer contacto con la nueva tierra que le daba cobijo y que, poco a poco, se iría transformando en su nueva patria. A diferencia de Drexler que, además de la adaptabilidad propia de un niño de 10 años, contaba con la experiencia de haber

vivido algunos años en un país sudamericano, Kroch ya tenía 21 años cuando se vio enfrentado a tener que vivir en un país tan diferente, en un nuevo continente.

### **3.1. Trabajo y relaciones sociales**

El gran desafío que encontró en la nueva tierra fue enfrentarse a las diferencias culturales, que en un principio vio reflejadas en sus compañeros de trabajo. Decide nombrarlos y destacar de cada uno sus cualidades, habilidades e inteligencia, que no siempre dependía del nivel de instrucción. Se detiene en uno que, recién llegado de campaña, le hacía cuentos increíbles recurriendo a leyendas populares como el mito del “lobisón”, del que aseguraba haber sido testigo y podía dar fe de su veracidad.

Kroch no permaneció en ese trabajo mucho tiempo, fue despedido luego de que el taller y el servicio de ferrocarriles pasaran a manos del Estado:

Se acercaban las elecciones de noviembre de 1942. Todos los trabajadores que no tenían la nacionalidad oriental perdieron el empleo. En su lugar tomaron trabajadores “recomendados” por alguno de los políticos conocidos por los directores administrativos, ya sea del Partido Blanco o del Colorado, para juntar votos para el candidato de turno (106).

Comenzó a trabajar en un taller de instalación de calefacción. Permaneció allí por más de cuarenta años. El dueño, Julio Berkes, era un húngaro casado con una uruguaya. Describe las tareas que cumplía y lo difícil que fueron los primeros tiempos, donde el salario no reflejaba el gran esfuerzo que realizaba a diario. Luego de posicionarse en el mercado la firma fue vendida, pero mantuvo en sus puestos a los trabajadores y al propio fundador como asesor experto. Comenzó a sentir entusiasmo por el trabajo en proyectos nuevos fomentados en la empresa, algunos representaban innovaciones para el país. Fue entonces cuando logró su ascenso a técnico y el aumento de sueldo correspondiente.

Al tiempo de haber llegado a Uruguay, junto a su amigo Georg formaron un pequeño círculo de jóvenes, con similares ideas políticas, que se reunía en un café frente a la Intendencia para discutir sobre los problemas del país y del mundo hasta muy tarde.

Como era habitual en este país en aquellos tiempos, no sabíamos nunca dónde vivían nuestros amigos, pero sí a qué hora tomaban su cafecito o grapa y dónde. Los puntos de reunión social eran generalmente los cafés o bares, que había uno en cada esquina (94).

Entre los vínculos más fuertes que logró mantener en este grupo, destaca a Macías, con quien comenzó a publicar una revista mensual, *La Chispa*:

Consistía en la recolección de datos e informaciones sobre la situación económica y social en Uruguay y el mundo, especialmente en los países fascistas del “eje”. El editorial era un análisis escrito por Macías sobre los problemas actuales del país y conllevaba una crítica a la política nacional del PCU, no a su postura internacional (94).

Esta amistad le dio la oportunidad de conocer a una familia obrera desde adentro y los problemas que debía enfrentar, ya que en Alemania nunca había visto a los obreros en su entorno, solo en el lugar de trabajo. A él le agradece haber alejado su interés de Europa, para centrarse más en Latinoamérica y Uruguay. Comenzó a estudiar la historia del país y a leer autores latinoamericanos. Su amigo le fue mostrando los poemas que había escrito e impreso bajo su responsabilidad y costo. A propósito de esto hace una observación de la realidad de entonces, que no parece haber cambiado demasiado con el tiempo:

Teniendo en cuenta las dificultades que encontraba un poeta de la clase media en Uruguay para poder imprimir y vender, ¿qué posibilidades le quedaban a un poeta de la clase obrera? A Macías le faltaban los medios, las relaciones, así como el círculo influyente (95).

Vuelve a su amigo Georg, para narrar sobre el trágico accidente que sufrió en bicicleta. Falleció un mes después, en el Hospital Español, como consecuencia de la rotura del duodeno. Paradójicamente murió de inanición. “¡Qué contrasentido del destino!... Haberse escapado de la prisión nazi y de los asesinos de la SS del viejo continente para sufrir aquí esa muerte sin sentido” (96).

### **3.2. Las diferencias culturales en el amor**

El código de costumbres españolas le dificultó entrar en contacto con chicas de su edad. No le fueron útiles los consejos de amigos, porque su acento alemán le jugaba en contra a la hora de hacer piropos. A pocos meses de llegar al país conoció

a una muchacha en el Parque Rodó, que catalogó como la “mujer de sus sueños”, pero no supo qué hacer para poder acercarse a ella sin quebrantar el sagrado código. Le resultaba ajeno el mundo de los noviazgos largos y vigilados, sin casi contacto físico, hasta llegar al matrimonio.

La hermana de uno de sus amigos uruguayos fue quien se convirtió en su esposa y madre de sus hijos. La describe como una mujer con un horizonte amplio, con la que podía hablar de todo sin tapujos. Selló su convicción de que Coca era la amiga que había soñado cuando la vio ponerse en peligro antes de soltar la gran pancarta que llevaban y los identificaba con el Comité Alemán Antifascista,<sup>23</sup> en ocasión del festejo que hubo en Montevideo, el 2 de mayo de 1945, cuando el Ejército Rojo conquistó Berlín: “Una muchedumbre llenó la calle 18 de Julio festejando la victoria sobre la Alemania Nazi” (105). Cuenta que en esa ocasión jóvenes con la bandera de la Unión Soviética invadieron la redacción del diario *El Día*, que había izado solo tres banderas de los aliados: Estados Unidos, Francia y Reino Unido.

Se casaron en setiembre de 1944, alquilaron una pieza en el Barrio Sur, y a poco de nacer su primera hija se mudaron a un apartamento de dos habitaciones sobre la calle Isla de Flores, sin ventanas, donde compartían la claraboya con otros apartamentos. Allí nació su hijo y afirma que, a pesar de las penurias económicas, pasaron una buena etapa de sus vidas. En un esfuerzo por entender los motivos de fondo de las desavenencias con su esposa, realiza una divertida comparación entre los criollos y los alemanes, donde la costumbre de tomar mate tuvo también su protagonismo. Concluye que el choque entre la espontaneidad de aquellos y el autocontrol de estos pudo ser determinante en la disolución de su matrimonio. Pero volvieron a juntarse después de seis años, compraron una casa con jardín a las afueras de la ciudad y sus hijos pasaron del Colegio Alemán a la escuela pública. Este cambio les significó libertad y felicidad.

---

<sup>23</sup> Estaba integrado por trabajadores inmigrantes alemanes de ascendencia judía, que colaboraban con la Asociación Antinazi del Uruguay en su misión de enviar ayuda a las tropas aliadas que luchaban contra el ejército nazi.

A Feva la había conocido en el Comité Alemán Antifascista, pero pasarían cuatro décadas antes de que sus vidas se unieran. Durante un vuelo desde Hamburg a Frankfurt, se abrió el camino de un futuro juntos: “Sentados en el avión percibimos una fuerza magnética que unió nuestras manos. Siempre tuve debilidad por las fuerzas magnéticas” (174). A su lado permaneció hasta el final de su vida.

### **3.3. De “la Suiza de América” a la dictadura**

En su libro Kroch incluye una presentación breve del panorama político, económico y social del país, desde comienzos del siglo XX y la repercusión que tuvieron en el comercio la Guerra de Corea y la Guerra Fría. Menciona las grandes huelgas que se sucedieron a partir de los años sesenta, así como la resonancia de la revolución cubana, la guerrilla urbana de los Tupamaros, y la llegada al poder de Pacheco Areco, en 1968, que significó un cambio sustancial en las políticas de Estado, llegando a darle plenos poderes a las Fuerzas Armadas bajo las Medidas Prontas de Seguridad, que dejaron sin vigencia derechos individuales y políticos.

La perspectiva de un cambio de las estructuras sociales esclerosadas, así como el peligro de la pérdida de los privilegios tradicionales, fueron los que causaron, en junio de 1973, el golpe de Estado de los militares y su dictadura de doce años. No fue debido al movimiento Tupamaro, que ya había sido vencido un año antes (134).

En esa época se dedicó nuevamente al mini periodismo, colaborando en la redacción y compaginación de periódicos barriales y gremiales de las organizaciones locales comunistas. Proporciona datos sobre la interna del Partido, lo que proponía y el papel importante que jugó en la creación del Frente Amplio. En esos años, tuvo contacto con muchos sectores del mundo laboral uruguayo, y pudo interiorizarse de sus problemas específicos.

Invertía mucho tiempo en actividades políticas, primero en la Guerra contra Hitler y, en la época de la Guerra Fría, militando en el Partido Comunista del Uruguay, aunque no estaba en total acuerdo con su lineamiento político: “pero como yo lo veía era, luego de una cierta corrección táctica, la única fuerza política que mal o bien velaba por los intereses de los trabajadores y se jugaba por un mundo

sin bombas atómicas” (110). Considera que ninguna persona pensante puede coincidir en todo con una organización política o social, pero unirse a otros de convicciones similares es la forma de luchar por sus ideas, y no convertirse en un escéptico estéril. Tenía sus reservas sobre Stalin en la Unión Soviética y sobre Eugenio Gómez en el Partido Comunista del Uruguay. Critica la difamación, dentro de la izquierda, de aquellos integrantes que no concordaban en todo con los líderes del momento. Entre la actividad política y el trabajo, al que cada vez dedicaba más horas extras para poder mantener a su esposa e hijos, consumía casi todo su tiempo y no le quedaba espacio para la familia: “Dejaba a los niños al cuidado de la madre y a la madre, que era mi esposa, la dejaba sola. Viéndolo desde la distancia, me parece vergonzoso. En aquella época, sin embargo, estaba ciego” (111).

### **3.4. Medio Mundo y Comité Barrial**

Su primera gran resistencia en el país estuvo vinculada al conventillo *Medio Mundo*, que mal albergaba a cincuenta y seis familias, amontonadas de a cuatro o cinco personas por habitación. Con paredes derruidas y un techo que se llovía, se había transformado en un atractivo para los turistas y amantes del folclore afrouruguayo.

La miseria cuando es añeja suele estar rodeada por un halo de nostalgia. Esa impresión recibe el que observa este barrio desde afuera. Para el que vive aquí, sin embargo, sigue siendo pura y llanamente miseria, por más vetusta que sea (116).

Luego de profundizar en la descripción del edificio y el ruinoso estado en que se encontraba, con derrumbes de sus viejos muros y de techos que cobraron víctimas, vuelve sobre la visión poética que no reflejaba la miserable vida de quienes lo habitaban. “Muchos pintores retrataron este conventillo, muchos cantantes le dedicaron canciones y también hubo intendentes que armaron grandes fiestas en su honor, donando damajuanas de vino, especialmente cuando se acercaban las elecciones” (116). No faltaron los especuladores inmobiliarios y en el año 1954 se presentó el alguacil ejecutivo en uno de esos conventillos exigiendo el desalojo de las 28 familias que lo ocupaban. Por entonces el autor repartía en la

zona el diario comunista *Justicia* y fue así como, junto a sus compañeros de reparto, entabló amistad con algunas familias. Ante la desesperación de los vecinos por el inminente desalojo, unieron sus fuerzas en contra de esta medida, dando origen al Comité Popular del Barrio Sur.

Ahí comenzó la etapa social y políticamente más fructífera de mi vida. Llegué a conocer y valorar [a] mucha gente humilde, y reconocí las enormes oportunidades ocultas que podían salir a la luz cuando se unían en pos de un objetivo común (117).

Fue un largo camino recorrido. A la resistencia se unieron también los vecinos de las calles aledañas. “Cuando una mañana se aparecieron los trabajadores de una empresa de demolición, acompañados de dos policías, para derribar las paredes con picos, se encontraron con una cadena humana: hombres, mujeres y niños que les impedían el paso” (118). Este hecho propició una negociación con la Intendencia en la que se acordó la entrega del terreno a cambio de viviendas sociales para las familias, que fueron ubicadas en diferentes bloques habitacionales municipales. Los derrumbes y órdenes de desalojo se fueron acumulando y el Comité se mantuvo firme en la lucha, logrando al principio soluciones en viviendas provisorias.

En la narración aparecen historias de vida y el destino de sus protagonistas como es el caso de Beba, una mujer sola que logró salvar a sus tres hijos de un derrumbe en uno de los conventillos. A los esfuerzos por conseguir soluciones habitacionales para las familias con orden de desalojo, se sumó la lucha por la construcción de un bloque de viviendas sociales en el mismo barrio. Lograron la ayuda de la Universidad de la República a través de la Facultad de Arquitectura y el denominado Proyecto Barrio Sur pasó a integrar el plan de estudios ese año. A continuación, transcribe los resultados de la encuesta realizada el 29 de mayo de 1957, que dejó en evidencia las pésimas condiciones en que vivían muchas familias del barrio y su precaria economía.

Lo que para nosotros se había vuelto realidad diaria escandalizó a muchos estudiantes. Para ellos, que venían de un medio totalmente diferente, había sido inconcebible que siete personas habitaran en una misma habitación, que un anciano habitara un baño y pagara un alquiler por ello, que en una casa toda la planta baja estuviera bajo agua —agua de lluvia que entraba por los techos, así

como aguas servidas de los lavabos y las cloacas— y que en ese humedal apestoso habitaran tres familias (122).

Ante el aumento desmedido del pan debido a saltos inflacionarios, se organizaron para ofrecer un “pan popular”, que lograron conseguir al precio anterior con un panadero de Santa Lucía que lo enviaba por ferrocarril tres veces por semana. Era vendido por integrantes del Comité en algunas esquinas a precio de costo y comenzó una lucha con los panaderos del barrio. Hubo momentos en que lo colectado por la venta de pan pudo estar en peligro, debido a que era frecuente el olvido de alguna lata recaudadora y el reemplazo improvisado de vendedores por vecinos ante alguna urgencia, pero “nunca faltó dinero. ¿Habría aparecido quizás el carácter solidario propio de cada ser humano, oculto solo por las costumbres y las reglas de una sociedad fundada en el egoísmo?” (123).

Con el proyecto elaborado por la Facultad de Arquitectura comenzó una larga lucha de tres años que incluyó marchas hacia el edificio del Instituto Nacional de Vivienda Económica, la Intendencia y el Palacio Legislativo, y la redacción de un proyecto de ley, con la ayuda de profesores universitarios, que luego de muchos esfuerzos fue aprobado. Debido a influencias de las inmobiliarias y a los pretextos burocráticos por parte de la Junta Departamental, se demoró la entrega de los terrenos por casi una década.

Actualmente se yergue allí un bloque habitacional de seis pisos, con las ventanas hacia la rambla y el mar, cobijando decente y económicamente, no a 750 familias como había sido planificado, sino solo a 96 familias que habían habitado anteriormente los conventillos y ruinas con peligro de derrumbe del Barrio Sur [...] No se construyó para todos, muchos quedaron por el camino, pero una parte logró la meta, que inicialmente no creía poder alcanzar (125).

Más adelante vuelve a destacar la importancia de los comités de barrio, que jugaron un papel relevante en la tarea de juntar las firmas necesarias para el referéndum contra la ley de Amnistía que se realizó en 1989. Brinda información sobre la preparación, las agrupaciones que apoyaron la iniciativa y demás detalles, junto con contratiempos surgidos a causa del rechazo de cien mil firmas por parte de la Corte Electoral. Después de mucho esfuerzo lograron que las firmas

rechazadas fueran confirmadas por sus titulares en la oficina de la Corte. Ante la noticia de haber alcanzado el objetivo, se armó un festejo espontáneo en la avenida 18 de Julio.

## VII – Quinta vuelta de la espiral: enfrentar el pasado

### 1. Austria

El viaje a Austria, realizado en junio de 1973, es presentado por Drexler como la primera ocasión en que pisó tierra europea luego del exilio. Sintió aflorar todos los fantasmas del trágico pasado al recordar que ese país había formado parte del Tercer Reich desde antes de la Segunda Guerra Mundial hasta su finalización. El miedo de exponer su origen judío en aquel lugar logra transmitirlo manteniendo en suspenso al lector, durante toda la primera mitad del libro, en espera de la reacción del enfermero-guía austríaco ante el secreto revelado de su condición. Mientras, va rememorando situaciones incómodas que vivió junto a él, cuando aún no estaba en conocimiento de su ascendencia. En la visita a Leopoldstadt, el antiguo barrio judío, le quedó grabada la lamentable frase de su anfitrión: “Y ahora esos judíos no están más, se hicieron humo, desaparecieron como una pompa de jabón [...] Me miró con cierta expectativa como esperando que yo estallara en carcajadas, pero se encontró con mi ceño fruncido” (167). Dejó pasar el comentario, porque entendía que si persistía en no definirse tenía que resignarse a ese tipo de situaciones. A pesar de eso, tuvo ganas de golpearlo y describe de forma detallada los movimientos que imaginó realizar, generando una imagen casi cinematográfica, impregnada de su habitual sentido del humor:

Lo observé de reojo: Herr H. estaba concentrado, mirando hacia delante, aferrando el volante del Volkswagen. Cerré la mano derecha y observé como mis nudillos palidecían. Contraje el brazo, hasta vislumbré el impacto de mi puño en su pómulo derecho, pero luego observé su recio físico y de inmediato se aplacó mi intento agresivo (168).

Su revelación ante el enfermero, con la que mantiene expectante al lector, la sitúa un par de días después de este episodio en el auto, por lo que vuelve a saltar en el tiempo, hasta el momento narrado al inicio del libro y así lo especifica: “para evitar confusiones y evitar que el relato se haga incoherente, debemos volver forzosamente, en lo que ya constituye un retorno obsesivo, al comienzo” (168). Con la anterior aclaración cierra ese subcapítulo para dar paso al siguiente que titula

“Viena, 20 de junio de 1973”. Este título encabeza varios subcapítulos a lo largo del libro y anuncia el acostumbrado retorno al momento en que decide enfrentar los miedos y exponer su condición de judío ante el enfermero. Presenta esa acción como un acto heroico y lo compara con un enfrentamiento en pleno campo de batalla. Para aumentar el dramatismo (o generar humor), en la comparación recurre al personaje de ficción El Llanero Solitario y al líder militar castellano conocido como Cid Campeador.

La reflexión sobre su comportamiento grosero hacia el enfermero, que desconocía su origen cuando realizó los comentarios maliciosos frente a él, lo hace repensar. Tenía que dejar de considerar a todo germano como a un nazi en potencia. Además, en el caso del enfermero, era un niño pequeño en la época del nazismo.

Distinto era cuando veía a las personas mayores de cincuenta años. ¿Dónde estuviste, qué hiciste, cuál fue tu tarea, tu destino, tu función durante la guerra, qué papel desempeñaste en la hecatombe? Mi mente se descontrolaba, porque no podía dejar de hacer semejante escrutinio [...] ¡Un delirio persecutorio! ¡Eso era! [...] Estaba neurótico, reactivo, impertinente (173-174).

El miedo es llevado a extremos increíbles al declinar un encuentro íntimo con la enfermera con la que coqueteaba desde hacía tiempo, por temor a que, ante su expuesta condición, ella se horrorizara o lo rechazara. Por otra parte, logró hacer amistad con sus colegas árabes, a los que no parecía molestarles su origen judío, aunque para él fue algo difícil entablar la relación debido al conflicto en Medio Oriente y evitaba hacer comentarios políticos. Cuando en algún momento se tocó el problema de Israel y los palestinos, cada cual expuso su posición, pero ninguno trató de convencer al otro.

Se enfrenta a grandes diferencias en el funcionamiento de los hospitales de Austria respecto a los de Uruguay, en cuanto a la operación de garganta en niños, la responsabilidad durante el postoperatorio y la presencia de familiares dentro del nosocomio. Como ventajas menciona la abundancia de instrumental hospitalario y el minucioso chequeo que hacen las enfermeras de que nada falte y todo funcione. Esto mismo tuvo oportunidad de observar, a su tiempo, en los hospitales de Alemania e Israel. En contrapartida, destaca la frialdad con que los padres dejan a

sus hijos en la garita que cuida el acceso, allí se despiden de ellos con un apretón de manos y se desentienden hasta el momento en que son dados de alta y deben pasar a recogerlos. Ante su asombro e incredulidad, el enfermero le explica que se debe a la confianza depositada en el médico y en la Institución, que es aprendida por los niños en su hogar y en la escuela. Como no hay escenas de llanto o despedidas trágicas, ellos entran tranquilos. Durante algunas páginas es narrado de forma pormenorizada el comportamiento “ejemplar” de los niños mientras esperan su turno para entrar a la sala de operaciones.

## **2. Volver a la primera patria**

### **2.1. Alemania Oriental, 1963**

Después de mucho tiempo Kroch pudo retornar a su primera patria. Gracias a la mejora en su salario como resultado de la expansión de la producción logró ahorrar el dinero suficiente para viajar y cubrir la manutención de su esposa e hijos en su ausencia. Embarcó en el barco *Augustus* que hizo escala en Santos, Lisboa y Nápoles, para llegar luego a Haifa: “Tras veinticinco años de ausencia piso nuevamente el suelo europeo [...] Ahora veo todo con los ojos de un uruguayo” (135). Primero visitó a sus hermanos en Israel, luego pasó por Roma y Florencia, para seguir viaje hacia el país del “socialismo real”, así lo consideraba. Comparte la experiencia de haber estado en ambos lados del muro de Berlín visitando amigos. Tanto de un lado como del otro pudo observar informaciones falsas sobre la realidad de la otra Alemania.

Apenas finalizada la Segunda Guerra Mundial intentó volver a su país de origen, donde creía que estaba su lugar. “Si el sacrificio de mis años jóvenes hubiese tenido algún sentido, debería continuar allí donde mi vida y mi actividad en la resistencia contra el fascismo y por el socialismo habían sido bruscamente interrumpidas” (109). Tenía la firme convicción de que el esfuerzo de los antifascistas alemanes sobrevivientes era necesario para lograr una reeducación, la concientización pacifista y solidaria, el aniquilamiento del espíritu deshumanizado del nazismo y la construcción de un estado alemán de trabajadores y campesinos.

Había presentado junto a su esposa una solicitud por medio del consulado soviético en Montevideo, para regresar y ayudar en la reconstrucción de una parte de su patria, pero jamás recibieron respuesta a su solicitud. “De esta forma, estuviese o no de acuerdo, quedó marcado mi derrotero. Uruguay pasó a ser mi patria definitiva” (110).

Pasarían casi veinte años de aquel intento, antes de lograr volver a pisar suelo alemán. Fue en calidad de turista, por un breve espacio de tiempo e intercalando viajes a otros países de Europa para reencontrarse con amigos y familiares. La despedida lo sorprendió lleno de emociones y preguntas mientras observaba el lago Titi en la Selva Negra:

Lloviznaba. Los valles yacían escondidos tras las nubes, la cima del monte Feldberg cubierta por la nieve. Gotas de agua caían de pinos y abetos. Me senté en un tronco cubierto de musgo. Miré pensativo el paisaje húmedo y borroso. Alemania. Aquí nací. Aquí pasé mi juventud. Era mi patria. Este país tan hermoso me es todavía tan familiar. ¿Podría volver a echar raíces aquí, después de treinta años? (142).

Por medio de la descripción minuciosa del paisaje logra transmitir la sensación de melancolía. Entonces no sabía que regresaría en otras ocasiones, ni imaginaba que una de ellas sería buscando refugio durante su exilio a causa de la dictadura militar uruguaya.

## **2.2. Alemania Occidental, 1975**

A pocos días de que Drexler volviera a pisar su primera patria, el director del Hospital de Clínicas, donde trabajaba, lo puso sobre aviso de un incidente que había tenido con el profesor dueño de la clínica en Berlín Occidental donde sería instruido de la técnica de homoinjertos. Cuenta que con euforia lo había llevado frente al parlamento alemán incendiado poco después de la asunción de Hitler como canciller, por lo que cree que se trata de un simpatizante del nazismo. Este relato incrementó considerablemente sus miedos: “No alcanzaban mis neurosis y obsesiones, la mitad de mi vida maldiciendo a Alemania, mi reiterada negativa a pisar esa tierra maldita. Justo a mí tenían que hacerme semejante relato, en vísperas del viaje” (266).

El reencuentro con su ciudad natal, de la que no tenía recuerdos más que los narrados por sus mayores, tuvo lugar en octubre de 1975. Berlín (Occidental) lo sorprendió por su belleza y fertilidad. Mientras la contemplaba, no podía dejar de pensar en todo lo que les había sido arrebatado: “Mi cerebro estaba permanentemente sometido a una ducha escocesa, pasando sin transición del arrobamiento al horror” (267). Al día siguiente debía presentarse en la Clínica donde sería recibido por su dueño, el especialista que lo había invitado y que ahora se le representaba como un nazi: “rumiaba mi despecho y resentimiento. Al día siguiente sería el encuentro y yo velaba mis armas, como quien se prepara para entrar en batalla” (267).

El jefe del Departamento de Otorrinolaringología no era el doctor Betow, como había creído, se trataba de un hombre de unos sesenta años. Solo la información de su edad le sirvió como disparador a la idea de que podía haber participado plenamente en la guerra, incluso en el genocidio. Lo recibió en su oficina y al preguntarle el nombre, cuenta que respondió cuadrándose instintivamente. Queda abierta la posibilidad de interpretarlo como otra de sus ironías, para hacer más patente sus temores por tanto tiempo alimentados. Parece prever la incredulidad del lector ante semejante imagen, porque se detiene en argumentaciones:

Fue un movimiento automático, contra mi voluntad, quizá un intento de burlarme de todas las películas hollywoodenses del género. Cuadrándome y uniendo los tacones con un golpe seco. No era solo un intento de burla, estaba inconscientemente adaptándome a un escenario que yo había imaginado centenares de veces en mis pesadillas (268).

En Austria había tenido una aproximación al nazismo, pero en Berlín se encontraba por primera vez frente a lo que denomina “la autoridad”. En diálogo con el profesor, este se manifiesta sorprendido por su manejo del alemán e incluso logra distinguir el acento berlinés, lo que significó un motivo más para sus cavilaciones: “¿Tendría que explicarle al nazi número 1 el motivo por el que hablaba perfectamente el idioma? ¿Era el momento para exponer mi tema recurrente: expulsión, exilio, vuelta a mi vieja *Heimat*, al *Vaterland* (Hogar, Patria)?” (268).

Al ojear su pasaporte encontró el sello del Estado de Israel y quedó —a interpretación del autor— satisfecho de haber averiguado lo que le interesaba.

Si bien la obsesión de considerar a todos los alemanes de edad madura con los que interactuaba como potenciales nazis puede, perfectamente, ser el resultado del trauma familiar, es también posible que se trate de un recurso para transmitir más fehacientemente al lector que el miedo no quedó en aquel pasado de horror, sino que es un sentimiento que acompaña a las víctimas y sus descendientes, poniéndose de manifiesto con determinados estímulos. Insiste en el tema: “Iba caminando por los corredores del Klinikum buscando la oficina del nazi número 2, Christian Betow, reprochándome a cada paso la imposibilidad de cambiar el curso de pensamientos tan siniestros” (269). Sabía que estaba predispuesto a ese tipo de cavilaciones y empezó a cuestionarse haber aceptado la beca. El profesor lo recibió con una sonrisa y lo invitó amablemente a sentarse. Pero en esta oportunidad, cuenta que aprovechó el comentario sobre lo bien que hablaba alemán para despacharse:

Me incorporé de un salto para dar mayor énfasis a lo que tenía que decir: —  
¡Hablo perfectamente alemán porque nací en esta ciudad, y seguiría viviendo en ella si los hijos de puta nazis no me hubieran expulsado con mi familia por el solo hecho de ser judío! (269).

La respuesta de su interlocutor no se hizo esperar, acompañada de una sonrisa: “¿Así qué usted es judío? ¡Yo también!” (269). Si la coincidencia no basta para llamar la atención de los lectores, sí lo hará la pregunta que el autor nos plantea, luego de confesar su gran sorpresa ante la respuesta del doctor a su exabrupto: “seamos francos, ¿alguna vez conocieron un judío que se llamara Christian?” (270).

Antes de dar por finalizado este período en Alemania, explica brevemente en qué consiste la técnica de homoinjertos de oído en la que se especializó, acompañando el relato con imágenes. Regresó a Uruguay con casi treinta injertos. Algunos fueron utilizados de inmediato en tres de los cuatro sobrevivientes de la

explosión en las canteras de AFE,<sup>24</sup> que habían presentado severas lesiones en al menos uno de sus oídos. Este hecho fortuito le hizo ganar prestigio y con el tiempo quedó como titular prestando funciones de otorrinolaringólogo en la empresa estatal. Incluso en medio de esta descripción técnica, insiste en el tema recurrente que lo lleva a preguntarse quiénes habrían sido los donantes alemanes de esos homoinjertos.

Quizá fueran de un ciudadano común [...] pero quizá también un guardia de un campo de concentración o el aduanero que asesinó a mi oso de felpa. Las elucubraciones sobre este punto eran infinitas y de ninguna manera recomendables para mi frágil salud mental (273).

### **2.3. Alemania unificada, 1995**

Un segundo viaje a su patria natal surgió a partir de la invitación del gobierno alemán para nativos de la ciudad de Berlín. “Los que se salvaron vivieron el resto de sus vidas con un sentimiento ambivalente, por una parte, el odio mortal contra los asesinos, por la otra, la nunca extinguida nostalgia hacia el lugar de su infancia y juventud” (34). Esta ambivalencia fue la compañera de viaje de Drexler en esa oportunidad, experiencia que narra entre un ir y venir de ese pasado hacia otro más remoto, el de su primera infancia. Muchos recuerdos, algo confusos, fueron respaldados por fotos e información que al regreso recibió de su madre.

Los paseos y visitas guiadas a lugares conmemorativos del Holocausto formaban parte de la invitación. Los museos y la gran cantidad de monumentos y placas que se observan en la ciudad es un esfuerzo estatal para mantener vivo el recuerdo. Actúan en relación con la memoria, pero también como un modo de homenaje a las víctimas y una forma de desvincularse en el presente de las atrocidades cometidas en el pasado. Un ejemplo que destaca Drexler es el caso de las Stolpersteiner, “piedras para tropezar”, adoquines que sobresalen del piso, cada uno cubierto de una placa de bronce, con el nombre, destino y muerte de una

---

<sup>24</sup> En la mañana del 1 de octubre de 1977 se produjo una gran explosión en la cantera de AFE de Suárez, Canelones. Fallecieron quince trabajadores y cuatro quedaron gravemente heridos. Fue considerado el más grande accidente laboral del país.

persona, colocados estratégicamente frente al que fuera el domicilio de cada víctima, distribuidos ya para entonces por ciudades de Alemania, Austria, Italia, Holanda y Hungría. “Las memorias colectivas son, en palabras del sociólogo de la Universidad de Virginia, Jeffrey Olick, ‘símbolos públicos mantenidos por la sociedad’” (Manes y Niro, 2021: 122). La noción de memoria colectiva surge del cuestionamiento a la idea de que la mente es algo puramente individual y la discusión al intentar determinar dónde termina la mente de un individuo y empieza el mundo. Lo cierto es que toda cognición y toda acción surge de la interacción entre el cerebro y el mundo.

Durante la visita al campo de concentración de Sachsenhausen, donde su abuelo Samuel y su tío Alfred estuvieron detenidos, experimentó una mezcla de emociones y temores, que se incrementaron al observar la sala de torturas. No pudo evitar recordar al “Infierno Chico”, la casa de Punta Gorda en Montevideo, donde la dictadura militar encerraba a los presos políticos. Eran exhibidos los mismos instrumentos de tortura: “argollas para encadenar a los detenidos, tanques con agua para sumergir a los presos. Látigos, picanas eléctricas, submarino. Un panorama siniestramente familiar” (47).

La guía que le fue asignada a su grupo, que como el resto de las guías mostraba poca sensibilidad y era renuente a mencionar la palabra Holocausto, insistía en la idea de que hubo oposición de los alemanes a Hitler, sustentándola en la imagen de Stauffenberg, el líder de la Operación Valquiria,<sup>25</sup> quizás el más importante intento de magnicidio contra el Führer. Él disiente por completo y considera que se trata de un cambio de postura debido a la ausencia de nazis vociferantes. Acusa a Stauffenberg de ferviente nazi que actuó de forma estratégica ante la evidente derrota de Alemania en la Segunda Guerra Mundial, como forma de recuperar los

---

<sup>25</sup> El 20 de julio de 1944, en la sala donde Hitler se encontraba reunido con su estado mayor, estalló una bomba colocada dentro de un maletín por el coronel Claus von Stauffenberg. Sin lograr herirlo siquiera, se frustró el primer objetivo de un plan que incluía un golpe de Estado y lograr una paz negociada con los Aliados.

privilegios perdidos por su familia luego de la Primera Guerra y posibilitar su llegada al poder.

En el Estadio Olímpico de Berlín, al que decidió asistir para ver un partido de fútbol y relajar un poco la mente, no hizo más que recordar que allí fue donde Hitler inauguró las olimpiadas de 1936, llevando su vista constantemente hacia el palco de honor que había ocupado el Führer. Enumera los clubes de fútbol que apoyaron al nazismo. Entre ellos se encontraba Schalke 04, que llegó a lucir el águila imperial sobre la esvástica en su camiseta y acababa de verlo ganar dos a uno. El cuadro perdedor, Borussia Dortmund, casualmente desde antes de la guerra contaba con jugadores y simpatizantes comunistas y socialistas. Destaca a dos deportistas judíos que marcaron historia en Uruguay. Uno de ellos fue director técnico de Peñarol en las décadas del cuarenta y cincuenta, Emérico Hirschl. En los sesenta, otro entrenador judío, Béla Guttmann, llegaría a Uruguay para relacionarse al mismo equipo, el de sus amores.

El grupo de viaje recibió la invitación a participar en una sesión de intercambio de ideas en el Senado de Berlín, con representantes de varios partidos políticos. Uno de los propósitos era dejar asentada, a base de repetición, la idea de que los alemanes lucharon contra el nazismo. Padedieron hambre, frío y otras privaciones, perdieron familiares vinculados al comunismo y en la guerra, sufrieron bombardeos de los aliados y en el caso de Dresde fueron asesinados ancianos, mujeres y niños. El propósito de fondo era un pedido de ayuda del senado alemán para que sus invitados sirvieran de intermediario ante las autoridades de sus respectivos países con el propósito de acelerar la transferencia de la capital de Bonn a Berlín.

Rememora algunos de los debates que se suscitaron en ese encuentro y su abrupta interrupción al presidente del senado para expresar, en lengua materna, el odio reprimido por tantos años: “¡Comparar el Holocausto con otros genocidios ocurridos a lo largo de la historia no solo es absurdo e incorrecto sino obsceno, y una reiterada maniobra del pueblo alemán para eludir su responsabilidad, su complicidad en la Shoá!” (57). Se nota el esfuerzo para lograr la concesión de una categoría única al Holocausto, especialmente por parte de las autoridades del país

ejecutor. Antes de continuar con la rememoración de aquel discurso, se cuela otra de las tantas digresiones a las que tiene acostumbrado al lector, con el fin de mencionar el documental *Shoah* y asignarle la categoría de mejor película sobre el Holocausto, de cuyo autor, Claude Lanzmann, tomó la calificación de *obsceno*. Al retomar la intervención frente al senado, su argumentación nada tuvo que ver con el número de fallecidos o con desconocer los otros casos de eliminación sistemática de un grupo humano por motivos raciales, que también los hubo por motivos religiosos y políticos, entre otros tantos pretextos inexplicables. Apuntó a algo que no es comparable. Se trata de la forma en que fue ejecutado:

Estamos hablando del método con que fue organizada y ejecutada la matanza por uno de los países más civilizados de la época, que supo aplicar toda su eficiente maquinaria, todos los adelantos científicos. Una maquinaria letal que utilizó las cabezas más brillantes de Alemania: empleó a sus médicos para la experimentación en seres humanos, a sus economistas para aprovechar el trabajo esclavo, a sus arquitectos para el diseño de los campos de concentración, a sus químicos, como los de la empresa Bayer que, además de producir la Aspirina, investigó hasta desarrollar el letal gas Zyklon B (57).

En su larga exposición responsabiliza también al pueblo alemán, afirmando que Hitler no hubiese podido lograr su propósito sin el apoyo masivo de los alemanes, que deberían avergonzarse de no pedir perdón por los crímenes.<sup>26</sup> Finaliza manifestando, en nombre del grupo, su rabia y rencor infinito. El encuentro terminó en tumulto, los senadores se retiraron y su grupo fue escoltado hasta el ómnibus donde los esperaba la guía, nerviosa y desconcertada. Su discurso fue apoyado por la mitad del grupo y condenado por la otra mitad. La sensación que le quedó fue la de una invitación a contemplar la belleza de la ciudad, pero sin la propuesta de ofrecerles el retorno.

---

<sup>26</sup> En el análisis que hace Hannah Arendt sobre el juicio a Eichmann, refiere al concepto de *culpabilidad colectiva* del pueblo alemán acusado de haber colaborado con el nazismo, por acción, omisión o silencio. Arendt lo cuestiona y plantea una observación interesante a partir del juicio, en 1962 en Alemania, de Martin Fellenz, un ex miembro de las SS y antiguo jefe de policía, por haber participado en el asesinato de cuarenta mil judíos en Polonia. “La actitud del pueblo alemán hacia su pasado [...] difícilmente pudo quedar más claramente de manifiesto: el pueblo alemán se mostró indiferente, sin que, al parecer, le importara que el país estuviera infestado de asesinos de masas” (2003: 15).

Sobre el final del viaje, fueron invitados por la guía, fuera de programa, a visitar el único cementerio judío que seguía en pie, el cementerio de Weissensee. Encontró la tumba de su abuela Regina fallecida en 1925. Ese reencuentro significó para él el mejor recuerdo del viaje a Berlín.

## VIII – Sexta vuelta de la espiral: dictadura uruguaya

“La memoria, es la capacidad para adquirir, almacenar y evocar información” (Manes y Niro, 2021: 103)

La información se guarda de forma codificada en nuestro cerebro para ser recuperada en el momento de la acción. La historia de cada persona puede ser leída en clave del conocimiento que adquirió para poder adaptarse a situaciones nuevas, gracias al hecho de haber conocido y procesado situaciones viejas.

En 1972, cuando Brasil se encontraba en plena dictadura, Kroch viajó con su esposa e hija mayor a São Paulo, a visitar a un amigo de la juventud. Un leve accidente entre el autobús y un taxi desencadenó medidas extremas por parte de la policía militar. Se llevaron presos a los dos choferes y los pasajeros del bus fueron trasladados, junto a los dos vehículos, a un cementerio de coches. Allí quedaron encerrados todo el día a pleno sol, sin comida ni bebida, sin explicaciones y sorprendidos de que ninguno de los otros pasajeros, brasileros, protestara. “Para Coca y Elly, no tanto para mí, era un anticipo del punto a que puede llegar una dictadura en su arbitrariedad de atemorizar a un pueblo y hacerle perder su dignidad” (148).

### 1. Día del golpe de Estado

Cuando se dio el golpe de Estado Kroch se encontraba en Montevideo. Como en su juventud en Alemania, se repitió ante él la imagen de personas alrededor de una radio escuchando la tan temible y trágica noticia.

El 27 de junio de 1973, a las siete de la mañana, cuando llegué al taller encontré a los obreros reunidos atrás, cerca de la fragua. En la radio habían transmitido que unidades del ejército habían ocupado el Palacio Legislativo a las cinco de la mañana, disolviendo ambas cámaras (149).

La lámpara no se había apagado aquella tarde en Alemania, ante los ojos expectantes de su padre. Pero en esta ocasión, la esperanza puesta en la respuesta

del pueblo tendría su contrapartida. Las medidas de rechazo estaban planificadas desde mucho tiempo antes a nivel sindical. La Convención Nacional de Trabajadores (CNT) había resuelto, años atrás, declarar la huelga general y ocupar las fábricas si se llegaba a concretar un golpe de Estado. En el caso de que apareciera el ejército o la policía no debían oponer resistencia, pero ante la primera oportunidad se exhortaba a reanudar la ocupación de los talleres. Recuerda cómo una importante fábrica textil fue desocupada tres veces por el ejército y tres veces vuelta a ocupar.

La huelga general se cumplió en su totalidad. Podíamos verlo desde el taller: a partir de las diez ya no andaba ningún ómnibus por la calle. Los comercios y los bancos estaban cerrados. El país quedó parado por el lapso de quince días (149).

Desde el primer momento su jefe ocupó junto al personal su propia fábrica, mientras en muchas otras se despidieron trabajadores, sin pago de las indemnizaciones correspondientes por ley, apoyándose en un decreto del nuevo gobierno militar. El ingeniero Barreto marcó la diferencia, ayudándolos con adelantos de sueldo, donaciones para la olla común y el pago de los jornales perdidos a modo de préstamos a descontar, en pequeños montos, de los pagos futuros.

Los funcionarios de UTE se negaron a continuar con sus tareas una vez las usinas quedaron en poder de los militares. Se sucedieron apagones e interrupciones. La chimenea de ANCAP se mantuvo apagada durante la huelga general. El 9 de julio tuvo lugar la última manifestación masiva por la avenida 18 de Julio, que había quedado vacía y con los comercios cerrados desde el llamado a huelga:

Súbitamente, a las cinco en punto de la tarde, aparecieron por las calles aledañas, como provenientes de cien arroyos, inmensas masas humanas que llenaron en pocos minutos la calle principal y dejaron oír sus gritos: “¡Abajo la dictadura!”, “¡Viva la democracia!” Enseguida aparecieron los tanques de guerra. Las granadas de gas lacrimógeno explotaban [...] Los gritos de libertad espiraban bajo el ruido de los tiros. En pocos minutos lograron vaciar la avenida. Comenzó una persecución que se extendía hasta las casas, cafés, restaurantes y cines de las inmediaciones [...] El resultado de los primeros días de la dictadura fueron dos estudiantes muertos (150).

El 12 de julio tuvieron noticia de que la CNT había resuelto levantar la huelga y continuar la lucha con otros medios. Se sintieron frustrados. En la descripción que realiza de esas primeras semanas que siguieron a la instauración de la dictadura militar, no deja de mencionar la posición y accionar de los distintos partidos y sectores políticos.

En los primeros dos años los militares intervinieron la enseñanza, vedaron las actividades políticas de todos los partidos y encarcelaron a los dirigentes y activistas de los partidos de izquierda y de los sindicatos. Muchos fueron liberados debido a la falta de respaldo legal, pero debieron soportar maltratos durante la detención, otros murieron bajo tortura.

Desde Austria Drexler recibía la información sobre el golpe de Estado. Le llegaban noticias aterradoras de un país convulsionado: compañeros de Facultad presos, torturados o asesinados, huelgas y manifestaciones suprimidas por el ejército. Recuerda el miedo que experimentaba los meses previos, a pesar de que su militancia política había sido moderada:

Quando caía el sol, bastaba la frenada de un auto frente a mi casa para desvelarme. Muchos de los compañeros y amigos apresados habían convivido con nosotros hasta el día anterior de ser detenidos. ¿No figuraría nuestro nombre en alguna de sus agendas? El miedo era real, era algo físico, fuera o no exagerado (133).

La forma en que su esposa intentaba apaciguarlo, argumentando que por alguna razón tal o cual persona había sido detenida, que por algo a ellos no los tocaban, le provocaba reminiscencias de la Alemania nazi: “En situaciones similares, los sujetos reaccionan en forma parecida: buscando aventar sus temores, tratan de diferenciarse, de separarse preventivamente de los perseguidos” (134). El miedo se volvió irresistible al enterarse de que su amigo y compañero de clase, Carlos Alvariza, había sido asesinado y arrojado al vacío desde un alto muro, se encontraba esposado y encapuchado.

La comunicación telefónica de larga distancia con Uruguay resultaba muy difícil en aquella época. En una conversación que logró mantener con su padre pudo

confirmar lo mal que estaba la situación en el país, con persecución, encierro, tortura y asesinato de personas de izquierda. Su progenitor intentó tranquilizarlo diciéndole que en esa ocasión los judíos no eran el objetivo principal, aunque enseguida agregó: “Pero ¡ajo!, esta charla me hace recordar a las familiares antes de la emigración. Clamábamos: ¡a nosotros no nos van a tocar!” (135). Prosigue contando lo sucedido a un amigo que, sometido a interrogatorio, pudo observar en el escritorio del militar un retrato de Hitler y, además de golpes e insultos, recibió la amenaza de que iban a terminar la obra que el Führer había dejado incompleta.

## **2. Periodismo y resistencia**

En su texto Kroch realiza una descripción de la situación del país en dictadura, donde reinaba el miedo a ser apresado o secuestrado, torturado y asesinado. “El miedo cubría el país como un cielo plomizo cargado de nubes. El que más el que menos estaba enterado de lo que sucedía en los cuarteles y en el ‘Departamento 5’ de la calle Maldonado” (165). Mientras unos temían ser despedidos del trabajo estaban los oportunistas, a la espera de que quedara vacante un lugar para intentar ocuparlo, valiéndose a veces de delaciones para facilitar la suerte.

Volvió a dedicarse a la prensa clandestina como forma de lucha en la resistencia. Se conformó un pequeño grupo de trabajo, que por seguridad decidieron no imprimir grandes tiradas, solo distribuir pequeños boletines mimeografiados por los distintos barrios y en las fábricas. Evitaron usar el mimeógrafo rotativo Gestetner, porque era demasiado grande para poder esconderlo. Se dedicó a confeccionar uno artesanal y fácilmente desmontable. Lo logró en un segundo intento:

En aquellos tiempos monté en una carpintería de unos compañeros, marcos de madera del tamaño DIN A 3, cubiertos por una tela de algodón firmemente sujeta. La matriz de cera era colocada debajo y el texto escrito a máquina era proyectado sobre el papel que estaba abajo por medio de un rodillo que distribuía la tinta sobre la tela. Este marco tampoco era fácil de mantener oculto. Y quedaba evidente: “Aquí se imprime clandestinamente”. Inventé un marco que podía armarse fácilmente juntando los cuatro componentes laterales y tensándole una tela. Podía ser rápidamente desmontado, y sus componentes (que armé con chapa de hierro en nuestra fábrica) colocados en diversos lugares

de forma que no llamaran la atención (166).

Hubo tres intentos fallidos por parte del gobierno militar para crear sindicatos amarillos.<sup>27</sup> El primero fue poco después del golpe, a través del decreto 622/973, dando a elegir a los trabajadores por la central disuelta de la CNT o la central amarilla CGTU (Confederación General del Trabajo del Uruguay), apoyada por la norteamericana AFL/CIO (Federación Estadounidense del Trabajo y Congreso de Organizaciones Industriales), a la que pertenecían solo los trabajadores de las fábricas de ladrillos y una minoría de los trabajadores municipales. Desde la clandestinidad, la directiva de la censurada CNT aconsejó la solicitud de ingreso, por parte de los trabajadores, a los antiguos sindicatos, obteniendo un gran éxito. “En nuestra empresa pocos habían sido miembros del sindicato metalúrgico, el UNTMRA. Ahora firmaron todos sin excepción. Luego de semejante derrota, el Gral. Bolentini archivó todo el proyecto, como había hecho el Dr. Ley<sup>28</sup> en la Alemania del 1934” (167). Es clara la asociación que realiza el autor entre la central de trabajadores propuesta por el gobierno militar y la organización sindical nacionalsocialista creada por el gobierno nazi, que en los hechos funcionó como una organización de propaganda para sus intereses. Los otros dos intentos del gobierno golpista, en 1977 y 1979, tampoco tuvieron éxito. Se organizaron sindicatos de forma clandestina que ayudaban económicamente a las familias de los sindicalistas presos, y surgieron asociaciones laborales que, si bien eran legales, se hallaban por medio de una red clandestina bajo una dirigencia única y tuvieron un papel decisivo en la caída de la dictadura. Cuenta sobre las mejoras laborales obtenidas en la empresa y en qué consistían sus tareas para el sindicato metalúrgico, que incluía conseguir apoyo de los sindicatos extranjeros. Por entonces fue denunciado ante el Comando General por su actividad sindical. Sus sospechas recaen sobre un novato en la empresa, hijo de un militar, como el posible delator.

---

<sup>27</sup> El término *sindicato amarillo* refiere a aquellos que son creados y controlados por los empleadores o por el Gobierno. Responden a sus intereses y no al de los trabajadores.

<sup>28</sup> Se refiere a Robert Ley, doctor en filosofía y piloto alemán que cuando en 1933 los nazis crearon el nuevo sindicato vertical, denominado Frente Alemán del Trabajo, fue nombrado su máximo dirigente.

La crisis económica sobrevino como consecuencia de la liberación del comercio y la economía, impulsada por el gobierno militar. “Miles de familias vivían de los desperdicios de la ciudad [...] Muchas industrias habían cerrado sus puertas, cuando la crisis llegó también a nuestra fábrica. En un primer momento no se despidió a nadie, pero las horas extras fueron suprimidas” (175). Cuando le tocó el turno a la industria automotriz, hubo empresarios metalúrgicos que cambiaron del rubro fabricación al de importación. Entre los pocos que quedaron en pie no lograron la fuerza suficiente para ejercer presión al gobierno. La lucha la llevaron adelante los trabajadores:

El sindicato ilegal de los trabajadores metalúrgicos logró reunir miles de firmas contra el decreto, entregándoselas al ministro de Trabajo. Cuando, finalmente, el decreto fue suspendido el mercado estaba tan saturado de automóviles importados y la crisis era tan profunda, que el efecto casi ni se sentía (176).

### **3. Regreso a otro Uruguay**

A su regreso de Viena, Drexler se encontró con una ciudad en estado de sitio. Aunque los ecos del golpe de Estado habían llegado a Austria, jamás pensó encontrarse con un país tan diferente. En el Hospital de Clínicas se había instalado el temor y la desconfianza entre los compañeros porque a diario las noticias publicaban arrestos, atentados, fugas y muertes. Sabían que algunos de sus amigos estaban involucrados en la lucha contra los militares y solían pedirles ayuda para algún compañero herido. “Acceder era comprometerse definitivamente. Colegas míos se vincularon a los tupamaros o al Partido Comunista, por pura generosidad. Cuando caían, de poco servía explicar que lo habían hecho simplemente por no faltar al juramento hipocrático” (256).

El jefe de servicio del hospital universitario era también jefe de otorrinolaringología del Hospital Militar, e invitaba a los estudiantes para que pudieran utilizar el microscopio de ese nosocomio. Sentía que, en el contexto trágico del país, el Hospital Central de las Fuerzas Armadas era un remanso, le infundía tranquilidad. “Pero hubiera bastado que me asomara a las salas donde estaban los presos políticos para que esta sensación se diluyera. Todos sabíamos de

las torturas, pero teníamos miedo” (256). En el epicentro de la represión se sentía extrañamente protegido. Pensaba que alguno de los uniformados que se cruzaba en los corredores del hospital podría ser de utilidad llegado el caso. Se hizo amigos entre el personal y le sugirieron que oficializara su presencia en el Hospital.

Para nosotros, los emigrantes, era obvio, era natural, casi genético, que un certificado, un documento, un simple papel impreso, con cuanto más sellos y firmas mejor, podía marcar la diferencia entre ser aceptado o no para ingresar a un país, o más aún la diferencia entre la cárcel y la libertad, la vida y la muerte [...] y ahora yo tendría un permiso, un refugio en el propio Hospital Central de las Fuerzas Armadas (257).

Presentó la solicitud de ingreso y dos semanas después le informaron que tenía que reunirse con el director. Habló con su padre sobre la preocupación ante la inminente entrevista y se mostró arrepentido de haber realizado la gestión para ocupar un cargo. Él le recordó que en los momentos de peligro los judíos habían buscado arrimarse a la autoridad, como forma de generar contactos útiles en el caso de llegar a necesitarlos a futuro. Fue así como sus tíos lograron salir del Campo de Concentración, mediante contactos y coimas, y su abuelo Samuel al ser reconocido por un sargento nazi, del que había sido vecino, e inmediatamente inició una serie de gestiones que culminaron con su liberación. El día de la entrevista con el director entró en contacto por primera vez con sus “antecedentes” que lo perseguirían a lo largo de la dictadura.

Antes de contar lo ocurrido en la entrevista, hace un alto en la narración para realizar una aclaración: “El lector reconocerá en los siguientes párrafos ciertos pasajes del capítulo ‘La Carta’. Ya señalé que gran parte de esa pesadilla fue realidad. Perdonen entonces la reiteración” (258). Se refiere al capítulo que incorpora a mitad del libro con la especificación de que fue escrito a instancia de su terapeuta, como parte del tratamiento para poder liberarse de sus temores obsesivos. El psicoanalista o psiquiatra (aparece mencionado de diversas maneras) es presentado por el autor como el responsable de que decidiera escribir su autobiografía y va ganando cada vez más presencia y poder en el relato.

son las once de la mañana y tengo que interrumpir estas anotaciones que, como

parte de mi tratamiento, fueron ordenadas por el psicoanalista. Cierro la libreta y miro por la ventana: una “chanchita” pasa a gran velocidad haciendo sonar la sirena. Como si despertara de un ensueño, es una vuelta brusca a la realidad. Los fantasmas que evoqué en Europa, acá en Uruguay se han materializado (255).

Enseguida hace explícita la asociación entre las emociones experimentadas en la entrevista con la autoridad militar, y el pasado en Alemania ante el temor de estar repitiendo el mismo error de sus mayores, las dudas y vacilaciones de sus padres que tanto había criticado en su juventud.

Lo que sucedió a continuación fue terrible y humillante, y me hizo cuestionar la posibilidad de que un judío pudiera seguir viviendo en un país que insinuaba un futuro tan siniestro. No podía ser tan ingenuo como para no reconocer las ominosas señales, ni dejar de evocar situaciones similares vividas por mi familia en el pasado (258).

Su legajo contaba con varias páginas y estaba en manos del coronel que lo recibió sin levantar la vista y comenzó a leer en voz alta: “Günther Drexler, médico otorrinolaringólogo, militante sionista, simpatizante comunista, ha firmado las siguientes declaraciones contra el gobierno y las fuerzas armadas” (259). Enumeró una gran cantidad de manifiestos que había firmado por propia voluntad. Finalmente, fue increpado e insultado: “¡Usted, judío sionista y comunista (vaya contradicción), es además un tremendo atrevido y sinvergüenza por haberse animado a pisar este Hospital! ¡Judío alemán de mierda que así paga la hospitalidad que el Uruguay le dio!” (259). Antes de retirarse recibió la amenaza de que sería encarcelado si volvía a pisar el nosocomio. Las piernas le temblaron durante la entrevista y al salir se alejó de prisa del lugar. Era la primera vez que se enfrentaba con el rostro de los golpistas y lo hizo reflexionar sobre el futuro de su familia y sus hijos.

Se vio forzado a renunciar a la carrera docente, por miedo a que, al postularse para aplicar a un cargo, surgieran sus antecedentes y pusieran en peligro todos sus puestos de trabajo. Su padre le repetía que se trataba de un proceso parecido al de Alemania.

Poco a poco van restringiendo tus derechos hasta convertirte en un paria. En los

penales son sometidos a tratamiento de despersonalización y humillaciones continuas. Meten a los presos en pozos y los tienen ahí durante meses. Es una forma de deshumanizarlos (261).

Pero al igual que Kroch, marca la diferencia respecto a la postura del pueblo: “El mismo proceso que en Alemania —repitió—, aunque por suerte en este país no tendrán el apoyo popular del que gozaron los nazis [...] Aunque hay algunos fascistas con gran entusiasmo, este pueblo —anótalo— no es el pueblo alemán” (261).

Insiste en preguntarse el porqué de su situación ante las autoridades, siendo que no era un militante político. Su padre le advierte que estaba repitiendo las quejas de la familia antes de la emigración y parecía que no hubiesen aprendido que los regímenes totalitarios comienzan seleccionando a sus víctimas, pero finalmente van por todos. “¡Pero por qué a mí, justo a mí —repetí— que me he cuidado tanto! Me vio tan afligido que trató de racionalizar su explicación: —Porque acá, en el Uruguay, llamarse Günther Drexler llama mucho más la atención que Juan Pérez” (261).

#### **4. Allanamiento, torturas, interrogatorio y prisión**

En el año 1976 la casa de Drexler sufrió un allanamiento, en presencia de sus hijos que estaban al cuidado de una empleada. Los militares tenían información de que allí se escondían las armas del Tiro Suizo, pero no encontraron nada, tampoco el arma que tenía escondida. La había comprado en el Chuy, en la época de las bandas nacionalistas y los atentados contra personas de izquierda. Recuerda el caso de Soledad Barret, que fue secuestrada, golpeada y ante su rechazo a gritar ¡viva Hitler! le tatuaron esvásticas en los muslos con una hoja de afeitar. A partir de este episodio, las agrupaciones juveniles judías resolvieron entrenarse en defensa personal y armarse: “Montábamos guardia alrededor de nuestras instituciones, sinagogas, escuelas, clubes deportivos, con nuestros revólveres en la cintura. Jóvenes vengadores solitarios, abrumados por el síndrome del Holocausto” (138). Esa arma, ilegal, siguió siendo una preocupación mientras duró la dictadura.

Un par de años antes, en la mañana del 6 de enero de 1974, Kroch había sido detenido junto a su hija luego de un allanamiento a su vivienda realizado por policías de civil. Permaneció tres días en la central de la policía secreta de la calle Maldonado. Pudo deducir el motivo por la combinación de personas detenidas el mismo día, vinculadas al Instituto Cultural Uruguay-RDA, al que su hija también estaba relacionada trabajando como profesora de alemán. La mayor parte del tiempo en el que permaneció detenido lo obligaron a estar parado con la cara hacia la pared. Sin embargo, considera que no fue tan atroz como lo había sido en Alemania. El guardia de la tarde les permitía moverse y caminar un poco en el lugar, con la condición de que en el momento que se oyeran pasos en el corredor y él abriera desde adentro, debían volver a la posición de “firmes” de inmediato.

Los guardias de la mañana y de la noche eran, sin embargo, unos hijos de puta. Especialmente el de la mañana, elegía un preso, lo hacía permanecer de pie con las piernas abiertas y le pegaba con sus botas en la corva. En la noche se nos permitía acostarnos por turnos en el suelo de cemento y dormir unas cuatro horas. ¡Qué sueño intranquilo! Justo de noche era cuando algunos eran llevados a interrogar y se oía[n] los gritos retumbar en el edificio. De día hacía un calor infernal, pero de noche pasábamos frío. Recién a la tarde del tercer día nos permitieron recibir comida (153).

El temor a que hubiesen encontrado el periódico ilegal que guardaba en el ropero, se convirtió en su mayor preocupación durante el encierro. Esta experiencia lo trasladó al tiempo en que fue interrogado y torturado por la Gestapo en Alemania, cuando apenas tenía 17 años, a causa de su actividad política dentro del partido comunista. Compara la terrible experiencia que sufrió en aquel entonces, con la que le tocaba vivir, décadas después, en Uruguay:

Mi situación no era ni comparable con la que había superado hacía cuarenta años en Alemania. Allí me había sentido sin perspectivas ni esperanzas, totalmente abandonado. Aquí no pensé nunca que me encontraba solo: gran parte del pueblo, trabajadores y estudiantes, habían ofrecido resistencia desde el mismo comienzo de la dictadura [...] A pesar de la colaboración de un pequeño sector de grandes empresarios, estancieros y políticos reaccionarios, la dictadura militar no logró [...] crear un partido fascista, ni un nuevo sindicato amarillo bajo su control (153).

Al tercer día recuperó su libertad, luego de un interrogatorio protocolar. Su hija había sido liberada antes. El 9 de noviembre de 1975 —casualmente la misma fecha en que él, 41 años antes, había sido arrestado en Alemania— su hijo y su nuera fueron detenidos. También ellos serían torturados con el fin de sacarles información. Recuerda que ese día se presentó en su casa un comisario de policía con su nieto de tres meses. Les informó que Peter y Nelly estaban presos, habían sido trasladados al “Departamento 5” en la calle Maldonado, y que si no aceptaban cuidar del pequeño sería entregado al Consejo del Niño.

Sabíamos demasiado bien lo que les esperaba a Peter y a Nelly y temíamos por sus vidas. ¿Cuántos habían muerto en el “submarino”, con la cabeza en el agua fétida, o en el “seco”, ahogados bajo la capucha de nylon atada al cuello? El médico militar que controlaba el pulso podía equivocarse al diagnosticar cuánto aguantarían corazón, pulmones o riñones (155).

Era consciente de que la tortura formaba parte del sistema y había tomado formas sádicas, como respuesta del régimen a la resistencia popular que había vuelto a aflorar. Consignas por la libertad de los presos políticos y contra la dictadura militar llenaban los muros de la ciudad y la entrega de diez mil firmas al Ministerio de Trabajo por parte de delegaciones de trabajadores demostraba la fortaleza de los sindicatos de la CNT.

Su hijo y nuera estuvieron incomunicados por dos semanas, luego ella fue liberada gracias a la influencia de un conocido de su madre y una semana después Peter pudo recibir visitas. “Por Nelly sabíamos que había logrado pasar por lo peor sin mayores daños. Ella lo había visto cuando fueron torturados uno delante del otro, para hacerlos confesar” (155-156). Enseguida de ser liberada tomó un avión a Venezuela donde vivían sus hermanas. Tres meses después el Juzgado de Menores otorgó el permiso para que el niño pudiera salir del país y, en brazos de un tío político, viajó a Caracas a reunirse con su madre. Peter fue acusado de “Atentado a la Constitución”:

Era ridículo. Los que atentaron contra la Constitución fueron los militares, no Peter. Ellos eran los que habían disuelto el Parlamento y suspendido los derechos garantidos por la Constitución. Peter había sido acusado de pertenecer a la “Unión Juvenil Comunista”, que estaba dentro de la legalidad, mientras

regía la Constitución (156).

Hace un recorrido por las distintas instancias del proceso de su hijo, la declaración ante el juez que le fue arrancada bajo tortura, el regreso al “Departamento 5”, la breve estadía en la cárcel de la policía y su traslado definitivo desde el Cilindro Municipal al Penal de Libertad con una condena de siete años. Para acceder a las visitas debía acatar el duro orden de la prisión, que aplicaba castigos en caso de incurrir en alguna falta:

una vez le acaricié la cabeza con la mano en la despedida, cuando la mampara de vidrio era levantada y se permitía dar un beso, se me sancionó a mí, el visitante, prohibiéndome la visita por dos meses. Al preso le tocaba la “isla”: el temido arresto a oscuras, que llevó a más de uno al suicidio (157).

Una madrugada entraron en su casa varios soldados con metralletas. Revisaron todos los rincones y al encontrar una foto de su nieto los interrogaron sobre él y su madre. Al recibir la información de que vivían en Venezuela se fueron sin dar explicaciones, pero tanto él como su esposa dedujeron que habían ido por Nelly. En las visitas al penal ellos le entregaban a su hijo las cartas escritas por su mujer, que recibían en la casa, pero antes le cambiaban el sobre y anotaban su dirección como remitente.

La salud mental y física de su esposa se fue deteriorando al no haber podido canalizar el enojo y dolor de ver a su hijo preso. Durante el proceso de su enfermedad pudo constatar el daño que sufrió el sistema de salud durante la dictadura. Conseguir fecha para un especialista era muy complicado, porque quedaban pocos y todos estaban saturados. “Muchos, entre ellos los mejores especialistas, habían emigrado, tanto por razones económicas como porque no aguantaban el aire sofocante de los hospitales públicos controlados por los militares, o porque temían ser perseguidos” (162). El cáncer de huesos acabó con la vida de Coca en ocho meses, mientras su hijo permanecía en prisión sin haber sido informado sobre la gravedad de la salud de su madre, a pedido de ella. Para darle la dolorosa noticia, presentó el certificado de defunción en la administración del penal, solicitando una visita extraordinaria, sin vidrio ni teléfono que los

separara, pero le fue negada. Tuvo que informárselo, junto a su hija, durante la visita bisemanal y en la forma permitida por el reglamento.

Al encontrarme frente a Peter, separado por el vidrio, no pude articular ni una palabra. Tenía como un nudo en la garganta. Aspiré fuerte. Parecía como que la sangre se hubiese retirado de mis sienes... Estaba todavía bajo la impresión de la súbita muerte tras la penosa y larga agonía y no sabía cómo habría de comunicarle a Peter, así no más, sin preparación previa, la terrible realidad. — Te hemos mentido —pude pronunciar finalmente, con la voz de un extraño. Y Peter solo inclinó la cabeza en señal de asentimiento. Entendió, lo presentía hacía tiempo, no nos había querido forzar a contárselo. Ahora lo sabía: —Murió mamá. Me hubiera gustado acariciar su cabeza pelada, tomarlo en brazos. Yo, él, nosotros necesitábamos el contacto físico. Pero nos separaba la mampara de vidrio (163-164).

Se volvió a cruzar con Feva, la mujer que había conocido décadas atrás, en el Comité Alemán Antifascista y que terminaría convirtiéndose en su compañera de vida. Luego de describir su aspecto físico y tipo de vestimenta que la caracterizaba, cuenta que trabajaba para Amnesty Internacional haciéndole llegar ayuda económica a familiares de presos políticos uruguayos. En una de las listas apareció el nombre de su hijo y decidió contactarlo y organizar un encuentro para tratar su caso. Un grupo de Amnistía Internacional de Graz se encargó del caso de Peter, presionaba al gobierno uruguayo por medio de cartas, solicitando su libertad, a la vez que brindaban apoyo a su nuera y nieto en el exilio venezolano. Feva lo convenció de recurrir a la embajada alemana para tramitar la ciudadanía para su hijo y poder pedir luego su intervención. “Yo, su padre, era alemán, pese a que Hitler me había quitado la ciudadanía” (171). Fueron recibidos por el embajador Johannes Marée que se hizo cargo del caso y puso en juego todo el peso que tenía la República Federal Alemana en Uruguay. No intercedió solo a favor de su hijo, o de los presos políticos de ascendencia alemana, sino que también lo hizo por otros presos políticos uruguayos. Obtuvo la ciudadanía y el Tribunal Supremo Militar disminuyó un año la pena sentenciada por los jueces.

## **5. Libertad condicionada**

El 31 de diciembre de 1981 su hijo fue puesto en libertad, cuando hacía dos meses que se habían cumplido los seis años de prisión a los que había sido

condenado. Eran las arbitrariedades del régimen. Se lamentó de que su fallecida esposa no pudiese estar presente en ese momento tan esperado por ella. El oficial a cargo de su liberación y la de otros seis presos políticos, pronunció un discurso patriótico de despedida: “El comunismo [...] no tiene perspectiva. El ejército nunca permitirá que se arraigue en el Uruguay. ¡No se involucren más con él! La segunda vez no van a tener tanta suerte” (177). Y luego, dirigiéndose a los padres, agregó: “Ustedes son responsables por sus hijos. Depende de su educación el que sean buenos ciudadanos o revolucionarios. La próxima vez los haremos responsables también a ustedes” (177).

A pesar de haber salido de la cárcel su hijo no era libre. La policía lo paraba en la calle a pedirle los documentos debido a que su cabeza rapada era la marca de prisionero político. Debía presentarse cada dos semanas en la seccional como medida de control, con el miedo de que pudieran dejarlo adentro como había sucedido en otros casos, y entre la lista de prohibiciones que debían atender los expresos políticos estaba no poder reunirse con otros expresos políticos, aunque fuesen de la familia más cercana. Hicieron la solicitud de emigración ante las oficinas militares para que pudiera reunirse con su esposa e hijo en Venezuela, pero surgió un inconveniente, las autoridades uruguayas le exigieron a Peter el pago de unos miles de dólares americanos para financiar su estadía en el Penal de Libertad, como requisito indispensable para poder abandonar el país. “Era para reírse... El expreso debía pagar las cuentas de habitación y comida, así como la guardia ‘para su propia seguridad’, de una estadía en prisión a la cual ningún juez ordinario hubiese podido encontrar el párrafo legal para condenarlo” (178). Reunieron todo lo que tenían para poder pagar el rescate y finalmente, luego de varios meses, pudo viajar.

La libertad no solo estaba condicionada para los expresos políticos, también lo estaba para quienes no simpatizaban con la autoridad. Recuerda Drexler que cuando le fue concedida la ciudadanía uruguaya se sintió seguro. Después de tantos años, dejaba de ser un apátrida. Pero esta sensación de seguridad tambaleó cuando en el año 1975, después de haber tomado contacto con sus “antecedentes”, inició el

trámite para la renovación de su pasaporte y una demora mayor a la habitual lo puso en alerta. Por intermedio de contactos logró una entrevista con un funcionario de la Jefatura de Policía, que lo recibió en el hall de la Jefatura y sin mediar palabra le entregó el pasaporte. “Por el momento era libre de viajar otra vez y cuando, en el Hospital de Clínicas, el Profesor Castillo me habló de una posible beca en Alemania, no dudé en aceptarla” (263).

También Kroch experimentó la incertidumbre y largas esperas cada vez que necesitaba renovar la cédula de identidad o el pasaporte, porque saltaba la existencia del expediente policial secreto sobre su persona.

En esas ocasiones me mandaban a jefatura, me preguntaban cosas que ya sabían, me hacían esperar un par de horas hasta que finalmente me entregaban el documento solicitado. La cédula de identidad tenía seguramente una “C”, no visible a simple vista (154).

## **IX – Séptima vuelta de la espiral: nuevo exilio**

“La ansiedad [...] un estado emocional negativo en el que la amenaza no está presente, pero es anticipada” (Manes y Niro, 2021: 27).

Un sistema de protección más elaborado aún que el miedo es la ansiedad. Depende de habilidades cognitivas que han sido desarrolladas mayormente en los humanos. Esta característica responde a la cualidad única que tenemos los humanos de poder revisar el pasado y proyectar el futuro, que nos ha otorgado un instrumento crucial para la supervivencia, como poder resolver un asunto antes de que sea tarde o prepararnos antes de que el peligro se presente. Es el estado emocional que experimentaron ambos protagonistas ante la dictadura. El trauma que les generó el nazismo empezó a aflorar al observar las similitudes entre ambos procesos y fue determinante al momento de descartar uno de los destinos posibles frente al exilio.

### **1. Alemania, un refugio posible**

Dos semanas y media después de que su hijo fuese liberado, Kroch tuvo que abandonar el país. En Sao Paulo, a salvo y con tranquilidad, analizó junto a Feva su situación y, luego de darle muchas vueltas, prefirieron no arriesgarse retornando a Montevideo. Decidieron ir a Alemania, a la República Federal. “¡Volvería como ‘exiliado’ a mi primera patria!” (179).

No le resultó fácil la búsqueda de empleo en su país de origen, donde los conocimientos y experiencia en la fábrica carecían de valor. Se le ocurrió trabajar como traductor, debido a sus amplios conocimientos de alemán y español. Luego de un fallido intento en el Centro de Ferias, probó suerte con las editoriales, pero como todas contaban ya con traductores permanentes, se le ocurrió ofrecerles traducciones de novelas de autores uruguayos desconocidos en la Alemania Federal. Escribió un resumen del contenido, agregó una corta reseña y lo envió a varias editoriales. Mostraron interés por la novela de Enrique Estrázulas, *Pepe Corvina*, que trata de cuatro uruguayos locos típicos en busca de una utopía, pero

finalmente no se editó. Este primer trabajo narrativo del novelista, poeta y dramaturgo uruguayo se convirtió en su obra más destacada y difundida. Con el tiempo finalmente se tradujo al alemán, también al inglés, portugués y francés, incluso al griego. La escritura de quien fue además periodista y diplomático tuvo la influencia de reconocidos escritores como Onetti, Cortázar y Rulfo con los que mantuvo amistad. Algunos de sus poemas fueron musicalizados por Alfredo Zitarrosa.

Las dificultades a las que se enfrentó a la hora de buscar empleo en Alemania lo llevaron a la reflexión de que, a pesar de tratarse de su país de origen, se encontraba fuera de lugar, sin poder vislumbrar ninguna perspectiva y no se sentía feliz. Compara su particular situación en el país germano, de ciudadano y refugiado, con la de los otros refugiados no ciudadanos, que él denomina *asilados*. La situación para los asilados políticos era muy difícil: sin dominio del idioma, inmersos en un ambiente desconocido con costumbres muy diferentes y con un desempleo de más de dos millones de personas, soportando la xenofobia y hostilidad de muchos alemanes. “La vida de los refugiados se transformaba en un martirio. Y eso que habiéndose escapado recién de una dictadura, ya venían marcados por un trauma” (181).

Con el tiempo logró estabilizarse económicamente, comenzó a escribir recensiones de libros de autores latinoamericanos para la radio oficial del Estado de Hesse, hizo algunas traducciones e impartió clases de español y de alemán para extranjeros. Feva se unió a él en Alemania durante su exilio. Al haber vivido y trabajado muchos años en el país, contaba con amigos y contactos. Consiguió trabajo como secretaria del Centro Psicosocial para Refugiados Extranjeros y desde ese puesto pudo iniciar acciones de solidaridad hacia los presos políticos en Uruguay y encaminar proyectos para los ya liberados. Además, junto a otros uruguayos que vivían en Marburg y en Frankfurt formaron el Círculo de Trabajo: Uruguay, con el propósito de reunir dinero y ropa usada que enviaban a las familias de los presos políticos e informar sobre la realidad uruguaya a quienes estuviesen interesados en el destino de los países del Tercer Mundo. Kroch comenzó a escribir

para varios periódicos de izquierda de diversa orientación política, dio conferencias en diferentes ciudades a estudiantes universitarios y ante grupos de Amnistía Internacional que asistían a los presos políticos uruguayos. Solicitó la intervención del sindicato metalúrgico alemán para la liberación del secretario general del sindicato metalúrgico uruguayo, Rosario Pietraroia. Procuraban con información generar el ambiente necesario para el trabajo solidario e inspirar a la izquierda alemana: “creíamos que la lucha de los uruguayos contra la dictadura militar, especialmente la unidad de la izquierda uruguaya, podría ser un ejemplo para la izquierda alemana dispersa” (182).

Se fue adaptando a la República Federal de Alemania, aunque sus pensamientos estuvieron centrados en Uruguay.

## **2. Israel, la tierra prometida**

Las cosas se complicaron para Drexler debido al certificado de fe democrática que como funcionario público le fue requerido. Conocedor de su expediente temía realizar el trámite. Los días de cobro de su salario mensual debía pasar por la oficina y ante el reclamo del administrativo mentía diciendo que había iniciado el trámite y todavía no estaba pronto. Cada vez le era más difícil sortear esta exigencia.

Sin embargo, al momento de contar el motivo que desembocó en el traslado de la familia entera a Israel, ensaya más de una respuesta, pero ninguna le convence. Así lo expresa en la siguiente cita, que finaliza con un conocido pasaje de Hamlet:<sup>29</sup>

Me suenan a lugares comunes, como el repudio a vivir bajo una dictadura [...] u otras más filosóficas: —Ya que, después de dos mil años, nuestra generación tiene el privilegio de contar con un Hogar Nacional Judío, ¿cómo puedo yo no participar en semejante hecho histórico? También está el recurrir a la manida crisis de los cuarenta: lo que no haga ahora, en este momento de mi vida, no lo realizaré nunca, jamás. ¿Qué estáis leyendo, mi señor?, pregunta Polonius: — Words, words, words —responde el príncipe Hamlet—, palabras, palabras, palabras (275-276).

---

<sup>29</sup> Este pasaje aparece en el segundo acto, escena siete (o escena dos en la versión en inglés).

Desde que se fundó el Estado de Israel fue un sionista convencido, aunque irresoluto. Profesaba la ideología y contribuía, pero no había tenido el coraje de dar el paso definitivo. En mayo de 1979 viajaron a “la tierra prometida”<sup>30</sup> donde fueron recibidos afectuosamente por su hermano y la rama de la familia instalada allí desde hacía años. El Estado les proporcionó un curso intensivo del idioma hebreo, trabajo, subsidio para comprar un auto y la posibilidad de acceder a un préstamo para vivienda. También instrucción elemental y pruebas de tiro en un campo militar, para realizar las guardias nocturnas en el perímetro del *mercaz*. Para tal propósito contaba con un compañero y una carabina M1 que cargaba a la espalda, aunque sin balas: “los resultados de los exámenes de tiro deben haber convencido a los responsables del campamento que éramos más peligrosos para los habitantes del *mercaz* que para los propios terroristas” (276). Durante el tiempo que les tocó patrullar, nunca tuvieron problemas con los árabes.

Sus hijos se adaptaron rápidamente al país y la familia logró formalizar una rutina. Se sintieron integrados y felices, haciendo más difícil la decisión de retornar ante el peligro de perder sus trabajos en Montevideo, debido al vencimiento del año de licencia sin goce de sueldo que les fuera otorgado tanto a él como a su esposa. Algo más pesó en la decisión de regresar a Uruguay: “Teníamos cuatro hijos, tres varones y una mujer que se aproximaban a la edad en que debían enrolarse en el ejército” (280).

Como fue mencionado anteriormente, también Kroch viajó a Israel, pero fue previo a la dictadura y en calidad de turista, para reencontrarse con sus hermanos antes de seguir viaje a Alemania. Su hermana llevaba una vida sacrificada en Jerusalén, que vio manifestada en su rostro y cabello. Su hermano vivía en Tel Aviv. Declara no haber visto tantos militares juntos en ninguna otra parte del mundo y le impresionó la imagen de efectivos apoyando sus metralletas en la mesa de un

---

<sup>30</sup> En el relato bíblico, es la tierra que Dios (Yahvé) promete entregar a sus fieles, descendientes de Abraham, en Oriente Próximo, con una extensión que va más allá de los actuales límites de Israel.

restorán mientras tomaban un café o comían algo. Asegura no querer vivir en ese país y critica su nacionalismo, que no reconoce otros derechos que los propios:

en [el] caso de los israelíes esto me extraña. Fueron perseguidos como judíos. Huyeron hacia aquí de las persecuciones, sea por “raza”, religión o como pueblo... y no comprenden lo que sienten otros pueblos, como los palestinos, cuando son perseguidos y oprimidos (138).

Ante la necesidad de emigrar, los autores eligieron destinos diferentes, a pesar de haber manejado las mismas dos opciones. Israel, “la tierra prometida” para los judíos, con un Estado que fomentaba la inmigración, es rechazada por Kroch, como lo había hecho en el pasado, por repudiar el trato del gobierno hacia los palestinos, que compara con el que recibieron los comunistas y judíos en manos del nazismo. La comparación fue hecha también por el premio Nobel de literatura José Saramago: “Lo que ocurre en Palestina es un crimen que podemos comparar con lo que ocurrió en Auschwitz” (2002). Drexler disiente y entiende que el antiisraelismo militante se convierte en antisemitismo.

Eso significará —entre otras cosas— que los judíos ya no se merecen una consideración especial por la Shoá, ya que lo que hacen al pueblo palestino es lo mismo que los nazis les hicieron a ellos. ¡Qué interesante, ahora los nazis podrán decir “al fin y al cabo no somos los únicos malvados”! (248).

Alemania, la patria de origen, fue rechazada por Drexler, que mantiene latente la responsabilidad del país y la sociedad alemana en el exilio junto a parte de su familia y el asesinato del resto.

Más allá de las diferentes argumentaciones, el motivo de fondo en ambos autores para elegir un destino y descartar el otro es el mismo, la rememoración del trauma.

## **X – Octava vuelta de la espiral: retorno a Uruguay y caída de la dictadura**

El matrimonio Drexler decidió regresar a Uruguay ante la amenaza de que serían despedidos de sus trabajos públicos al no habilitarles más tiempo de licencia sin goce de sueldo. Llevaban un año viviendo en Israel, se sentían cómodos y adaptados, pero frente a la encrucijada, cuando la permanencia allí les significaba quemar definitivamente las naves y determinar el futuro de sus hijos que se acercaban a la edad de enrolarse en el ejército, decidieron regresar al país, a pesar de que continuaba bajo el régimen militar. El motivo de fondo, sin embargo, lo confiesa en el siguiente pasaje:

Nacido en Berlín, expulsado a Bolivia, ilegal en el Uruguay, tardé muchos años en entender cuál era mi lugar en el mundo. Hubo intentonas en Austria, posibilidades ciertas de volver a Alemania [...] nos recibieron con amor en Israel [...] pero volvimos [...] después de tanta ida y vuelta, me he dado cuenta que mi condición corresponde a la de un judío, pero un judío sudamericano (280).

La territorialidad juega un papel importante en cuanto a la identidad, por eso la experiencia de haber vivido en varios países, ubicados en diferentes continentes, llevaron a Drexler a cuestionarse su lugar en el mundo. El hecho de haber entrado en contacto desde muy pequeño con Sudamérica, primero viviendo en Bolivia y luego en Uruguay, lo movió a desarrollar un sentimiento de pertenencia hacia este continente, en especial hacia el país donde finalmente echó raíces. Su condición de judío, determinada por herencia y por ser practicante de la fe mosaica, lo inclinaba a permanecer en Israel, “la tierra prometida”, pero pesó más su condición de sudamericano.

El regreso fue friccionado y muy difícil, con la excepción de que los certificados A, B y C<sup>31</sup> habían saturado el engranaje administrativo de la policía y dejaron de pedirse. A pesar de volver en las fechas exigidas, se encontraron con la

---

<sup>31</sup> El propósito y funcionamiento de estos certificados fue mencionado en la primera nota al pie de este trabajo, página 9.

sorpresa de haber sido eliminados de sus cargos en el mutualismo, con el pretexto de que tenían cuotas impagas. Se vieron obligados a solicitar el reingreso pasando por el filtro del Servicio de Inteligencia. Una vez más se vería enfrentado al coronel militar que alimentaba sus miedos. “Las entrevistas con el coronel Interventor estuvieron presentes durante años en mis pesadillas. Ustedes las conocen del cuento que titulé ‘La Carta’, que espero hayan tenido la paciencia de leer” (280).

El fallido intento por parte del gobierno de legitimar la dictadura, ocurrido en noviembre de 1980, alimentó las esperanzas de Kroch desde el exilio.

A pesar del terrorismo de Estado, los miles de presos políticos, el casi monopolio de los medios de comunicación [...] la mayoría de los uruguayos había respondido con un *No* a la propuesta de los militares. Hasta para falsificar los resultados de las elecciones les faltaron los cómplices (174).

Las fuertes manifestaciones y protestas contra el régimen iban incrementando el número de personas que de a poco perdían el miedo y salían a las calles. Se hicieron presente ante la visita de los 154 niños, hijos de exiliados, que venían a conocer la patria de sus padres; también en la liberación del General Seregni y el retorno del presidente del Partido Blanco, Wilson Ferreira Aldunate.

Finalmente, una huelga que paralizó el país el 27 de junio de 1984, onceavo aniversario del golpe de Estado y del comienzo de la huelga general. Todo ello llevó a una negociación entre los generales y los políticos en el “Club Naval”, donde se acordó realizar elecciones el 25 de noviembre de 1984 (186-187).

A comienzos de ese año fue organizando, junto a Feva, el retorno. Viajaron a Río Grande do Sul, pero no se animó a cruzar la frontera. “Todavía no me atrevía a volver a Uruguay [...] Habiendo cruzado el océano, me iba acercando al paisito” (187). En la ciudad brasileña se encontró con Elly y su familia, mientras Feva retornaba a Montevideo para hacer contacto y llevar apoyo a familiares de presos políticos, en tiempos en que muchos supuestos “suicidios” y decesos por omisión de asistencia incrementaban la lista de las víctimas en las cárceles militares.

En su segundo intento de retorno llegaría a Montevideo, con el fin de participar en las elecciones del 25 de noviembre. La familia volvió a estar reunida, porque

también Peter, Nelly y Martín habían retornado de Venezuela. Todos querían colaborar en la preparación de las elecciones, que se llevaron a cabo sin disturbios, a pesar de que varios políticos no podían presentarse como candidatos electorales, algunas organizaciones de izquierda estaban prohibidas y en las cárceles continuaban encerrados unos mil presos políticos.

El pueblo dominaba la calle, marchaba, danzaba. Reinaba la euforia en medio de una miseria hasta ese momento desconocida: el final cercano e inevitable de la dictadura militar de doce años despertaba esperanzas, no solamente de recuperar las libertades y derechos individuales, a la democracia, sino de un cambio social profundo, una mejora de la crítica situación económica (188-189).

La descripción que presenta sobre la organización de los diferentes partidos y candidatos de cara a las elecciones supone un conocimiento del terreno político. Durante las cuatro semanas que permaneció en Uruguay se reencontró con sus patrones y compañeros de trabajo de la fábrica y del sindicato metalúrgico. En una visita a la casa de la madre de Beatriz, que continuaba presa en Punta Rieles, supo que no había delatado a nadie. Visitó el bloque de viviendas del Barrio Sur, que en sus ventanas lucían banderas del Frente Amplio.

Y a pesar de que en el Comité Popular del Barrio Sur nunca habíamos preguntado sobre la filiación partidaria, yo sabía que la mayoría de los vecinos, así como la mayoría de los uruguayos, votaban tradicionalmente a los Blancos o a los Colorados [...] Sentí una profunda satisfacción ante el edificio embanderado. Como lo siente alguien que descubre que no fue en vano haber entregado varios años de su vida a una causa (190-191).

Fue entonces que pensó en documentar aquella experiencia, escribirla de forma que sirviera como ejemplo. Tres años más tarde fue publicada la primera edición de *Crónicas del Barrio Sur*, que cataloga como mitad ensayo y mitad novela. “Al retornar a Frankfurt tenía mi decisión tomada: mi lugar estaba en Uruguay, más allá de todo posible problema de identidad no resuelto” (191).

Kroch, al igual que Drexler, plantea la importancia que tiene el territorio para la identidad. La necesidad de ambos de encontrar su lugar después de un largo peregrinaje por varios países, enfrentando diferentes obstáculos y un doble exilio,

tiene connotaciones con la *Odisea* de Homero. Finalmente, Uruguay se había convertido en la añorada tierra de sus afectos, su lugar de pertenencia, como lo era Ítaca para Ulises. Junto a Feva regresaron, sin presiones y luego de finalizada la dictadura. Compraron una casita con jardín al este de Montevideo. Sentimientos de tristeza al despedirse de los amigos y melancolía por abandonar nuevamente Alemania, se mezclaban con la alegría y confianza en el futuro y el reencuentro con Uruguay y sus hijos. “Es la segunda vez que abandono Alemania definitivamente [...] Esta vez, sin embargo, por mi propia voluntad. Y como aquella vez, también en invierno. ¿Habrá sido éste mi último exilio? ¿Y del otro lado, mi último retorno?” (192). Regresó en diciembre de 1985 y retornó al trabajo en Julio Berkes, donde permaneció hasta su jubilación. Siempre mantuvo el contacto con sus compañeros de trabajo y decide narrar, quizás a modo de homenaje, la historia detrás de cada uno de ellos, destacando sus cualidades y describiendo sus fisonomías y personalidades.

Una de las particularidades del exiliado es que no tiene intención, a priori, de generar lazos con el lugar de destino, debido a la confianza puesta en que la situación política en su país de origen volverá pronto a la normalidad. Así lo señala Avila “a diferencia del migrante o del refugiado, que intentan generar lazos con las comunidades de acogida, el exiliado, en principio, no tiene esta intención. Por lo general, los exiliados consideran que su estancia será breve” (2019: 166). Esta esperanza puesta en el retorno al país estuvo presente en ambos protagonistas. En Drexler, al decidir regresar a pesar de la dictadura, ante el peligro de perder los trabajos y cerrar definitivamente la puerta. En Kroch, al luchar desde la distancia contra el régimen y enfrentar los miedos para participar de las elecciones que hicieron posible el retorno a la democracia. Pero debieron enfrentar otra dificultad. No se estaban exiliando de su país de origen, sino del país que décadas atrás los había recibido durante su primer exilio. Y a pesar de eso, y de cualquier conflicto de pertenencia, decidieron regresar.

## **XI – Algo de historia**

La particularidad que tienen estos textos es que además de narrar las experiencias de sus protagonistas como sobrevivientes del Holocausto y el exilio que debieron enfrentar, comparten también las dificultades para poder conseguir la visa de entrada a otro país, los lazos que fueron creando con el lugar de destino, la paradoja de tener que enfrentar otro régimen autoritario, la encrucijada ante un nuevo exilio, la comparación constante entre ambos gobiernos dictatoriales y el retorno a Uruguay. Pero hay más. Aportan información aneja a sus historias de vida, que tienen por propósito lograr una mejor contextualización del espacio histórico, geográfico, económico y cultural en que se desarrollaron los acontecimientos.

### **1. Camuflaje de los judíos**

Muchos judíos alemanes intentaron camuflar su judaísmo. Las sinagogas copiaban la arquitectura de los templos cristianos y la música que emitían en los servicios religiosos se parecía más a la de una misa. Cambiaron la liturgia y hasta la palabra *judío* por *alemanes de fe mosaica*. Así lo especifica Drexler, que ejemplifica comparando una fotografía de sus bisabuelos con otra de su abuelo, haciendo evidente la diferencia en la vestimenta, notoriamente disimulada en este, que además lucía la cabeza y barba afeitada, con un incipiente bigote al estilo hitleriano. De esta manera lograban también diferenciarse de los inmigrantes judíos de Polonia, Rusia y otras zonas de Europa. “Los ‘modernos’ judíos alemanes usaban chaqueta corta, y por eso los que venían del Este los llamaban *iéques* o *yéques*, una corrupción de la palabra inglesa *Jacquet*” (127).

Las diferencias no se limitaban al aspecto y la vestimenta, abarcaban también el plano religioso, profundizando la mutua discriminación. Los *iéques*, que admiraban a pensadores judíos alemanizados, se burlaban de sus correligionarios

del Este por la tradición de admirar a rabinos destacados y la creencia en los *Dibuk*,<sup>32</sup> y *Golem*,<sup>33</sup> términos que son explicados por la voz de su abuelo.

Los judíos alemanes se habían desmarcado incluso en el aspecto culinario, aunque estas diferencias entre unos y otros se esfumaban en las fiestas. El autor hace una mención (breve, para evitar convertir el capítulo en un libro de cocina) de las comidas tradicionales judías, comenzando por las que degustó de niño gracias a sus abuelas y a pesar de su madre, que se quejaba del exceso de cebolla y del ajo. La antipatía y desconfianza parecía responder a una simple lucha de clases entre los judíos alemanes y sus parientes pobres de Polonia y Rusia, pero las cosas fueron a más:

cuando arreció el peligro la animosidad tomó un sesgo egoísta y pérfido. Cuando empezaron las deportaciones, trataron de apartarse de sus molestos parientes del este, pensando que ellos podrían salvarse: —¡Yo soy alemán, he aquí mis títulos, mis doctorados, mis méritos científicos, literarios, musicales, mis condecoraciones! ¡A mí no me van a tocar! (129).

En *La valija del tío Hugo*, Raúl Jacob destaca las particularidades de los judíos alemanes que observó en quienes emigraron a Uruguay. A pesar de haber sido perseguidos como el resto, “se creían distintos, más cultos y más refinados [...] Sentían que no venían de la Europa de los ghettos” (1995: 67).

El recurso del paratexto a través de imágenes comparadas es utilizado una vez más. En esta ocasión, para ejemplificar el estereotipo de judío presente en el imaginario popular centroeuropeo. “Piel de tinte pajizo u oscuro, de pelo renegrado, cejjunto, con ojos huidizos, nuca achatada, orejas pantalludas y nariz tan ganchuda como un signo de interrogación, que se acerca tanto al labio inferior como un candado a punto de cerrarse” (130). Esta descripción es observable en dos imágenes de caricaturas de la propaganda nazi del periódico *Der Stürmer*, que son comparadas con otra donde aparece fotografiado un hombre con los rasgos

---

<sup>32</sup> En el folclore judío, es un alma errante que se introduce y toma el poder sobre el cuerpo de una persona.

<sup>33</sup> Es la personificación de un ser animado fabricado a partir de materia inanimada, una especie de Frankenstein.

atribuidos a los arios, poniendo de manifiesto la abismal diferencia que incita a la confusión y acredita la perplejidad del enfermero al enterarse de su origen judío, cuando ve en él a un hombre con aspecto propio de un alemán, alto, rubio y de ojos claros.

Nadie está limpio de ejercer la discriminación, ni siquiera los judíos que han sido tan perseguidos. “Los iéques discriminamos a los judíos del Este, éstos a los sefardíes oriundos de los países árabes y éstos, finalmente, a los Falashas, judíos de raza negra procedentes de Etiopía” (132).

## **2. Políticas migratorias, consulados y cónsules**

En ocasión de contar sobre la rama de la familia de apellido Schlein, Drexler rememora a sus tíos David y Otto, que fueron los únicos en conseguir un *Affidávit* para poder ingresar a los Estados Unidos. Se trata del patrocinio que hace un ciudadano o residente permanente para que un familiar cercano obtenga la residencia en el país de destino. Quien asume el compromiso se convierte en una especie de garante para la manutención del nuevo inmigrante y así evitar que se convierta en una carga para el Estado. Era muy difícil acceder a ese recurso, se necesitaba de mucho dinero y de alguien que cumpliera con los requisitos, dispuesto a asumir la responsabilidad. Las trabas y la demora en el trámite eran considerables, en tiempos en que iba en aumento el antisemitismo y la xenofobia norteamericana y se ponía de manifiesto el apoyo a Hitler por parte de políticos y personas destacadas. “Los Estados Unidos llevaron adelante una política que prácticamente impidió el ingreso de inmigrantes judíos en vísperas de la Segunda Guerra Mundial” (93). Respecto a su tío Otto, el haber conseguido el *Affidávit* para él, su esposa y su hija no les sirvió de nada, no pudieron escapar de la maquinaria nazi a tiempo y fueron asesinados en Auschwitz, en 1944.

Por su parte, la mayoría de los países de Latinoamérica, durante la Conferencia Panamericana realizada en Lima en diciembre de 1938, resolvieron medidas para poner freno a la inmigración de quienes buscaban escapar del nazismo y el franquismo. Solo la delegación de Bolivia fue la excepción, presentando una

propuesta humanitaria contra el racismo reaccionario y recomendando al resto de países favorecer la inmigración bajo el lema de fraternidad, paz y concordia. Pero su propuesta fue desestimada.

La experiencia de su familia en los consulados de Uruguay fue desastrosa. A mediados de 1939 el barco *Artigas*, en el que viajaba su tío Hans junto a su esposa e hijo, echó anclas en el puerto de Montevideo, pero no se les permitió desembarcar. Fueron rechazadas las visas que lograron obtener en el consulado uruguayo de París, expedidas por el vicecónsul, por no cumplir con el reciente decreto del gobierno uruguayo que exigía la previa autorización del Ministerio de Relaciones Exteriores a las visas emitidas por los consulados con posterioridad al 17 de diciembre de 1938. La noticia llegó a oídos de la colectividad judía que se agolpó frente al puerto. Luego de casi tres semanas de ir y venir del Puerto de Buenos Aires al puerto de Montevideo, se autorizó el desembarco provisorio en Uruguay hasta que fueran trasladados a Chile, donde se permitió el ingreso gracias a la intervención del entonces ministro de salud chileno, Salvador Allende (después presidente de Chile, depuesto por la dictadura de Pinochet), que se encontraba en nuestro país asistiendo al Congreso Latinoamericano de las Democracias. Estuvieron un mes alojados en un hotel custodiados por el ejército, que les brindó un trato amable y la autorización para recibir visitas. Durante ese tiempo hubo manifestaciones frente al edificio, con choques entre judíos y xenófobos, en los que debió intervenir la policía. La narración continúa con la historia del matrimonio protagonista de este episodio.

El autor acusa a los cónsules de ser directamente responsables, por indiferencia, corrupción o simple ineptitud, del calvario sufrido por los desesperados aspirantes a dejar Alemania, dado que estaban en una posición privilegiada para poder ayudar.

Como contrapunto, destaca el accionar del Cónsul General del Uruguay en Hamburgo, Florencio Rivas que, según testigos, viendo la destrucción en la Noche de los Cristales Rotos, declaró que se les otorgaba automáticamente las visas a todos los que se hallaban dentro del Consulado General y se enfrentó a las SS

impidiéndoles la entrada al jardín de la embajada, salvando la vida de ciento cincuenta judíos.

Igual de heroico fue el obrar del Dr. Carlos María Gurméndez, designado en 1938 como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República ante el Reino de los Países Bajos. En 1940, una veintena de judíos buscaron asilo en la Embajada uruguaya de Holanda. El diplomático extendió, a todos, pasaportes uruguayos y con ellos subió al tren que los alemanes habían dispuesto para la evacuación de los diplomáticos. Cuando llegaron a la frontera de Alemania con Suiza, las SS subieron y exigieron la entrega de los judíos. Según una de las personas salvadas, el Dr. Gurméndez dio un paso al frente, indicó quién era y señaló que él y su familia se bajarían del tren con las personas referidas y con ellas se quedarían. Tras una consulta a Berlín el transporte pudo seguir con todos sus pasajeros. El entonces embajador argentino en Holanda, Carlos Brebbia, criticó en un informe el accionar de Gurméndez, al que le había negado colaboración en el salvataje. El autor se excusa de incluir el extenso informe, pero incita al lector a buscar más información en internet sobre su inmoral accionar.

Siente el deber y el honor de referir las emotivas y heroicas historias de otros cónsules de distintas nacionalidades, entre ellos brasileros, portugueses y españoles. Varios fueron condecorados con el tiempo, pero en aquel entonces sufrieron las consecuencias de desobedecer las órdenes y políticas de sus gobiernos.

### **3. Barcos durante la Segunda Guerra: destinos y repercusiones**

El abanico de peligrosas posibilidades a que se enfrentaban quienes se subían a un barco tratando de huir de Europa fue lo que provocó arduas discusiones en la familia Drexler sobre qué decisión tomar. Un ejemplo es el destino del barco francés que los alejó de Europa y un año más tarde terminó fondeado en la bahía de Haifa por los británicos, luego de que Francia fuera ocupada por los nazis y el gobierno comenzara a colaborar con ellos, convirtiéndose en enemigo de los aliados. El autor proporciona información y explica el contexto que terminó con su hundimiento y con la trágica muerte de unas cuatrocientas personas, judíos en busca de refugio.

Situaciones similares sufrieron otros barcos, como el trasatlántico alemán *St. Louis*, que regresó a Europa luego de que la Habana y Miami les negaran el ingreso a los refugiados. El trascendido caso del *Conte Grande* que involucró a parte de su familia. El hermano de su madre, junto a su esposa, estaban a bordo cuando, en febrero de 1939, no les fue permitido arribar a Montevideo. Recurre a citas de artículos de prensa de Uruguay y Buenos Aires y transcribe partes de testimonios de pasajeros entrevistados por Jacob Botochanski, así como fragmentos de la crónica de José Kierszenbaum:

El 13 de enero de 1939 llegó al puerto de Montevideo el buque italiano Conte Grande, con trescientos refugiados judeo-alemanes. La inmensa mayoría de ellos tenían visas al Paraguay, pero, a último momento, ese país les prohibió la entrada. [...] Los trescientos pasajeros recién nombrados no tuvieron problemas para quedarse en el Uruguay y el buque volvió a Europa, retornando el 25 de febrero de 1939, desde el puerto de Génova, con doscientos treinta y tres nuevos pasajeros, sesenta y ocho de los cuales tenían problemas de visa por lo que no fueron admitidos en Montevideo ni en Buenos Aires. La dramática alternativa era conseguir que algún país sudamericano los aceptara... o volver a Alemania. [...] Finalmente, el gobierno de Chile aceptó recibirlos, zarpando el barco de Montevideo con ese destino el 9 de marzo de 1939 (77).

Analiza los medios de prensa con pronunciamientos a favor y en contra de los judíos, también el discurso humanitario emitido por Emilio Frugoni frente a la Cámara de diputados, que refería a la necesidad de dar refugio a quienes escapaban del nazismo y de la guerra civil española. Su interés está puesto en proporcionar un panorama claro de lo que debieron enfrentar los exiliados europeos, particularmente su familia, en el afán de encontrar un puerto seguro, haciendo hincapié en la urgencia de huir, que se hizo aún más patente, insiste, a partir de lo sucedido en la Noche de los Cristales Rotos: “Fueron incendiadas casi todas las sinagogas de Alemania. Siete mil negocios de judíos fueron vandalizados. Treinta mil personas fueron arreadas a los campos de concentración, un centenar fueron linchados por la turba” (84).

Por su parte, Kroch tuvo la experiencia de poder observar desde el Cerro la explosión y el hundimiento del acorazado *Graf Spee*,<sup>34</sup> el buque de la armada alemana nazi que libró la llamada *Batalla del Río de la Plata*, enfrentando a buques británicos en aguas territoriales uruguayas:

Lejos en el horizonte se podía ver los destructores ingleses que le impedían su salida del Río de la Plata. Recién más tarde nos enteramos de que la tripulación del *Graf Spee* había abandonado el buque en los botes antes de su voladura (104).

Un marinero del acorazado fue empleado en el mismo taller donde él trabajaba. Lo describe como un joven bastante ignorante, que en su vida solo había aprendido a obedecer. En el lugar de trabajo se comportaba normalmente y con los años se casó con una uruguaya.

#### **4. Entrevistas a miembros de la familia**

Uno de los propósitos de Drexler es dar a conocer las experiencias de destierro y el destino que tuvo cada rama de su familia frente a la urgencia de escapar. En tal sentido, aporta entrevistas a miembros de su familia, que fueron testigos y víctimas de aquel terrible contexto. Una de las entrevistadas es su prima, Rita, de ochenta y un años, que fue testigo, a la edad de nueve, de lo sucedido en la Noche de los Cristales Rotos. Otra es Kate, prima hermana de su madre y cantante de opereta, que vio su carrera frustrada por la censura y persecución del nazismo. Luego de narrar su historia en una carta de respuesta al autor, se negó a seguir contando sobre el tema. “Seguía la tónica de los sobrevivientes; había que lograr una sintonía especial para que empezaran a hablar, pero luego volvían a cerrarse en su mutismo. No era gratuito traer a la memoria recuerdos tan dolorosos” (91).

---

<sup>34</sup> Este hecho tuvo repercusiones simbólicas. El rescate, en el 2006, del águila de bronce que se encontraba en la proa del acorazado (un gran símbolo del nazismo que sostiene en sus patas un escudo con la esvástica) abrió el debate entre quienes argumentan a favor de conservarla por su relevancia histórica y quienes piden su destrucción para evitar que se convierta en objeto de culto por agrupaciones neonazis. En la actualidad se encuentra en las instalaciones de la Armada Nacional.

Años después de publicar la primera edición de *¡Como el Uruguay no hay! (No hay cómo llegar)*... concretó una entrevista con una prima política que dio origen al libro *El largo camino del retorno*. La experiencia de Shoshana como sobreviviente a cinco campos de concentración, aparece intercalada por la narración que hace el autor sobre la visita al campo de exterminio Auschwitz que realizó junto a su esposa.

## **XII – Proceso de escritura e irrupciones anunciadas de ficción**

### **1. Inicio y continuidad en la escritura**

Después de los cuentos que esbozó en su infancia y las creaciones poéticas que continuaron hasta su adolescente, fue a través del periodismo clandestino que Kroch comenzó a materializarse como escritor. Su consolidación, sin embargo, se dio durante el exilio en Alemania. No pudo ejercer su oficio y empezó a vivir de la escritura, pasando del periodismo a trabajos de traducción y crítica literaria, hasta hacer literatura. No obedecía a un llamado vocacional, sino a una decisión racional relacionada con su compromiso social. Se propuso la tarea de despertar el interés de un círculo mayor de personas respecto a los problemas latinoamericanos, y para eso no se limitó a un enfoque meramente político, utilizó a la literatura como herramienta para mostrar el aspecto humano y lograr conmover.

La trágica suerte de un campesino, que luego de una vida llena de sacrificios, pero también de éxitos y satisfacciones, es echado de su terruño, llega al lector de una manera más profunda que la información del remate de 11.000 chacras endeudadas (193).

Escribió una serie de cuentos basados en casos reales, de experiencias individuales que reflejaban los típicos problemas de Latinoamérica. Se publicó en alemán, en 1987, con el nombre *Sudamerikanisches Domino* (en español *Dominó sudamericano*). “Mi intención era que tocara las cuerdas emocionales de los alemanes y las hiciera vibrar. Que los despertara de su sueño de bienestar y sensación de ‘vivir en paz’ con su contraste, y recordarles su responsabilidad” (194). En alemán también publicó *Uruguay, zwischen Diktatur und Demokratie* (en español *Uruguay, entre dictadura y democracia*), 1991, que abarca aspectos sociales, económicos, culturales y políticos, desde la época de la colonia. Un año antes, en 1990, había salido la primera edición de su autobiografía, en alemán, y recién varios años después fue publicada la primera edición en español, en el 2003. Tuvo una segunda edición en ambos idiomas, en alemán en el 2004 y en español en

el 2011, conteniendo un capítulo de actualización. Quedaron sin publicar dos manuscritos en forma de novela.

Llegó a realizar la traducción de dos obras de teatro que luego fueron puestas en escena. Se trata de *Pedro y el Capitán*, de Mario Benedetti y *La empresa perdona un momento de locura*, del venezolano Rodolfo Santana. “Las dos obras, electrizantes del principio al fin, me parecieron sintomáticas del drama que sufre Latinoamérica y a la vez de un significado humano universal” (182-183).

Regresó al país con un menguado estado de salud debido a un cáncer de vejiga y decidió jubilarse. A partir de entonces se dedicó de lleno a la literatura. “Por el resto de mi vida, pensé, construiría estructuras verbales en lugar de estructuras de acero” (195).

En idioma español publicó en 1988 las ya mencionadas *Crónicas del Barrio Sur*. Le siguió *Los alemanes del milagro y los otros*, de 1993, un libro de cuentos ambientado en las dos Alemanias, la República Democrática y la República Federal, donde distintos personajes ponen de manifiesto las ventajas y desventajas de ambos sistemas. En 1996 publicó *Ilusiones, frustraciones y esperanzas de la izquierda*, en el que reflexiona sobre los debates en la izquierda europea tras el colapso del “socialismo real”. *El camino a Sisikon. Geografías Humanas*, del año 2000, es un libro de cuentos salpicados de pasajes autobiográficos y ambientados en países de Europa y Sudamérica. Inicia con un poema del autor. Un año después, en 2001, aparece *El desafío de la globalización*, donde presenta el desarrollo del capitalismo y el neoliberalismo, y las posibilidades alternativas para un mundo de solidaridad. Con el libro *De años oscuros. Alumbrando recuerdos*, de 2008, vuelve a los cuentos, algunos con referencias autobiográficas. Según el propio autor “trata de episodios dramáticos en países donde se había apagado la luz de la libertad. Desde la Alemania nazi hasta las dictaduras en nuestro continente y en la RDA.” (205). Y en 2012 se publica *Reencuentros y otros desencuentros*, un libro póstumo de cuentos, la mayoría impregnados de sus vivencias y ambientados en una amplia cantidad de países. Los temas son variados y van desde la dictadura al racismo, pasando por la crítica religiosa, la pobreza y la política. Irrumpiendo la sucesión de

cuentos aparecen seis poemas del autor, reunidos bajo el título “En años oscuros”. Dos de ellos tratan sobre la liberación de su hijo del Penal de Libertad.

Es posible deducir, con esta breve descripción de las publicaciones de Kroch, su compromiso con una ideología de izquierda de los años 70 (una corriente que tenía mucha fuerza por esos años) en su afán por presentar en Alemania lo que estaba sucediendo en Uruguay y otros países latinoamericanos sometidos a dictaduras. Títulos como *El desafío de la globalización* lo colocan como intelectual, como alguien polivalente con aspiraciones de pensar y entender el mundo.

Las primeras incursiones de Drexler en la literatura fueron cuentos escritos en su época de adolescente, actividad que dejó para dedicarse a su profesión. Retomó la escritura en 1994, inspirado durante sus largas vacaciones en La Paloma. Antes de lanzarse a publicar su primer y único libro de cuentos, *El Monstruo de la Laguna Negra y otros cuentos*, de 1998, participó de concursos literarios. Tres de sus cuentos fueron premiados y dos de ellos aparecen incorporados en el libro. Los relatos son variados. Van de lo fantástico, recurriendo en algunos a leyendas populares, hasta lo autobiográfico, que incluye la historia de sus tíos Gretel (Muriel) y Karl,<sup>35</sup> con modificaciones y ambientada en la ciudad de Rocha.

En el 2007 publicó su primera novela, *La caída de la ominosa casa de la calle Ramón Anador*, que aborda la historia sobre el exterminio de los Charrúas, en 1831, intercalada por otra línea narrativa, ubicada 150 años después, en plena dictadura militar. Luego publica la primera edición de su autobiografía, en 2010, que fue reeditada en el 2018. Entre ambas ediciones, aparece la publicación *El largo camino del retorno* que, como ya fue mencionado, retoma el tema del Holocausto desde la experiencia de su prima Shoshana, también sobreviviente.

El interés de Drexler comenzó siendo la ficción y el humor, con cuentos inspirados en leyendas populares e historias personales y familiares. Luego de una transición, con su primera novela, que combina historia y ficción, se centró en los

---

<sup>35</sup> La historia de los tíos aparece en su autobiografía y será referida más adelante.

genocidios. Inició con la historia local charrúa, para luego enfocar sus esfuerzos en recuperar la memoria familiar de sobrevivientes del Holocausto. Por momentos se presenta como un gran artífice de ficción y por otros como un riguroso historiador.

## **2. Inspiración literaria ante sentimientos de angustia y añoranza**

Un triste episodio, ocurrido la noche de navidad, es narrado por Kroch en forma de cuento, con abundancia de imágenes, que llegan al lector como si se tratara de una representación cinematográfica. Estaban por dar las doce de la noche y él permanecía en el taller, terminando de hacer un juguete que llevaría de regalo para sus hijos. Se trataba de una caldera a vapor con su correspondiente máquina. “Suenan el timbre. Se enciende la luz de la entrada. De las tinieblas aparece Coca” (112). Ante los reproches de su mujer por no haber regresado a la casa en una fecha tan especial él intentó explicarle:

“Estoy haciendo un regalo de navidad para los niños”. Se lo muestro, aunque sé que eso no cambia nada. Coca llora. “Armamos un árbol de Navidad con la rama de un pino, los niños y yo lo transformamos colocándole velas, estrellas y guirnaldas. Hice galletitas, los chicos recortaron cartón e hicieron casitas, las pintaron, querían regalarte algo... Y ahí están, esperando que llegue su padre, para festejar con ellos” (112).

La rabia y desesperación de su esposa la llevó a reprocharle, delante de su jefe, que trabajaba muchas horas por un sueldo miserable.

Se secó las lágrimas. “Vamos para casa [...]” Don Julio no osa decir ninguna palabra [...] Yo tampoco oso decir nada más. Me pongo la máquina de vapor bajo el brazo, y así vamos camino a casa, calle abajo por Isla de Flores, mientras que —dan justo las doce— se oyen los cohetes y el cielo se ilumina con las luces de bengala. Peter y Elly nos esperan bajo un árbol de navidad improvisado (113).

Al narrar momentos de soledad vividos durante el exilio en Alemania, hace un despliegue literario donde abunda la descripción de paisajes y emociones, junto a una profunda reflexión:

Las tardes en las que, por razones laborales, Feva regresa tarde a casa, paseo por el bosque de Nieder-Eschbach, luego sobre la colina, desde donde puedo divisar las cadenas montañosas del Taunus, y por las silenciosas calles del suburbio

bajo las bóvedas del follaje de castaños, fresnos y arces. La tenue luz de los faroles traspasa aquí y allá la espesura vegetal. La calle se encuentra abandonada a estas horas, las casas escondidas tras los arbustos y los cercos. Apenas puede percibirse la luz de alguna ventana. Sólo se oye el sonido de un piano en la lejanía. Todo está colmado del perfume de las lilas de los jardines. ¿Qué estará haciendo la gente? ¿Estarán cenando, o estarán sentados ante el aparato de televisión? ¿Habrán ido a acostarse? (183).

Su añoranza se torna evidente en la inevitable comparación entre los paisajes y calles que recorre con los acostumbrados de la capital uruguaya:

Pienso en Montevideo. Hasta en las calles suburbanas hay vida hasta altas horas de la noche. Los niños juegan, los vecinos están sentados en la vereda tomando mate, charlando. ¡Qué diferente es aquí en Alemania! La calle está sumida en silencio y paz (183).

Su hermano le había enseñado, a la salida del concierto de Bach, *El arte de la fuga*, que la música era forma pura, melodía y armonía, que no debía imitar a la pintura ni a la literatura.

No había podido responderle. Pero oía la fuga como un eco, paz y movimiento a la vez que encuadra en el estado de ánimo en este atardecer —en aquel entonces y ahora—, en ese ambiente de paz en el que pulsa la vida inquieta escondida tras cercos, arbustos y ventanas (183).

### 3. Cartas

Como fue referido anteriormente, a mitad del libro Drexler introduce un subcapítulo titulado *La carta*. Versa sobre una citación a la bedelía de la Facultad de Medicina para notificarlo de que, en una revisión de los legajos a partir de un incendio, advirtieron que no figuraba su aprobación de una de las materias de la carrera, lo que invalidaba el título de médico que le habían expedido unos diez años atrás.

Antes de continuar, aclara que el asunto de la carta que va a relatar jamás ocurrió más allá de sus ensoñaciones. Se refiere al estado de conciencia, indefinido, que ocurre previo al sueño o justo antes de despertar, en que las preocupaciones se mezclan con la fantasía, adquiriendo visos de realidad que provocan pánico. En el libro *La interpretación de los sueños* Freud refiere a los sueños de pérdida del

examen final de carrera como uno de los típicos de quienes ya obtuvieron el título. Suele presentarse “cuando del día siguiente se espera una actuación responsable y la posibilidad de hacer un papelón, habrían, pues, rebuscado en el pasado una ocasión en que la gran angustia resultó injustificada y confutada por el desenlace” (2013: 287). En la instancia despierta, la interpretación errónea del significado positivo del contenido onírico provoca un estado de angustia que bien describe Drexler al expresar que, sin poder discernir si se trataba de evocaciones o pesadillas, era tan real que despertaba bañado en sudor y con el corazón acelerado. Vuelve a aparecer el recuerdo de su terapeuta. Es quien le pidió que relatara sus temores en forma de cuento, como parte del tratamiento para poder analizarlo y separar lo verdadero de lo inventado. “El trabajo de escribir, de exponer mis miedos sobre el papel, resultó una buena terapia. Habiendo adoptado la forma de una ficción, estos temores parecían alejarse a una realidad que no era la mía” (139).

El relato es sumamente extenso y puede ser salteado sin perder el hilo conductor. Algunos de los sucesos le ocurrieron a su alter ego, Günther Drexler, y otros a sus compañeros o amigos, por lo que insiste en aclarar que no se trata de una historia delirante o exagerada.

¿Quién no ha sufrido sueños reiterativos [...]? Al sueño, repito, se fueron agregando una mezcla de experiencias personales vividas, relatos de compañeros apresados y torturados, rumores en los pasillos del hospital sobre lo que ocurría en los siniestros lugares de detención, todo ello aderezado con lecturas de mis libros favoritos. De esa forma la fantasía se fue agregando a la mezcolanza (150-151).

Durante el desarrollo del cuento se comunica en varias ocasiones con los lectores para insistir en que contiene partes de realidad: “Recuerden que esto es un cuento, pero, como todo relato, tiene partes auténticas. Lo ocurrido con los fachos fue real y sucedió tal como lo relato” (142).

También Kroch incorpora la transcripción de una carta, pero a diferencia de Drexler la presenta como real, fechada el 19 de abril de 1939, con una extensión poco mayor a una página. Trata sobre la muchacha que conoció en el Parque Rodó, pero no supo cómo hacer para poder acercarse a ella. “Estaba sentada junto a su

amiga a unos veinte pasos, a la orilla del lago. Su rostro joven, simétrico, su larga cabellera castaña, sus gestos con algo de curiosidad infantil, me resultan más que bellos, me caían simpáticos” (100). Describe su vestimenta, y señala la ausencia de maquillaje que dejaba al descubierto su belleza natural. “Había encontrado a la mujer de mis sueños. Respiraba, hablaba, vivía. Me miraba y yo la miraba a ella” (100). Al final de la transcripción reflexiona sobre su inexperiencia de entonces: “Ahora que lo vuelvo a leer, después de medio siglo, me sonrío. Suena tan melodramático. ¡Qué torpe debo haber sido en aquellos tiempos!” (101).

Parte de otras cartas son transcriptas en su libro. La ya referida de su madre, que le transmitía la esperanza de un reencuentro, cuando sus posibilidades de escapar del nazismo se estaban cerrando definitivamente. Otra hizo el camino inverso, desde Uruguay viajó a Alemania. Fue escrita por su hija y en ella daba cuenta de las condiciones de abandono en que se encontraba la escuela a la que asistía su nieta, que notaba la pobreza en sus compañeros. Este relato le sirvió para hacerse una idea de la situación económica y política del país, cuando ya estaba organizando su retorno desde Alemania.

Aparece otra carta que, si bien no fue transcripta, es interesante mencionar por la peculiaridad de las circunstancias. En el año 1983, en el reencuentro con viejos amigos durante un viaje por los países nórdicos, ocurrió un insólito episodio. El correo le entregó a su amigo una carta proveniente de Montevideo. “La carta era mía. Ulli me la mostró: ‘Montevideo, 20 de mayo de 1940’. ¿Cómo era posible que la carta que, indudablemente, yo había escrito hacía 43 años, llegara recién ahora?” (184). Intentan armar el rompecabezas de tan demorada entrega. Los avatares de la guerra la hicieron recorrer París, Copenhague y Berlín, antes de llegar a manos de su destinatario en Solna, Suecia.

#### **4. Presentación y cambio de nombre**

En uno de sus incansables retornos al 20 de junio de 1973 en Viena, Drexler sitúa al lector en el momento en que el enfermero queda perplejo al recibir la noticia de su origen judío. Aprovecha ese suspenso incómodo de ambos para presentarse:

Me llamo Günther Drexler, soy casado, padre de tres hijos, tengo 35 años, el cabello blanco y lacio, los ojos claros. Mi mujer se llama Lucero y quedó en Montevideo, en plena época de golpe de Estado. La beca para Austria no llegó en el momento más apropiado, pero cuando partí el golpe todavía no se había decretado. Insiné volver, pero Lucero me tranquilizó y moderé un poco la culpa haciéndole prometer que vendría al mes siguiente (122-123).

La elección de su nombre de pila, de acreditada procedencia germánica, responde al intento por parte de los padres de esconder su condición judía, ante el miedo infundido por el nazismo, que había afianzado las estrategias de discriminación, persecución y encierro en los dos años que llevaba en el poder. En el subcapítulo titulado *1933-1935 Berlín. Tiempos de mimetismo*, profundiza en el origen de su nombre y en el desesperado recurso del camuflaje, que ve claramente ilustrado en la película *Zelig*, de Woody Allen, un falso documental cuyo protagonista era conocido como el hombre camaleón, porque tenía la capacidad de cambiar su apariencia para adaptarse perfectamente al lugar y a la gente que lo rodeaba, con el propósito de ser aceptado.

El ardid de camuflarse a través del nombre propio es utilizado por el autor en la primera edición del libro, al presentarse como Klaus Schmidt y a su esposa como Lucía. Este cambio entre las dos ediciones lo obliga a adaptar la explicación del origen, aunque *Günther* se repite, apareciendo en la primera como segundo nombre y en la segunda como único. También da a conocer su nombre judío, David, que se mantiene sin cambios. Es llamativo que, para ambos, tanto el civil como el religioso, encuentre interesantes asociaciones. El civil, *Günther*, logra asociarlo con el rey de los burgundios (un pueblo germánico originario), que fue además cuñado de Atila, el rey de los Hunos, conocido como el “Azote de Dios”. El religioso, David hijo de José, lo asocia con Jesús de Nazaret por compartir el mismo apellido, *Ben Josef*, “Hijo de José”. En la primera edición asocia Klaus con el de *Santa Claus*, más conocido en estas tierras como “Papá Noel”. Consigue así distender al lector con un poco de humor, como en tantas otras ocasiones. En cuanto a la asignación de un nombre religioso, se trata de una forma de resistencia al decreto del Emperador austríaco José II, del año 1787, que pretendía modernizar los nombres de sus súbditos judíos y resultó en un proceso humillante, dado que los burócratas

exigían el pago de sobornos para evitar apellidos ingratos como *Eselkopf* (cabeza de burro) o *Schmalz* (grasa), según cuenta el historiador británico Paul Johnson en *La historia de los judíos* citado por Drexler.

En el subcapítulo *La carta* afirma que el protagonista de ese sueño es su alter ego y, en ambas ediciones, usa la denominación Pangloss en segundo lugar.<sup>36</sup> Recurriendo al trato directo con los lectores (siempre centrándonos en la edición más reciente) ofrece una explicación a modo de disculpa:

A esta altura del relato a todos ustedes les consta que mi nombre es Günther P. Drexler. Espero que la introducción del nombre del profesor Pangloss no los desoriente. Es, llamémoslo así, una licencia literaria. Me sabrán perdonar, pero es hora de seguir con las tribulaciones de mi alter ego (151).

En esa “licencia literaria” su padre es presentado como fanático de Voltaire y como el responsable de que su segundo nombre coincida con el del preceptor de Cándido. A pesar de eso, no se considera un eterno optimista como aquel personaje. Por el contrario, asegura estar siempre mirando la mitad del vaso vacío. Es en su padre que reconoce esa actitud positiva y pone como ejemplo su decisión de comprar pasajes de primera clase en el barco que los trasladó hacia América, como respuesta a la extorsión del gobierno alemán de exigirles gastar en pasajes de ida y vuelta e impedirles llevar más de cien dólares por persona.

## **5. Trato directo, mención al lector y saltos en el tiempo**

En Drexler, la acción frecuente de dirigirse al lector, nombrándolo, y los saltos constantes en el tiempo, han quedado reflejados a lo largo de este trabajo. Sin embargo, es bueno resaltar que ambos recursos están estrechamente vinculados y que en ocasiones logran un efecto bastante disruptivo.

Al finalizar el subcapítulo *La carta*, el cuento intercalado que abarca más de veinte páginas, retoma el eje central, esta vez en Austria, el 10 de junio de 1973. La

---

<sup>36</sup> En el caso de la primera edición, lo sustituye por el de Gunther, que figuraba como segundo nombre.

comunicación directa con el lector se observa en la aclaración que hace antes de retomar el relato, con el propósito de recordar el punto donde había quedado y ubicar temporalmente la narración, que se ha ido desarrollando en un vaivén desde distintos puntos del pasado al presente del narrador:

Para paliar un poco la desorientación que podría producir en el atento lector esta costumbre mía de ir de atrás para adelante y de adelante para atrás, como una hilvanadora, hagamos hincapié en las fechas que encabezan (o deberían hacerlo) cada capítulo (161).

La puesta a punto sobre los datos ya proporcionados la realiza de forma breve, sin digresiones, y en orden cronológico, con el propósito de dejar en claro desde cuándo, por qué y para qué estaba en ese país.

Prosigue con la descripción del enfermero que lo acompaña, pero vuelve a desviarse del asunto para resaltar lo importante que es en Austria el protocolo de trato que implica mencionar, antes del nombre y el apellido de la persona el apelativo referente a “Señor”, el cargo que desempeña y el título universitario. Se disculpa con el lector por haberse referido al jefe del Hospital sin la formalidad requerida: “Perdón si lo he mencionado en forma irrespetuosa, repito, debo adaptarme al protocolo” (161). En su caso se referían a él como “Herr Universität Dozent Secundarius Dr. Günther Drexler” (162)<sup>37</sup> y recurre nuevamente al personaje del terapeuta, haciendo otro inciso en la narración y dirigiéndose al lector de forma directa:

Todo este impresionante membrete luce en el bolsillo de mi túnica. ¡Cómo me gustaría que el psiquiatra que trata mi desorden nervioso me viera en este momento! Se reiría a carcajadas, pero comentaría que el asunto es bueno para mi autoestima que, últimamente, según dice el galeno, se ha visto muy disminuida. Y al acordarme del doctor, me apresuro a llenar con agua un vaso de plástico para tragar la pastilla que tenía que haber tomado con el desayuno (162).

Así da por terminado este subcapítulo, mezcla de informalidad con humor, para retomar, en el siguiente, lo relacionado al enfermero. Comienza narrando el paseo

---

<sup>37</sup> En español “Sr. Profesor Universitario Secundario Dr. Gunther Drexler”.

a una aldea a orillas del Danubio donde se celebraba el fin de la vendimia degustando el vino nuevo. Este escenario le da pie para reafirmar su consumo de psicofármacos que contraindicaba la ingesta de alcohol, haciendo patente la imagen del psiquiatra y el tratamiento de su confesada neurosis. Irónicamente, fue gracias al dulce vino blanco austríaco que logró alejar los fantasmas de su mente y darse a la diversión de bailar y cantar junto a una veintena de personas que festejaban en la posada. En cada uno de los sucesivos paseos descubre peculiaridades en las costumbres de cada lugar y sus diferencias con las tradiciones sudamericanas.

Otro ejemplo en que menciona al lector se da cuando el enfermero le recuerda que el Holocausto no fue el único genocidio perpetrado a lo largo de la historia. “Yo estaba aburrido de escuchar siempre el mismo argumento, y tú querido lector, estarás enervado por la reiteración” (248). Considera que estas retóricas, que ha escuchado en sus viajes a Austria y Alemania, son una forma de aliviar sus conciencias. “Aceptar la responsabilidad colectiva en algo tan tremendo como la Shoá, quizá fuera incompatible con la vida normal, quizá llevara a la locura, al fanatismo, a la autoflagelación, a la depresión o al suicidio” (248).

Estos ejemplos bastan para observar que, en las irrupciones de la narración, ya sea para introducir una información, un recuerdo o todo un cuento, suele recurrir al lector, nombrándolo, con el propósito de apelar a su comprensión o brindarle una explicación que le sirva para no perderse entre tanto ir y venir en el tiempo.

## **6. Otros protagonistas**

Conforme avanza el relato, el enfermero, que fue su guía en Austria, se va convirtiendo en un personaje con mucha presencia y relevancia. Es ungido en el rol de representar la ideología racista del nazismo, sirviendo de contrapunto a las ideas del protagonista. Por eso lo convertirá en depositario de su furia como forma de liberar el dolor de la historia familiar repleta de exilios, encierros y asesinatos. Las dos posturas enfrentadas han quedado evidenciadas en varios de los pasajes ya expuestos. Quizás el momento cúlpe de esta contraposición tan marcada sea la discusión en la que el protagonista argumenta que los otros genocidios ocurridos en

la historia fueron ejemplo de salvajismo, brutalidad y sadismo, pero no se comparan con el Holocausto. “La nación más civilizada, con su admirable orden y capacidad administrativa, dedicada al logro de la eliminación de otra nación” (249). Como respuesta su “contrincante” asegura que hubo exageración y propaganda, que en los campos muchos murieron de tifus y aprovecha para revelar su dedicación a la política como integrante de un partido nacional y democrático, que persigue la consigna de un mundo mejor para su país, con la convicción de no volver a meterse con los judíos, al considerar que ese fue un gran error táctico que pagaron muy caro. “No dimos importancia, hasta que fue muy tarde, al hecho de que ustedes, además de ser los dueños de todos los grandes capitales internacionales, dominan los medios de comunicación” (250-251).

En un paseo por la montaña el enfermero le reproduce una conversación que mantuvo con el jefe de la clínica, en la que se refería a él de la siguiente manera:

Günther es un buen muchacho, al que estimo, quizá demasiado serio y sufre de los nervios. Lo he visto tragar pastillas de medicamentos a hurtadillas. Esto puede explicar que esté tan obsesionado con el pasado, aunque —agregó el Jefe emitiendo un suspiro— esa obstinación en ver persecuciones hasta en la sopa es común en los de su raza (244).

Este comentario en boca del especialista respalda lo declarado en reiteradas oportunidades por el protagonista: que sufre de una profusa neurosis. La ingesta de medicación observada confirma lo anterior y fortalece la presencia del terapeuta en la narración pues es quien le proscribe la medicación como parte del tratamiento.

La discusión anterior es retomada por el enfermero al reprocharle que los europeos sufrían bajo las bombas de los Aliados mientras en el exilio su interlocutor vivía en paz y abundancia junto a su familia. Contó conmovido que su padre estuvo prisionero en el frente ruso. Recibe como respuesta la aclaración de que los judíos no viajaron a Sudamérica en plan de turismo, sino huyendo de la masacre y si su padre fue hecho prisionero sería porque luchó al lado de los nazis. Más adelante la discusión se centra en catalogar o no al Holocausto como el mayor genocidio de la historia.

Para darle salida al personaje, el autor menciona la postal que como saludo de año nuevo (1974) le envió el enfermero desde Sarajevo, donde aparece fotografiado frente a una mezquita con un turbante en la cabeza. Luego de hacer un comentario gracioso y algo irónico, acota: “Bueno, esto fue una broma. También debo cuidarme de estos chistes, opina mi psicoanalista, que son verdaderos lapsus de mi atormentado inconsciente. Y otra vez debo comentar lo peligroso que es dejarse llevar por enfermizas monomanías” (254). Vuelve a invocar al terapeuta y su neurosis obsesiva, también desde el humor. Al llegar a la posdata de la carta se esfumó su ánimo gracioso, allí le informa que se casó con la enfermera con la que él había tenido un romance en su tiempo de práctica en Austria. Llega a dudar si lo que vivió con ella fue una tomada de pelo orquestada junto al enfermero. Imaginando que se burlan de él vuelve a mencionar a su terapeuta y todo el material nuevo que tendrá para la próxima sesión.

De hecho, la imagen del terapeuta está estrechamente vinculada al enfermero. Como acabamos de ver, el autor le da salida a este personaje recordando a su psiquiatra, que aparece mencionado en la narración por primera vez cuando el protagonista decide dar a conocer la reacción de su interlocutor en la cafetería de Viena, recién llegando a la mitad del libro, llevando al extremo el recurso de mantener en suspenso al lector. En medio del desconcierto ante la noticia, y luego de un largo silencio, el enfermero finalmente reacciona: “Judíos, judíos... es cierto —comenta, acaso con un dejo de melancolía— Era la guerra y en esa época se cometieron muchas injusticias” (132). Consideró este comentario como una referencia frívola a la Segunda Guerra Mundial y al Holocausto. Se lamenta por la fragilidad de la memoria de la gente ante semejante hecatombe, ocurrida hacía escasos treinta años. Siente ira y se esfuerza por no reaccionar en exceso. Es entonces cuando introduce al psiquiatra, Weissman, como un personaje que solo tendrá “vida” a través de sus recuerdos, pero que irá tomando fuerza en medio de sus reflexiones. Su evocación aparece, en esta oportunidad, para advertirle que debe evitar los estallidos, porque son estériles y sólo agravan su situación. “Esta palabra, ‘situación’, es un eufemismo para evitar mencionar mi estado clínico, mi

enfermedad, que el psiquiatra ha insistido en rotular como psicosis, para decirlo de una vez por todas” (132). Plantea su desacuerdo con esa valoración y expone una especie de autodiagnóstico: “Yo soy de temperamento nervioso, con tendencia a exagerar mis emociones, pero de ahí...” (133), para luego seguir con el diálogo que recuerda haber mantenido con él que, aclara, es también judío.

Una pesadilla es presentada como la consecuencia de su preocupación por la discusión que mantuvo con el enfermero. En ella se mezcla el reciente paseo por la montaña con el recuerdo de juegos dentro de una mina y una explosión durante su infancia en Oruro. En el sueño, el enfermero guía corta su cuerda de seguridad mientras escalaba y le dice: “¿Pensaste que al escaparte al Uruguay te salvarías? ¡Ja, ja, ja! ¡Voy a terminar lo que [los] nazis dejaron inconcluso! De inmediato aplicó el cuchillo a la cuerda y empezó a cortar, mientras aullaba: —¡Muere perro judío!” (236). En lugar de caer al abismo, se le representó que caía por el pozo de la mina de San José, que en el fondo tenía un líquido oscuro y pestilente. Miró hacia arriba y vio los rostros de sus compinches que le gritaban. Una explosión provocó que un surtidor de fuego se elevara desde el pozo y esto lo hizo despertar bañado en sudor. Enseguida recurre al recuerdo del terapeuta, confirmando que su presencia está relacionada de forma directa a la imagen del enfermero, que personifica a los fantasmas del nazismo:

Manoteé el maletín donde guardo los medicamentos que me indicó el psiquiatra y engullí en seco una pastillita roja, otra amarilla y media de las blancas ranuradas. De inmediato me tomé el pulso y conté los minutos hasta que el salvaje galope de mi corazón se aquietó (236).

## **7. Historias intercaladas**

Es notoria la preocupación de Drexler por contar el destino de los integrantes de su familia y los desafíos que debieron enfrentar antes poder encontrar un refugio. En el caso de algunos familiares, quizás por la peculiaridad de sus historias de vida, dedicó especial atención y un espacio considerable dentro de la narración. Y apostó a más. Como una especie de mamuschka, en ocasión de relatar las vivencias de sus tíos Gretel y Karl, cuenta la historia dentro de la historia. Sitúa al lector en el

contexto de un festejo religioso en familia, invitándolo a “tomar asiento” entre los miembros de su clan para escuchar su narración al mismo tiempo que el resto.

### **7.1. Los tíos Gretel y Karl**

La historia de Gretel y Karl es relatada por Drexler a la familia en ocasión de un festejo de Pésaj, que sitúa en Montevideo, en la calurosa noche otoñal del 15 de abril de 1995. Cuenta los detalles de la reunión, ambientando al lector en imágenes y sensaciones.

En el sexto piso del barrio Pocitos, veíamos a muchos ocupantes de los apartamentos enfrentados, en idéntica celebración. Tras tantos años de escondernos en las habitaciones traseras y de festejar entre murmullos, las voces desaforadas y a veces excesivamente guarangas de los cantantes, expresaban la alegría de poder exhibirse en toda su plenitud [...] ¿Y los vecinos? ¡Por una vez, por esta noche que aguantaran! (205).

Se cuestiona si ese oscilar del péndulo, de un extremo a otro, era el camino correcto. Desde el origen el judaísmo había sufrido ese tipo de fluctuaciones y parecía que, sin importar lo que hiciese, el antisemitismo volvía a surgir al cabo de un tiempo, forzando la emigración. “Difícilmente tres generaciones de judíos hablarán el mismo idioma —decía mi padre, citando al rabino Fritz Winter” (206). Esta reflexión le da pie para desviarse de lo que había anunciado contar y comenzar un recorrido desde los inicios del cristianismo hasta el presente, enumerando las acusaciones que recayeron sobre el pueblo judío. El antisemitismo está presente en forma constante, parece dormitar durante algún tiempo para luego despertar en matanzas y pogromos. Luego de enumerar una gran cantidad de atentados antisemitas ocurridos en las últimas décadas, es comprensible que exija una disculpa del lector, antes de retornar a la atmósfera de la fiesta de Pésaj y retomar la historia de sus tíos.

Gretel era hermana de su madre. Estando en Oruro, ganó la lotería y abrió una confitería danzante, una especie de cabaret, con música en vivo. En Alemania había logrado algunos papeles secundarios como cantante de opereta, pero cuando empezaba a distinguirse, los decretos raciales del Tercer Reich la dejaron fuera del elenco. Varios judíos vinculados al mundo cinematográfico (que aparecen

enumerados) debieron emigrar a causa del nazismo, la mayoría hacia Estados Unidos. Esto dificultaba que Gretel pudiera cumplir su sueño de ser cantante, actriz y bailarina, al menos en Alemania.

En uno de los tantos desvíos de la narración, cuenta la historia del director de cine Kurt Gerron, a quien Gretel pretendía contactar en busca de una oportunidad. Era, además, bailarín, actor de teatro y cabaré. Célebre por sus parodias al régimen, fue deportado al ghetto-campo de concentración de Theresienstadt, donde eran encerrados los judíos de cierta categoría. Una vez allí, colaboró con el nazismo a cambio de privilegios en el campo, dirigiendo el documental que mostraba a los prisioneros realizando actividad deportiva, cultural y de recreación, haciendo creer que se trataba de un alegre campamento de verano. “Patético colaborador de los nazis, Kurt Gerron, víctima de su ego, vendió su alma para que lo dejaran filmar su obra póstuma. Terminó sus días, pese a los ‘privilegios’ prometidos, en Auschwitz” (211).

Su tía logró ser contratada como cantante de opereta en Viena. Cuando la guerra convirtió en urgente la necesidad de emigrar, luego de muchos intentos de obtener el pasaporte, fue reconocida por un sargento de guardia en la comandancia que le pidió que entonara su opereta favorita. Así obtuvo la visa para emigrar, en similares circunstancias que la tía Kate, también cantante de opereta que obtuvo el permiso para viajar a Londres gracias a un admirador, oficial de la Gestapo, que “omitió” examinar a fondo su pasaporte. A poco de retomar la vida de Gretel en Oruro como cantante en su cabaret, el autor se dirige a los lectores para recordarle el lugar y las circunstancias en que estaba llevando adelante la narración:

¿Recuerdan que estábamos en la cena de *Pésaj*, verdad? Era lógico que los concurrentes no se fueran a mantener en silencio durante un relato tan prolongado. Entonces apareció el pesado de siempre, que interrumpió mi relato: —¡Ya sé, ya la estoy viendo, era una especie de Marlene Dietrich interpretando *El ángel azul* o cantando *Lili Marlene*, ante un público de ensimismados indígenas en una *boîte* del altiplano! (212).

Se disgrega en contar algunas de las interrupciones jocosas que recibió. “Me costó bastante tranquilizar a los comensales, tratando de ignorarlos proseguí” (212). Pero volvería a ser interrumpido antes de llegar al final de la historia.

Le tocó el turno a su tío Karl, esposo de Gretel, que al igual que el tío Fritz participó de la Primera Guerra Mundial, en su caso como fotógrafo de reconocimiento a bordo de un monoplano. Antes de comenzar el relato se dirige a los comensales del Pésaj “¡Y presten atención pues, en lo que respecta a espectacularidad, no le va a la zaga a la historia de su exótica esposa!” (214) y a los lectores “De vez en cuando había que elevar el tono de voz, porque hacía calor y el cuento se alargaba” (214). Avanza en la historia, con pizcas de humor, participando al lector de nuevas interrupciones por parte de los oyentes, que incluso quisieron silenciarlo: “¡Basta Günther, por favor, por el amor de Dios! ¿Quién puede creer semejantes historias? [...] Está bien lo de los cuentos, pero lo tuyo es pura fantasía e imaginación [...] ¿Por qué no te dedicás a escribir cuentos?” (216). Se defiende afirmando que los cuentos de inmigrantes suelen superar la ficción:

pónganse a pensar un poco en sus propias familias [...] Son un riquísimo material, con el que se podrían escribir (y se escriben) miles de libros o guiones para películas. Pero esperen, aún no han oído nada, todavía falta lo mejor del cuento. Se hizo el silencio en la mesa, una de las velas chisporroteó hasta apagarse. Entonces proseguí (216).

La historia de Karl resulta increíble, quizás por eso la ambientación previa del autor que parece sugerirle al lector que esta, y quizás parte de las historias narradas durante esa cena de Pesaj, tiene más de ficción que de realidad. Se trata de un espectáculo de magia realizado por el tío en el cabaré de su esposa. El relato avanza lento, en el eterno vaivén que va del festejo familiar en Montevideo, a la intervención de magia en Oruro, que burda y de principiantes, no lograba convencer al público. Con una narración llena de humor, cuenta como una noche el pseudo mago, ante el abucheo del público, decide quedarse e invitar al jefe de policía a subir al escenario. En este punto hace una larga pausa en la historia para contar interrupciones de los oyentes, comentar sobre las bromas entre los judíos, referirse al origen italiano de su esposa y la cantidad de nacionalidades que hay en esas

reuniones. Vuelve a la historia con el siguiente comentario que parece otro guiño sobre lo fantástico de su relato:

Me costó retomar el hilo, tratando de explicar como una persona tan tímida como Karl se había animado a convocar ni más ni menos que a la Autoridad, pero finalmente encontré un argumento plausible: Es que cualquier reacción heroica puede esperarse de un artista frustrado —repuse con suavidad (219).

El jefe de policía estaba borracho, pero fue ayudado a incorporarse por sus compañeros de mesa. Subió al escenario, fue sentado en una silla y luego de un largo tiempo, en que los pases de magia del tío Karl no daban resultados, ocurrió que el párroco empezó a hacer sonar las campanas en protesta del barullo que de allí llegaba en altas horas de la madrugada. Cuando el “hipnotizado” cayó al piso y entre convulsiones empezó a largar espuma por la boca, quedando sus ojos en blanco, los espectadores, horrorizados, comenzaron a acusar al “gringo” de asesino. Fue entonces que sus tíos junto a su hija y el baterista huyeron del lugar y tiempo después se instalaron en Buenos Aires. El resto de la familia en Oruro fue considerada parcialmente culpable por el episodio y sus negocios fueron agredidos. El patriarca de la familia falleció de una hernia, porque en el hospital se negaron a internarlo mientras permanecía internado el jefe de policía. Una vez más se habían convertido en parias, despertando el sentimiento antisemita y debían huir.

Sea como consecuencia de la historia narrada cómicamente por el autor, sea porque ese país no logró despertar en ellos el sentimiento de pertenencia, o porque la idea siempre fue llegar a Uruguay, para que la familia dispersa a causa del exilio pudiera finalmente reunirse, decidieron abandonar Bolivia.

## **7.2. El tío Fritz**

La historia del tío Fritz y las insólitas situaciones que vivió en China, destino que eligió al escapar de Alemania, ocupa un considerable espacio en el libro. Decidió no seguir el rumbo del grupo familiar por considerar que América Latina estaba poblada de peligrosos aborígenes, además era admirador de la milenaria cultura china. El nombre del barco que trasladó a esa parte de su familia y su destino es apuntado por el autor, como en el resto de los casos ya mencionados. Le recuerda

al lector que parte de ese país estaba desde 1937 bajo el dominio de Japón, situación que su tío pasó por alto. En oportunidad de presentarse en la comandancia del ejército de ocupación japonés en Shangai, para reclamar una indemnización como víctima de un accidente de tránsito propiciado por un vehículo militar, fue encarcelado por el solo hecho de ser judío. Luego de unas horas lo enviaron a un campo de concentración donde realizó trabajos forzados durante un año. Este relato es acompañado por la imagen de un croquis que Fritz elaboró y presentó a las autoridades, junto con un zapato aplastado por el borde derecho, fotografías del vehículo involucrado y un pliego con la lista de daños y la consiguiente solicitud de reparación. El autor vuelve a disgregarse, primero mencionando la revolución cubana y luego las discusiones que mantuvo con el tío ante su reclamo hacia los mayores de la familia, por haber demorado hasta el último momento la decisión de emigrar, convencidos de que, por ser alemanes, ellos no serían perseguidos:

Tu experiencia alemana depende de los cuentos de tus padres, eras muy niño y, por consiguiente, incapaz de experimentar el ambiente en el cual vivimos y lo que sentimos en aquellos años [...] Nosotros, los judíos, somos camaleones [...] En cualquier lugar del mundo, doquiera que vivamos, tratamos con tal fuerza de integrarnos que, a veces, nos vamos para el otro extremo (182).

La elección del nombre propio es mencionada por su tío como primera forma de camuflaje, con nombres históricos asociados a personajes heroicos del lugar en donde viven. Como fue mencionado anteriormente, el decreto del Emperador austríaco José II obligaba a la modernización de los nombres judíos, y esto fue aprovechado por los burócratas para exigirles sobornos. Quienes invertían más dinero obtenían apellidos con lindos significados y los que no podían, recibían apellidos de significado poco agradables o peyorativos.

Fritz le mencionó las canciones e himnos de odio que les enseñaban en la escuela, hacia los franceses y los ingleses, que fueron creando la semilla de las guerras. De él logró sacar mucha información en su anhelo de entender cómo pudo pasar una tragedia de tal magnitud en Alemania. Reprochó la emoción de su tío al describir los pasos del entrenamiento de la banda militar que disfrutaba observar junto a sus compañeros frente al cuartel que frecuentaban a diario luego de clase,

sin sospechar que el sonido de ese mismo paso se extendería por Europa anunciando la llegada del nazismo. Participó de la Primera Guerra Mundial por propia voluntad. En la batalla de Marne quedó semienterrado por seis horas luego de una descarga de artillería que le provocó fracturas y la pérdida definitiva en la audición del oído izquierdo. Fue condecorado con la Cruz de Hierro y después de recuperarse volvió al frente, donde luchó hasta que fue tomado prisionero por los ingleses. Luego de ser repatriado reanudó su pasión por los deportes. En este punto el autor se extiende contando cómo en la época del nazismo los deportistas judíos empezaron a ser marginados y expulsados, más tarde muertos en sospechosas circunstancias o en los campos de concentración. Aprovecha a contar los casos particulares de algunos deportistas, como Matthias Sindelar<sup>38</sup> y Walther Bensenman.<sup>39</sup>

Transcurre una larga conversación entre el joven Günther y el tío Fritz mientras transitan por calles de Montevideo. La caminata es muy importante en la literatura y ha sido motivo de investigaciones literarias.<sup>40</sup> La novela *Glosa* (1986) del escritor argentino Juan José Saer, centra la narración en el diálogo de dos amigos durante una caminata por el centro de la ciudad de Santa Fe. Más “populares” en la literatura son las caminatas en solitario. El *flâneur*, paseante sin rumbo, está presente en la poesía de Baudelaire y fue convertido en objeto de interés académico por el filósofo y crítico literario alemán Walter Benjamin. De la caminata con su tío, Drexler recuerda el asombro y perplejidad que le causó conocer las canciones bélicas que enseñaban en los colegios alemanes, incitando el odio hacia Francia e Inglaterra. Fritz las entonaba junto a los compañeros de clase y luego como soldado en la Primera Guerra Mundial. Con el tiempo surgieron canciones de odio hacia los judíos, entonadas por los jóvenes que empezaban a abrazar el hitlerismo, entre los que se encontraban algunos de sus compañeros de deporte. Como ejemplo, cita la

---

<sup>38</sup> Jugador austríaco que en un amistoso contra Alemania se negó a hacer el saludo nazi y festejó un gol frente al palco alemán.

<sup>39</sup> Directivo que participó, entre otras cosas, en la fundación de la Federación de Fútbol Alemán y debió exiliarse por ser judío.

<sup>40</sup> Desde *Caminar*, que reúne un ensayo de William Hazlitt (1778-1830) y otro de Robert Louis Stevenson (1850-1894) coincidentes en un mismo tópico, “el arte de caminar”, se han sumado varios trabajos que analizan el especial vínculo entre la literatura y la caminata.

letra de una de ellas, que exhortaba, de forma directa y clara, al asesinato de los judíos y vuelve a cuestionar a su tío: “Si se hubiera detenido a reflexionar un solo instante hubiera reconocido las mismas canciones —con un ligero sesgo diferente— que había cantado en su infancia y juventud” (193).

Retoma, esta vez desde la percepción de su tío, la necesidad de camuflaje y el rechazo de los judíos alemanes hacia aquellos correligionarios que provenían del Este de Europa, que portaban barbas largas, levitones negros y parecían escapados de la Edad Media, despertando el sentimiento antisemita en el pueblo alemán. “Soy alemán —decía el tío—, practicante de la fe mosaica. Y con esta simple aseveración imaginaba aclarar sus contradicciones y conjurar toda la maquinaria perversa que, no sin temor, veía crecer alrededor suyo” (194). En un largo diálogo, el autor le reprocha a su tío, y al resto de judíos alemanes, haber sido traidores de su propio pueblo.

La imagen del pasaporte, donde se pueden observar las marcas que lo identificaban como judío, acompaña el relato de Fritz, junto a la medalla de la Primera Guerra Mundial, la Cruz de Hierro, que le fue otorgada por “Demostración de valor en el campo de batalla” y exhibió orgulloso frente a las autoridades nazis cuando intentaba conseguir la visa para poder salir de Alemania. Lejos de recibir algún tipo de privilegio, fue ridiculizado. El autor da muestras, una vez más, de su ironía, al mencionar que las leyes nazis le otorgaba algunos beneficios a los judíos que habían tenido un comportamiento heroico en la guerra, mencionando los siguientes ejemplos: “en lugar de Auschwitz, los dirigían al campo modelo de Theresienstadt. En la fila de la muerte ocuparían la retaguardia. ¡Valiente privilegio!” (196).

Al final de la guerra fue liberado de la prisión en Shangai y junto a su esposa se reunieron con el resto de la familia en Montevideo. Sus reclamos por el accidente, debido a la renguera permanente que le quedó como consecuencia, continuó por varios años desde Uruguay, sin mayor resultado. Pudo comprar un apartamento

gracias al dinero por reparaciones del gobierno alemán de Adenauer.<sup>41</sup> Vivió pobre, aunque al fallecer dejó cien mil dólares en un banco que junto al apartamento recibió de herencia un sobrino político ruso que vivía en Israel, casado con una sobrina del fallecido, desconocido hasta entonces por el resto de la familia y de comportamientos reprochables. El autor fue narrando todo lo referente a la historia de Fritz mientras estaba en su apartamento, en custodia de sus bienes, siendo observado por el heredero.

## **8. Entre fantasías y recuerdos: imágenes de infancia**

Un aspecto interesante de la memoria es que no representa un sistema unitario, pues en el proceso el cerebro contacta distintas áreas, funcionando como una red, lo que hace que no recordemos el acontecimiento tal como sucedió en realidad, sino la forma en que fue recordado la última vez que lo trajimos a la memoria. “Más que un arcón donde se guardan las fotografías de lo que nos pasó, la memoria humana parece ser un atril que nos permite garabatear, sobre los trazos del pasado, aquello que imaginamos” (Manes y Niro, 2021: 109).

Este hecho es particularmente evidente cuando se evocan recuerdos de la infancia. Suelen llegar de forma difusa, algunas veces estimulados por medio de imágenes, aromas o sonidos que nos retrotraen a un momento específico, y con frecuencia son condimentados por información que nos llega de los mayores. Es imposible saber qué parte de los recuerdos de la infancia fueron hechos reales y cuáles forman parte de una recreación de la mente que no se ajusta enteramente con la realidad. Conscientes de las limitaciones, los autores comparten entre velos sus recuerdos con el lector.

Fragmentos de la infancia son compartidos por Kroch, advirtiendo sobre la fragilidad de su memoria:

Veo pasar pantallazo tras pantallazo como en la Linterna Mágica. Desdibujados,

---

<sup>41</sup> En 1953 fue aprobada la primera ley de indemnización individual a los sobrevivientes del Holocausto, *ley Federal Suplementaria*, promovida por el canciller de Alemania Occidental, Konrad Adenauer.

sin contornos fijos, los primeros; más claros, los últimos. Algunos hacen sospechar de su autenticidad, justamente por su claridad. De esta manera se me aparece la infancia de entre las tinieblas de días lejanos: un colorido mosaico, disparatado y confuso (28).

Reproduce la forma desordenada en que llegan las imágenes y sensaciones a su mente:

Sucesos insignificantes junto a los de importancia. Un arenero en el fondo de nuestra casa en el sur de Breslau. Un niño de cara redonda y alegre, corte de paje y rubio el cabello, apuesta con otros niños a quién salta más alto. Una cicatriz encima de la espinilla atestigua aún hoy el golpe que me di al caer sobre el borde del balde tirado al hoyo para luego salir corriendo ensangrentado. Nanna, nuestra niñera letona, limpió la herida y la vendó (28).

Recuerda ser muy pequeño y estar en su cuarto sentado por horas en la pelela jugando con cubos, apilándolos unos sobre otros para formar torres. Vislumbra festejos de Navidad y Hánuka, también una representación teatral:

Un telón púrpura de terciopelo se eleva, y en el escenario comparece un paisaje lunar encantador. El malvado hombre de la luna lleva sobre su joroba un pesado atado de leña. Pedrito y Analisa, en camisón, se ven muy pequeños frente a él. Y el escarabajo toca el violín (28).

Fue un niño obediente, que heredó el carácter conciliador de su madre, pero a la vez resuelto y enérgico. Mientras jugaba podía oír la voz de su mamá desde la habitación contigua: “¡Ully, eso no se hace!’ [...] Las más de las veces resultaba que realmente estaba haciendo algo que ‘no se hacía’, por lo que yo admiraba su capacidad de percepción y dejaba de hacerlo” (29).

La curiosidad lo indujo a realizar investigaciones indebidas, sacrificando al oso Teddy de su hermana: “Una vez me dio por cortar el osito de peluche de mi hermana para investigar de qué estaba relleno (¡no había otra cosa que paja!)” (29).

De su padre, que le viene a la mente con contornos poco nítidos, recuerda que trabajaba como viajante para una empresa de confección. Hacían paseos los domingos, a veces visitando a algún familiar. Sus padres hablaban en francés cuando trataban temas que los niños no debían oír, generalmente asociado a problemas de dinero.

Tenía preferencia por un amigo, un año mayor que él, con el que le gustaba jugar a pesar de salir siempre perdiendo, porque era quien ponía las reglas en los juegos.

Soy consciente de que no se puede estar seguro de si un recuerdo es realmente el reflejo directo de una vivencia personal o si uno sólo se imagina lo que otros le han narrado posteriormente y que ha integrado después a su memoria. Probablemente, se mezclan vivencias que uno recuerda con lo que le han hecho recordar (30).

Vuelve a una narración de evocaciones fragmentadas, con reconstrucciones que hace a partir de información que le llega de los mayores:

Dicen que estuve varias veces en Berlín en lo de la tía Mile. Todavía retengo en la memoria su cara bondadosa y llena de arrugas. De Berlín me quedaron solo los recuerdos de un gran puente, desde el cual se observa incontables vías de tren y en la nariz conservo el olor corrosivo de los gases sulfúricos del carbón que despedían las chimeneas de las locomotoras. Debo haber estado en Binz, en la isla de Ruegen, antes de comenzar la escuela. Una cicatriz en la punta de mi nariz es testigo de que tuve allí la varicela y de que no pude dejar de rascarme. La cicatriz es una realidad; la varicela y el rascado pueden haber sido inventados (30).

Suma recuerdos de vacaciones, las diferentes profesiones que había elegido de niño, siempre cambiantes, lo mucho que le gustaba el circo y las aventuras de Crusoe y Ruestig, también su admiración por Federico II, rey de Prusia. Recuerda, incluso, sus incursiones en la escritura:

En aquella época, debía tener algo así como ocho años, comencé a escribir. Al principio poemas para los cumpleaños de mis padres. Más tarde me atreví a escribir cuentos. Uno comenzaba: “Había una vez un hombre muy pobre, que tenía solo un auto...” A lo cual mi madre me hizo ver: “Pero, Uly, nosotros no somos pobres y, sin embargo, no tenemos ningún automóvil”. Se ve que la lógica no era mi fuerte, sino la fantasía (31).

Drexler comienza a describir imágenes que contempla en las fotografías tomadas por su padre cuando estaban a bordo del barco *Patria*. Despiertan en su mente recuerdos sensoriales de aquella experiencia:

Estoy sentado con otros niños en un rincón de la cubierta donde han instalado una gran caja con arena, imitando una playa, en la que jugamos con palitas y baldes. Es evidente que, contemplando la instantánea, se han estimulado

diversas zonas sensoriales de mi cerebro, ya que percibo perfectamente el viento sobre la cubierta que hace volar los granos de arena que arrojamos al aire. Escucho desde lejos el dulce rezongo de mi madre, porque estamos ensuciando la ropa para la cena y siento la humedad de la arena que se escurre por mis dedos, así como el penetrante olor a creolina que satura todos los ambientes del barco (68).

Y a pesar del soporte fotográfico, vuelve a cuestionarse qué tan viciados estarán sus recuerdos de la infancia:

¿Qué son los recuerdos de un niño de cuatro años? Una serie de escenas evocadas, aderezada con relatos de los mayores, escuchados a posteriori. Una mezcla en la que muchas veces es difícil separar lo vivido de lo escuchado en las conversaciones de mis mayores (65).

Luego de este reparo continúa evocándolos:

Recuerdo estar sentado “a caballito” sobre los hombros de un altísimo (¿?) marinero, atravesar largos pasillos iluminados de la nave y luego otros, más oscuros, que me provocaban temor y, en especial, recuerdo las amplias bodegas vacías del barco, donde el miedo me hacía llorar. Como si tuviera la premonición de lo que iba a ocurrir en ese mismo sitio. Recuerdo la sensación de bienestar y alivio cuando el marino me depositaba en brazos de mi madre, y como ella me apretaba contra su seno (65).

Al recordar a su oso Teddy llega a su mente la imagen de la costura que lucía en el vientre, no como consecuencia de la curiosidad por saber de qué estaba relleno, sino producto de haber sido cortado por los aduaneros nazis en busca de dinero o joyas.

Del tiempo en Oruro cuenta sobre la geografía de la ciudad, la casa en que vivían, el alto muro construido en el patio para protegerlos de las avalanchas de piedra provenientes del cerro, la vecina de su edad, los juegos de la infancia trepando montañas, ingresando a la mina San José con la ayuda de los mineros que entonces estaban en una prolongada huelga. Describe el funcionamiento de las lámparas de acetileno con las que ingresaban a la mina para salir del otro lado de la montaña:

Estas lámparas constan de un depósito superior, que contiene agua que gotea al depósito inferior, donde se encuentra el carburo, produciéndose así gas acetileno. Por medio de un conducto el gas se dirige al mechero o quemador,

que se encuentra situado en el exterior, produciendo una llama intensa y muy brillante [...] Aún guardo en las fosas nasales el penetrante olor a ajo, que solamente desaparecía parcialmente al comenzar la ignición (234).

Junto a sus compañeros de juego y aventuras, entablaron una amistad con indios de la etnia Uru Chipayas que mantenían a escondidas de sus padres. Los describe como un pueblo amistoso y los muchachos de su edad les enseñaron a usar arcos, flechas y hondas en las que empleaban una técnica ancestral que pasa a explicar y la compara con la usada por David para derribar al gigante Goliat.

Con un simple trapo formaban una banda cuyo extremo arrollaban en el meñique derecho. Luego formaban con la banda una “U” alargada en cuya parte media depositaban el proyectil. Sostenían el otro extremo de la honda con los cuatro dedos restantes de la diestra y hacían girar a gran velocidad el conjunto, produciendo un agudo zumbido. Al soltar un extremo partía rauda la piedra hacia su blanco (235).

De esas aventuras tomaron conocimiento los padres y tanto él como sus amigos fueron castigados, más que nada por el riesgo que implicaba atravesar la mina para llegar al otro lado de la montaña. Otro recuerdo que quedó marcado en su memoria, quizás por lo impactante, fue el festejo de su noveno cumpleaños que se vio irrumpido por la explosión, ocurrida en el patio de la casa, a causa de unos tanques con ácido sulfúrico que reaccionaron al estar expuestos al sol.

## **9. Desficcionalización**

Considerando las dos ediciones publicadas y la que está en proceso de elaboración,<sup>42</sup> se podría pensar en una especie de evolución del libro de Drexler hacia la *desficcionalización*.<sup>43</sup>

En la primera edición el autor oculta el carácter autobiográfico del texto cambiando el nombre del protagonista y también el de familiares y allegados. Pero hay un momento de quiebre, casi al final, donde el narrador protagonista se

---

<sup>42</sup> Esta información surge de la entrevista realizada al autor que se encuentra en el Anexo I.

<sup>43</sup> El término refiere al proceso de ir despojando al texto de los pasajes y recursos literarios que proponen ciertos desvíos de la base autobiográfica.

identifica como el padre de uno de los hijos del autor, Jorge Drexler. Si bien a poco de empezar el libro había parafraseado los primeros cuatro versos de su canción “730 días” del disco *Vaivén*, es recién sobre el final que se identifica como su padre. Enseguida aparece una fotografía en la que posan juntos, acompañados por su nieto Pablo, frente a la casa de Berlín donde vivió con sus padres antes del exilio. Parece que el esfuerzo por evitar identificarse con el protagonista claudicó frente a su orgullo de padre de ver a uno de sus hijos realizando un concierto en su ciudad natal, donde otrora la familia había sufrido todo el odio del nazismo. O quizás la aparente contradicción, de ocultar su identidad para hacerla evidente al final, sea otro guiño al lector y forme parte del juego de ironías que recorre el libro.

En la segunda edición el autor se identifica abiertamente como el protagonista, confirmando el carácter autobiográfico del libro. Incluso agrega un capítulo de actualización en el que dedica un espacio a la familia. Allí menciona el reciente fallecimiento de su primera esposa y refiere a las actividades profesionales y artísticas que desarrollan sus hijos, la historia detrás de la canción que su hijo mayor dedicó a Bolivia y el deseo que llevó a su actual esposa a convertirse al judaísmo.

Para la tercera edición, que planea hacerla circular solo entre los miembros de la familia, decidió eliminar las partes de ficción, acercando más el texto a su carácter testimonial. Está pensada para que sirva de legado a los nietos que han mostrado interés en la historia familiar. La decisión de que no salga al público está acompañada del deseo de quitarle al libro todo pasaje ficcional, y viceversa. La necesidad de que la descendencia conozca la historia de sus antepasados es compartida por otros sobrevivientes del Holocausto, donde los hijos y nietos parecen ser los principales lectores a quienes van dirigidas sus memorias.

## **10. “De clandestino a ciudadano ilustre”**

Ya cerrando el libro, Drexler vuelve a llevar al lector a la reunión familiar en Berlín donde debatían sobre las posibilidades de escapar de Alemania. Compara aquella realidad de persecución, temor e incertidumbre con un presente inimaginable para entonces. Piensa en su padre y la improbabilidad de que pudiera

soñar con un nieto dando un concierto en Alemania. Se refiere a una presentación de Jorge, en octubre de 2006, en una iglesia protestante de Berlín, la iglesia de la Pasión. Lo vive como un acto de reivindicación y agrega: “¿podía mi padre imaginar que algún día un nieto suyo ofrecería un concierto entre esas paredes, cuyos ladrillos, impregnados por el polvo de los años, todavía llevarían grabados los ecos de la retórica nazi antisemita?” (282). Hace una conexión entre el nombre de la canción que cantaba su hijo, *12 segundos de oscuridad*, y los doce años de oscuridad (1933-1945) que atravesó el país bajo el régimen nazi, cavilando cuántos discursos contra los judíos se habrían pronunciado desde el mismo púlpito donde lo observaba actuar. Continúa con la imagen de la oscuridad y experimenta con el lenguaje para manifestar de forma metafórica la travesía familiar.

Negra oscuridad, terrible y tenebrosa, niebla sucia y tan espesa que bloqueó los oídos, encegueció a los que no querían ver y enmudeció a los que podían haber protestado. Niebla finalmente atravesada por un sonido agudo, como la sirena de un barco que busca orientarse en la tempestad, niebla finalmente perforada por el canto límpido de Jorge y su guitarra. Y aquí estamos, una vez más, en Berlín, en circunstancias tan distintas a las que motivaron nuestro exilio (283).

En la cita anterior está presente la desesperación vivida en Alemania durante el nazismo ante la complicidad de un pueblo que se negó a oír, ver y denunciar los crímenes, también la sensación de libertad representada por la sirena del barco que los alejó del peligro y finalmente la voz de su hijo junto a los acordes de su guitarra disipando definitivamente la niebla de aquel Berlín que ahora los recibe con aplausos.

### XIII – Reflexiones finales

Al final del libro, Drexler presenta una hipotética conversación con su padre fallecido:

—Te cuento, papá Georg, una pequeña historia de los judíos en España, en este caso de Barcelona. ¿Que no te interesa? Espera y verás, ya que en la historia está insertado un bisnieto tuyo, tu primer bisnieto al que no llegaste a conocer. Pero estoy seguro que este cuento verídico te hubiera encantado (285).

En ese diálogo ficticio con su padre, comienza un recorrido por la historia de los judíos en España, que parte de la expulsión de Castilla y Aragón en 1492, para contrastarlo con el presente. Le cuenta que uno de sus bisnietos será circuncidado en la sinagoga de la Comunidad Israelita de Barcelona que fuera profanada por los fascistas apenas terminada la guerra civil española. Anota una posible respuesta de su padre, producto de su fantasía que va tomando forma de diálogo: “No te apures a regocijarte —hubiera dicho seguramente mi padre, siempre cauto y atento a los vaivenes de la historia” (286). Le da la razón, mencionando los atentados antisemitas contra las sinagogas en la actualidad y recordando la frase de su abuelo Samuel “Siempre habrá algún loco suelto con un bate de béisbol” (286). Continuando el diálogo con su padre, le cuenta que el rey de España Juan Carlos le concedió la Orden de Isabel la Católica a su nieto Jorge, la reina que había expulsado a los judíos de la península ibérica, y en Montevideo recibió la distinción de ciudadano ilustre, bromeando con cambiar el título del libro por *De clandestino a ciudadano ilustre*, aludiendo a lo antagónico del hecho con la forma ilegal en que la familia ingresó al país. Vuelve a expresar una posible respuesta de su progenitor: “Nada nuevo —diría mi padre—, la historia en general y la de los judíos en particular es como una hiladora mecánica, en un constante vaivén de ida y vuelta” (287).

En el apéndice, reflexiona sobre las consecuencias del nazismo y las profundas huellas que ha dejado en los sobrevivientes del Holocausto judío, a tal punto que se habla del síndrome post Holocausto, que afecta no solo a los sobrevivientes, sino

también a sus descendientes. “La literatura es pródiga en textos —utilizando terminología médica— que analizan la etiopatogenia, el estudio clínico y las secuelas de este siniestro azote” (289).

Las cincuenta personas que conformaban su familia berlinesa tuvieron diferentes destinos: algunos fueron internados en campos de concentración, otros permanecieron ocultos durante años y el resto, unas veinte personas entre las que se encuentra el autor, emigraron. “Prácticamente la mitad fue exterminada en los campos. Uno de cada dos. Alguien tiró al aire una moneda: cara o número” (289). Al afirmar que recordar es obligación de quienes se salvaron, no para reavivar viejas heridas, sino para evitar que vuelva a suceder, recurre a los primeros versos de uno de los poemas clásicos de la literatura española y universal, *Coplas a la muerte de su padre* de Jorge Manrique, considerado un precursor del Renacimiento que despertó la admiración de muchos autores posteriores, especialmente del Siglo de Oro español: “recordar el alma dormida, avivar el seso y despertar”<sup>44</sup> (289). Reafirma la idea mencionando la conocida frase “el que no conoce la historia, está obligado a repetirla” (290), que le atribuye a Arnold J. Toynbee.<sup>45</sup> La repetición la ve en las matanzas en África Central y en el Sudán, las masacres de Darfur, la limpieza étnica en los Balcanes y el intento de conseguir armamento de exterminio masivo por parte de potencias y del terrorismo.

Elizabeth Jelin cuestiona la idea de que aprendemos del pasado, “implícita en el sentido común que guía la acción política de quienes proponen las consignas ‘Recordar para no repetir’ o ‘Nunca más’” (2002: 122), porque entiende que recordar no es solamente acumular conocimientos, como si fuesen piezas sueltas que se pueden apilar, sino que tienen sentido solamente en marcos interpretativos

---

<sup>44</sup> Se trata de una referencia casi exacta de los primeros dos versos del poema “Recuerde el alma dormida, / avive el seso y despierte”.

<sup>45</sup> Fue un historiador y filósofo británico que tuvo mucha fuerza en las décadas del 40 y 50. Estableció una teoría sobre el desarrollo de las civilizaciones en su conocido libro de doce tomos *Estudio de la historia*. Su influencia política fue tal que, en una visita a Berlín para dar una conferencia en la Sociedad de Derecho Nazi, mantuvo una entrevista privada con Hitler, a pedido de este y con el propósito de obtener cooperación británica en su objetivo expansionista. Toynbee accedió a servirle de intermediario. Fue curiosa también su postura cambiante en relación al sionismo, primero apoyando un Estado judío y luego posicionándose a favor de los palestinos.

socialmente compartidos. El mero conocimiento del pasado no evita su repetición. Pruebas de ello sobran, solo tomando el tiempo transcurrido desde la Gran Guerra hasta nuestros días. La ausencia del marco interpretativo puede formar parte de la explicación, pero también el miedo que surge como respuesta a la asociación entre la memoria y el trauma.

Pensadores como Elías Canetti<sup>46</sup> y Oliver Sacks<sup>47</sup> son mencionados por el autor al intentar entender cómo los principios de la propaganda de Goebbels lograron ser tan efectivos, al extremo de manipular al “culto” pueblo alemán. Hace referencia a temas como el avance del fundamentalismo en varias religiones, también dentro del judaísmo, y la negación del Holocausto. Finaliza con un capítulo de actualización, respecto a la primera edición del libro, donde cuenta sobre la visita junto a su esposa a Auschwitz, sigue con una puesta a punto en temas de geopolítica en relación a los judíos y al Estado de Israel, agrega el apartado sobre la familia (antes mencionado) y promete un próximo libro que titulará *Un Judío del siglo XXI*, donde tratará el tema de la diversidad en su familia en la que conviven en armonía judíos y católicos.

Por su parte Kroch, al final del libro, comparte reflexiones sobre política, dictadura y sociedad, catalogando de milagro que un cuarto de la población haya demostrado coraje civil al firmar el referéndum contra la amnistía militar. Lo entiende como el resultado de una conciencia democrática muy arraigada y el modo de vida del uruguayo, más libre y espontáneo que el de los alemanes, aunque tiene como contrapartida descuido, desorden e impuntualidad. Hace un balance sobre su vida, lo positivo y negativo que dejó su lucha como obrero y sindicalista. Pone de manifiesto ese revivir del trauma ante la ocurrencia de sucesos en Uruguay que

---

<sup>46</sup> En su libro *Masa y poder* el alemán, Premio Nobel de literatura, explica que el accionar grupal es diferente a la suma de voluntades individuales de sus integrantes. El comportamiento del individuo se transforma cuando está inmerso en una masa. “Una meta, que está fuera de cada uno y que coincide en todos, sumerge las metas privadas” (26).

<sup>47</sup> El neurólogo y escritor británico de origen judío, en su libro *Musicofilia: relatos de la música y el cerebro*, analiza la influencia de la música sobre el cerebro humano y el poder casi irresistible del ritmo “en los desfiles militares donde sirve para encauzar y coordinar el movimiento y para crear un entusiasmo colectivo y quizá marcial” (158).

encontró muy similares a los ocurridos en Alemania durante el nazismo e intentó advertir del peligro:

A nosotros, hijos de dos mundos, se nos despertaron los recuerdos. La época del ascenso al poder del nacionalsocialismo; paralelismo, pero también grandes diferencias. Feva y yo pudimos explicarles a los vecinos, por propia experiencia, lo que pasa cuando se retrocede ante la presión de los fascistas [...] Nosotros sabíamos y se lo explicábamos a los vecinos, que el miedo lleva justamente a lo que uno intenta impedir. Pero de nuestros diálogos puerta a puerta pudimos aprender más de lo que nosotros mismos podíamos enseñar (199).

Medita sobre las enseñanzas que le dio el mundo, en especial la dictadura uruguaya y el fracaso de la RDA, que reafirmaron en él, un sobreviviente de persecución, encierro y tortura bajo el poder de Hitler, la importancia de la libertad personal y colectiva, y lo indispensable de la democracia para edificar una sociedad con justicia social. Cuestiona la inequidad de la distribución de la riqueza, la desigualdad social, las guerras y los asesinatos masivos de las superpotencias. Entiende que cada uno, desde su lugar, debe tomar parte y no quedarse solo como espectador. Producto de este “tomar parte” es su obra literaria.

En sus viajes a Alemania realiza giras junto a su compañera, Feva, leyendo pasajes de su autobiografía y dando charlas, recordando a las generaciones jóvenes el oscuro tiempo de sus abuelos, del nazismo, y transmitiendo esperanzas en los gobiernos progresistas del continente latinoamericano. A modo de despedida:

Creo no haber vivido en vano. Siempre habrá de permanecer algo de lo que uno deja. En cuanto a mí, permanecerá alguna estructura de acero, que seguramente se oxidará con el tiempo, pero antes habrá servido para esta o aquella producción útil. O un par de palabras que tuvieron resonancia en esta o aquella persona y podrán influir a terceros. Quizá permanezca algo de mi modo de ser o de mi ejemplo en mis hijos. Es difícil adivinar qué es lo que permanecerá. Pero es un consuelo pensar que algo quedará (206).

## **XIV – Conclusión**

Los textos autobiográficos del corpus, que claramente pertenecen a la llamada Literatura del Holocausto, presentan algunas particularidades que los diferencia del resto de relatos de sobrevivientes del nazismo exiliados en Uruguay, que adoptaron al país como su nueva patria. Entre las características de esta literatura que menciona Andrea Blanqué en su tesis *El texto como cicatriz. Escritos y palabras de sobrevivientes de la Shoá que publicaron en el Río de la Plata*, se destacan el poseer un contenido didáctico y claridad de estilo, la renuncia a la ficción y la profusa presencia de paratextos.

El contenido didáctico está presente en los libros de los autores estudiados. Se observa en sus propias experiencias de vida, inmersas en momentos de trascendencia histórica y complementadas con reflexiones e información extra que indica el prelude de los acontecimientos y sus desenlaces. La profusión de paratextos es notoria en Drexler, no tanto en Kroch que solo agrega, a mitad del libro, algunas fotografías de su persona y de familiares.

En cambio, los hechos que van relatando no suelen respetar el orden cronológico en que fueron sucediendo. Presentan constantes saltos en el tiempo hacia diferentes momentos del pasado, incluso del futuro. Si bien en el texto de Kroch estos saltos suelen ser advertidos iniciando un capítulo diferente, en Drexler son permanentes y ameritan en algunos momentos la recapitulación del autor que, consciente del peligro, intenta evitar que el lector pierda el hilo de la narración. Este último, incorpora en su libro una ficción que señala como tal y otras que aparecen sugeridas. Ambos eligen ubicar el inicio del relato décadas después de finalizada la Segunda Guerra Mundial, lejos de los horrores del Holocausto. Todas estas son estrategias narrativas que buscan resaltar lo importante y determinante que fue en sus historias de vida la rememoración del trauma ante los acontecimientos ocurridos durante la dictadura uruguaya, que avivaron en ellos el miedo infundido por el

nazismo, provocando en sus mentes un rumiar constante frente a una nueva realidad de autoritarismo.

Podría decirse que la característica más destacada de estos relatos, que los diferencia del resto, es que mencionan la dictadura cívico-militar uruguaya. No solo la mencionan, sino que los autores comparten sus experiencias dentro de ese contexto de terrorismo de Estado y las comparan con lo ocurrido décadas atrás en la Alemania del Tercer Reich. En el caso de Kroch, debido a su militancia dentro de partidos comunistas en ambos países, proporciona, además, información sobre las actividades de resistencia y lucha en las que participó.

Al compartir las dificultades burocráticas que debieron enfrentar —tanto ellos como sus familiares— en distintas embajadas para poder alejarse del nazismo, dan cuenta de las medidas migratorias que imponían el cierre de frontera, especialmente en la mayoría de los países latinoamericanos. Tanto fue así, que la llegada al país de los protagonistas sucedió de forma ilegal y permanecieron por algún tiempo viviendo como indocumentados. Las primeras impresiones al llegar a Uruguay y el proceso de adaptación en la nueva sociedad, aparecen mencionados de forma más o menos profunda. En el caso de Kroch, narra su experiencia personal, en el caso de Drexler agrega, además, la experiencia de sus padres.

El doble exilio es una singularidad por sí mismo. El refugio en el que lograron arraigarse y formar una familia se convirtió en una amenaza. La elección del nuevo destino se vio atravesada por la rememoración del trauma, que fue determinante en la decisión de volver o no al país que los persiguió, expulsó y asesinó a parte de sus familiares en el pasado; y de descartar o no la opción de vivir en un país donde el Estado tiene segregada a una parte de su población.

Se trata de autobiografías de sobrevivientes del nazismo exiliados en Uruguay, pero también de experiencias de vida durante la dictadura cívico-militar uruguaya que los empujó a un nuevo exilio. Se trata de memorias y traumas de testigos de terrorismos de Estado, que aprendieron que recordar no es suficiente para que la violencia no vuelva instalarse. Se trata de una literatura híbrida, de autores que se

valieron de recursos literarios para contribuir a generar *conciencia*, apelando a que sea esta la que, quizás, pueda evitar la instauración de nuevas tiranías.

## XV – Bibliografía

- Alberca, M. (2009). “El pacto ambiguo. De la novela autobiográfica a la autoficción” en *UNED. Revista Signa 18*, pp. 393-395.
- Arendt, H. (2003). *Eichmann en Jerusalén*. Barcelona: Lumen.
- Avila, M. (2019). “El exilio en el Cono Sur: acercamientos a un problema siempre vigente”, en Dossier: *Pensar en Chile 1973-1990*. Vol. 10 n.º Especial, setiembre, pp. 155-179.
- Bajtín, M. (1989). *Teoría y estética de la Novela*. Madrid: Taurus.
- . (1999). *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI.
- Bek, M. (2016). *Una voz para la memoria*. Montevideo: Planeta.
- Bermann, S. (1994). “Sociedad, psicología y tortura en América Latina”, en Autores Varios. *Efectos psicosociales de la represión política. Secuelas en Alemania, Argentina y Uruguay*. Córdoba: Goethe-Institut.
- Blanqué, A. (2020). *El texto como cicatriz. Escritos y palabras de sobrevivientes de la Shoá que publicaron en el Río de la Plata. Ana Vinocur, Jacobo Polakiewicz, Chil Rajchman, José Schicht, Jack*. Montevideo. [Tesis de Maestría, UdelaR]. Disponible en:  
<<https://www.colibri.udelar.edu.uy/jspui/bitstream/20.500.12008/30538/1/Tesis%20Maestr%c3%ada%20Andrea%20Blanqu%c3%a9.pdf>>.
- Borges, L. (2024). *Nazis en Uruguay 1922-1942*. Montevideo: Ediciones B.
- Canetti, E. (1981). *Masa y poder*. Barcelona: Muchnik Editores.
- Carrasco, J. C. (2010). “In Memoriam: Profesor emérito Juan Carlos Carrasco. Psicología Crítica Alternativa, Psicología Crítica y exilio”, en *Psicología, Conocimiento y Sociedad 1*, mayo, pp. 113-144.
- Coraza, E. (2020). “¿De qué hablamos cuando nos referimos a las movilidades forzadas? Una reflexión desde la realidad latinoamericana”, en *Estudios Políticos*, n.º 57. Universidad de Antioquia: IEP, pp. 128-148.
- Decreto 17/1933. *Decreto del Presidente del Reich para la Protección del Pueblo y del Estado (Decreto del Incendio del Reichstag)*. 28 de febrero de 1933.

- Disponible en: <<https://molinodeletras.org/el-incendio-del-reichstag/>>.
- . 622/1973. *Sindicatos. Regulación. Derechos gremiales*. 10 de agosto de 1973. Disponible en: <<https://www.impo.com.uy/bases/decretos/622-1973/29>>.
- De Gobineau, J. A. (1937). *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*. Barcelona: Apolo.
- De Man, P. (1991). “La autobiografía como desfiguración”, en *Suplemento Anthropos*, n.º 29. Barcelona, pp. 113-118.
- Derrida, J. (1971). “Firma, acontecimiento y contexto” en *Congreso Internacional de Sociedades de Filosofía de lengua francesa*, tema La Comunicación. Trad. C. González Marín. Montreal.
- Drexler, D. (2015). *Tres tiempos*. Montevideo: MS2 Productora.
- Drexler, G. (1998). *El Monstruo de la Laguna Negra*. Montevideo: Melibea.
- . (2007). *La caída de la ominosa casa de la calle Ramón Anador*. Montevideo: Cantalao ediciones.
- . (2015). *El largo camino del retorno*. Montevideo: Edición del Autor.
- . (2018). *¿Como el Uruguay no hay! (no hay cómo llegar)...* (2.a ed.) Montevideo: Edición del Autor.
- Doubrovsky, S. (1977). *Fils*. París: Galilée.
- Estrázulas, E. (2014). *Pepe Corvina*. Montevideo: Editorial Sudamericana.
- Freud, S. (2013). *La interpretación de los sueños*. Madrid: Ediciones Akal.
- Gusdorf, G. (1991). “Condiciones y límites de la autobiografía” en *Suplementos Anthropos*, n.º 29. Barcelona, pp. 9-17.
- Halbwachs, M. (2004). *Memoria colectiva y memoria individual*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.
- Hazlitt, W. y R. Stevenson. (2018). *Caminar*. Madrid: Nórdoca.
- Hirsch, M. (2015). *La generación de la posmemoria. Escritura y cultura visual después del Holocausto*. Madrid: Carpe Noctem.

- Hitler, A. (2003). *Mi lucha*. Jusego. Disponible en:  
<<https://ia601609.us.archive.org/30/items/MiLucha/milucha.pdf>>.
- Hochman, N. (2018). “El origen del exilio. Una genealogía posible”, en *Tram[p]as de la comunicación y la cultura*, n.º 83, abril-septiembre 2018. Disponible en: <file:///C:/Users/lomar/Downloads/admin,+T83+-+Hochman+(FINAL).pdf>.
- Homero. (2007). *Odisea*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Jacob, R. (1995). *La valija del tío Hugo*. Montevideo: Arpoador.
- Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI.
- Kroch, E. (1987). *Südamerikanisches Domino*. Wuppertal: Peter Hammer Verlag.
- . (1988). *Crónicas del Barrio Sur*. Montevideo: Banda Oriental.
- . (1991). *Uruguay zwischen Diktatur und Demokratie*. Frankfurt: Dipa-Verlag.
- . (1993). *Los alemanes del milagro y los otros*. Montevideo: Banda Oriental.
- . (1999). *Ilusiones, frustraciones y esperanzas de la izquierda*. Montevideo: Vintén.
- . (2000). *El camino a Sisikon: geografías humanas*. Montevideo: Banda Oriental.
- . (2001). *El desafío de la globalización ¿proceso forzoso o gobernable?* Montevideo: Banda Oriental.
- . (2008). *De años oscuros: alumbrando recuerdos*. Montevideo: Banda Oriental.
- . (2011). *Patria en el exilio. Exilio en la patria. Recuerdos de Europa y Latinoamérica*. Montevideo: Banda Oriental.
- . (2012). *Reencuentro y otros desencuentros*. Montevideo: Banda Oriental.
- LaCapra, D. (2005). *Escribir la historia, escribir el trauma*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Lejeune, P. (1994). *El pacto autobiográfico y otros estudios*. Madrid: Gatafe.
- . (2004). “El pacto autobiográfico, veinticinco años después”, en *Autobiografía*

*en España, un balance: actas del congreso internacional celebrado en la Facultad de Filosofía y Letras de Córdoba del 25 al 27 de octubre de 2001*, María Hermosilla y Celia Fernández (dir.), pp. 159-172.

Levi, P. (2002). *Si esto es un hombre*. Barcelona: Muchnik Editores.

Ley n.º 8868/1932, 19 de julio, carpeta n.º 814, repartido n.º 614 de diciembre de 2007, en *Migración*. Montevideo, pp. 46-48. Disponible en: <<https://legislativo.parlamento.gub.uy>>.

— 25/1933. *Ley Habilitante*, del 24 de marzo. Gobierno alemán del Tercer Reich. Disponible en: <[https://zaguan.unizar.es/record/12744/files/TAZ-TFM-2013-1011\\_ANE.pdf](https://zaguan.unizar.es/record/12744/files/TAZ-TFM-2013-1011_ANE.pdf)>.

— 34/1933. *Ley para el Restablecimiento de la función pública profesional*, del 7 de abril. Gobierno alemán del Tercer Reich. Disponible en: <[https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/b/bf/RGBL\\_I\\_1933\\_S\\_0175.png](https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/b/bf/RGBL_I_1933_S_0175.png)>.

— 89/1934. *Ley sobre la jefatura del Estado Alemán*, del 2 de agosto de 1934. Berlín: Ministerio del Interior del Reich. Disponible en: <[https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/e/ef/Deutsches\\_Reichs\\_gesetzblatt\\_34T1\\_089\\_0747.jpg](https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/e/ef/Deutsches_Reichs_gesetzblatt_34T1_089_0747.jpg)>.

— 9604/1936, 13 de octubre, carpeta n.º 814, repartido n.º 614 de diciembre de 2007, en *Migración*. Montevideo, pp. 49-51. Disponible en: <<https://legislativo.parlamento.gub.uy>>.

Loureiro, Á. (2001). “Autobiografía: el rehén singular y la oreja invisible”, en *Anales de Literatura Española*, n.º 14. Madrid: Biblioteca Virtual Cervantes.

Manes, F. y M. Niro. (2021). *Ser humanos. De dónde venimos. Quiénes somos. Hacia adónde vamos*. Buenos Aires: Planeta.

Manrique, J. (sin fecha). *Coplas a la muerte de su padre*. Madrid: Biblioteca Virtual Cervantes. Disponible en: <[https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/obra-completa--0/html/ff6c9480-82b1-11df-acc7-002185ce6064\\_5.html](https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/obra-completa--0/html/ff6c9480-82b1-11df-acc7-002185ce6064_5.html)>

Musitano, J. (2011). “Una escritura autoficcional”, en *Cuadernos de Intercambio Rosario-Río de Janeiro Vol. IV*. pp. 81-87. Disponible en: <[https://www.academia.edu/12000098/Una\\_escritura\\_autoficcional](https://www.academia.edu/12000098/Una_escritura_autoficcional)>.

- Nilus, S. (2005). *Los protocolos de los sabios de Sion*. México: Lectorum.
- Olney, J. (1991). "Autobiography and the Cultural Moment: A Thematic, Historical, and Bibliographical Introduction", en *Autobiography: Essays Theoretical and Critical*. New Jersey: Princeton.
- Rajchman, C. (1998). *Un grito por la vida*. Montevideo: Banda Oriental.
- Rico, Á. (Coord.). (2008). *Investigación Histórica sobre la Dictadura y el Terrorismo de Estado en el Uruguay (1973-1985)*, Tomo II. Montevideo: Udelar. Disponible en: <<http://www.geipar.udelar.edu.uy>>.
- Rilke, R. M. (1998). "Infancia", en *Nuevos poemas I*. Madrid: Hiperión.
- Rodríguez, F. (2000). "El género autobiográfico y la construcción del sujeto autorreferencial", en *Filología y lingüística XXVI* (2), pp. 9-24. Disponible en: <<https://revistas.ucr.ac.cr>>.
- Rosencof, M. y E. F. Huidobro (2018). *Memorias del calabozo*. Montevideo: Banda Oriental.
- Sacks, O. (2015). *Musicofilia: relatos de la música y el cerebro*. Barcelona: Anagrama.
- Saer, J. J. (2013). *Glosa*. Barcelona: Seix Barral.
- Salmoni, R. (2013). *He derrotado a Hitler*. Almería: Confluencias.
- Saramago, J. (30 de marzo de 2002). "Saramago: 'Palestina es como Auschwitz'". *BBC*. Disponible en: <[http://news.bbc.co.uk/hi/spanish/misc/newsid\\_1902000/1902254.stm](http://news.bbc.co.uk/hi/spanish/misc/newsid_1902000/1902254.stm)>
- Toynbee, A. (1994). *Estudio de la historia*. Madrid: Alianza Editorial.
- Twain, M. (1916). *El forastero misterioso*. (Doris Rolfe, trad.). Madrid: Anaya (edición del 2001).
- Vinocur, A. (1978). *Un libro sin título*. Montevideo: Ediciones Ciencias.
- Weintraub, K. (1991). "Autobiografía y conciencia histórica", en *La autobiografía y sus problemas teóricos*. Barcelona: Suplementos Anthropos, pp. 18-32.

## Anexo I – Entrevista a Günther Drexler

17 de abril de 2023

*¿Recordás cuándo comenzó tu interés por la escritura? ¿Qué fue lo primero que escribiste?*

Empecé a escribir cuentos de La Paloma. Podemos decir que empecé a escribir en los 90' cuentos y después libros. Los cuentos se iban haciendo largos y algunos se convirtieron en libros. El primer libro que escribí fue un libro de cuentos, *El monstruo de la laguna negra*.

*Ese libro y la novela sobre el exterminio de los charrúas, “La caída de la ominosa casa de la calle Ramón Amador”, fueron publicaciones anteriores. Entonces, “Como el Uruguay no hay” ¿fue un tipo de narrativa más que quisiste explorar, o la idea de hacer la autobiografía siempre estuvo?*

Mirá, ninguno de esos cuentos es autobiográfico o tienen relación con mi origen. Cuando yo me separé de Lucero. Por supuesto, ella no era judía, pero se convirtió. Era una época previa, una época de allá por los 60', en la cual no se veía con buenos ojos que un judío se casara con una cristiana o viceversa. Pero ella se convirtió. Pero mi judaísmo era muy superficial. Iba dos veces al año a la sinagoga, en Año Nuevo y Yom Kipur [Día del Perdón]. Después conocí a Carmen y en ese momento dije: —Mirá, en la época que me casé con Lucero era necesario que ella se convirtiera, pero contigo ya no tengo esa necesidad— y Carmen me dijo: —No, no es tu necesidad, es mí necesidad—. Yo le dije: —Dejate de embromar, yo no te voy a acompañar a la NCI [Nueva Congregación Israelita]—. Entonces ella se hizo acompañar por un amigo nuestro, Jaqui Amzallag, que la llevó a la sinagoga para presentarla al rabino. Para hacer la conversión, ella tenía que estudiar durante dos años. —No solamente tiene que venir ella, tiene que venir con el marido—. Entonces, hubo un acercamiento.

*¿Hacia el judaísmo, a través de ese interés de ella?*

Sí, sí. A medida que iba avanzando en las clases, dije: —yo lo que tengo que hacer es recordar mi vida y tratar de hacer un libro con eso—. Porque los judíos sentíamos tanto dolor por el Holocausto que no queríamos hablar de eso, evitábamos hablar de eso, era un dolor tan terrible. Yo dije: —bueno, ahora voy a escribir un libro—. Y empecé a escribir el libro. Me di cuenta de que para escribir bien un libro sobre mis orígenes yo tenía que viajar. Y aproveché la estancia acá de un profesor famoso que vino al Hospital de Clínicas. Daba conferencias. Él solamente hablaba alemán y necesitaba un traductor.

*¿Pero, y eso fue antes de conocer a Carmen o después?*

Fue antes.

*Veo que en el libro hay muchas imágenes que agregás y también fotografías, muchas son fotografías familiares. ¿El contacto con las fotografías ayudó un poco a la memoria o no era necesario?*

Mis padres no hablaban del Holocausto y cuando empezaron a hablar me produjo un impacto tan espantoso que yo juré que no quería saber nada con Alemania

*¿Eras adolescente cuando ellos empezaron a hablar?*

En aquella época yo tenía 16 años y rechacé un ofrecimiento que hizo el gobierno alemán, de un dinero mensual. Yo lo rechacé y no lo acepté nunca. Los alemanes, en la época de Adenauer, dijeron que estaban arrepentidos de lo que habían hecho y empezaron a indemnizar a los judíos por lo que habían perdido. Mis padres empezaron a recibir mensualmente una cantidad de dinero que les permitía vivir bien. Yo no recibía nada.

Ya te digo. Para empezar a escribir sobre mi vida tenía que tener contacto personal con ese lugar. Y aprovechando al profesor austriaco que estuvo acá, le dije: —me gustaría ir a Austria a trabajar con usted—, sobre todo para especializarme en cirugía de oído, que era lo que yo quería y acá no tenía posibilidades de eso, porque no me daban pelota. Y bueno, estuve en Austria durante tres o cuatro meses, trabajando con él, y la relación con Schwab fue

excelente. De tal forma que, más adelante, en el año 1990, hizo una gira por Estados Unidos y me llamó para que yo dirigiera el servicio.

*Empezás a narrar el libro en esa ubicación, en Austria, el 20 de junio del 73', una semana antes de la dictadura, no sé si es por casualidad o no. Si bien en el libro están presentes Alemania y Uruguay, porque son el punto de partida y el punto de llegada. ¿Por qué elegir Austria?*

Claro, pero vos me preguntaste si ya estaba casado con Carmen, pero no, Lucero estaba acá y al poco tiempo se fue a Austria para estar conmigo.

*Entonces, empezaste el libro en Austria, en esa ubicación. ¿Por qué?*

Tuve contacto con los alemanes y en el hospital tenía buenos amigos, pero que siempre drenaban el asunto del judaísmo, y las autoridades eran gente mayor que habían estado bajo el régimen nazi y mantenían un antisemitismo bastante evidente. Yo fui a Alemania en el año 76'. Igual, esa no fue la primera vez, porque en el 75' [1995] nos llegó una invitación para estar un mes en Alemania, para hacer un recorrido, a los que habíamos nacido en Berlín.

*¿Y eso no fue después?*

Ay, me olvidé

*No importa, está en el libro.*

Está en el libro la fecha. En el libro hay una foto. Vamos a no jugar con las fechas porque yo ahora tengo 88 años.

*¿Por qué el cambio de nombre en la primera edición? En la primera edición el protagonista no se llama Günther, se llama Klaus, y hay algún otro personaje que también aparece con el nombre cambiado.*

Porque en la segunda edición quise ir a la verdad.

*¿Por qué en la primera el cambio de nombre?*

Porque todavía tenía mis reservas, también cambié el nombre de mis padres. En la segunda edición fui directo al grano.

Mi admiración por Adenauer había bajado, en algún momento. Acá los judíos que recibían plata hicieron casas en Pocitos y entonces lo empezaron a llamar barrio Adenauer, pero después nos enteramos de que, al mismo tiempo que hacía las reparaciones a los judíos, Adenauer cancelaba los juicios a los nazis. Eso fue en el año, espero no equivocarme, en el '68. De manera que todos los nazis fueron declarados inocentes y empezaron a ocupar los cargos de Gobierno. Eso fue lo que ocurrió, por un lado, el gesto por los judíos, por el otro lado, ese otro gesto.

*Supongo que has leído autobiografías de otros sobrevivientes del Holocausto.*

Leí sí.

*La mayoría eligen un orden cronológico y se centran en el Holocausto. En tu libro está también el tiempo vivido en Uruguay, Bolivia estuvo antes y después la dictadura. Un montón de información que no es habitual en autobiografías que hablan sobre el Holocausto. ¿Tuviste en cuenta esas lecturas antes o simplemente quisiste escribir tu historia?*

El libro se fue escribiendo. Yo no quiero decir que lo escribí durante muchos años, pero el tema de dictadura no lo quise evitar.

*En el libro hay por lo menos dos historias que son ficcionales y las presentás como tales. Una es La Carta y otra es la historia del tío-mago en Bolivia. ¿Por qué intercalar esas historias?*

Mirá, yo estoy trabajando con el libro todavía. Estamos haciendo una tercera edición, actualizada (ya la segunda está bastante actualizada) y he eliminado *La Carta*.

*¿Por qué?*

Porque me pareció que el libro no necesitaba una ficción y eliminé *La Carta* en esta tercera edición que todavía estoy trabajando con Valeria.

*En la escritura tanto de la primera, la segunda edición y ahora la tercera. ¿Has tenido apoyo familiar, ayuda, o ha sido medio solitario el proceso?*

La familia ha aceptado el libro. No lo han discutido. Quizás no lo han leído bastante.

*Jorge compuso una canción, Bolivia, que es una especie de agradecimiento al único país que les abrió las puertas. Eso es lo que les permitió salvarse. ¿Qué emociones te generó saber que él se interesó y compuso una canción?*

Sí. La canción esa agradece a Bolivia y tendría que haber... Eso está en la tercera edición, analizado, porque Bolivia tenía un gobierno que era pronazi. No aceptó la venida de judíos por ser benefactor, tenía uno de los magnates mineros, había tres, este se llamaba Moritz Hochschild. Y hay dos bolivianos que hace poco sacaron un libro que se llama *Regreso a los Andes*. Se comunicaron conmigo porque se enteraron de la distancia, en mi libro. El libro *Regreso de los Andes* tiene una parte de mi libro, insertada.

*¡Ah! Me interesa, especialmente la parte donde está citado tu libro. ¿Entonces, ellos aclaran que por un lado el Gobierno ayudó, pero por otro lado era pronazi?*

Lo que pasa es que Moritz Hochschild era uno de los dominantes de la minería boliviana. Y encaró al presidente y le dijo: —Mirá, necesitamos traer judíos—, y trajeron cerca de doscientos mil.

*¿Para trabajar en las minas?*

No, no. Claro, teóricamente. Hochschild dijo —yo los voy a hacer trabajar en las minas—, pero los judíos cuando llegaron se esfumaron. Mi padre abrió un negocio en la ciudad de Oruro. Nosotros fuimos a un colegio, Anglo American School. Yo, que hablaba solamente alemán hasta los 4 años, después aprendí inglés y el tercer idioma fue el español. Con el español tuve muchas dificultades cuando llegué acá al Uruguay. Pero te das cuenta de que con el tiempo mi español fue mejorando, de tal forma que lo convertí en... Mi el libro está escrito en español. Y te digo que mi español, quizás hasta hace algunos años, era superior al que tengo ahora. Yo te digo, tengo casi 90 años y alguna de las cosas se me van borrando.

*Pero es perfecto tu español. ¿Si tuvieses que hablar en alemán te genera alguna dificultad o no?*

No, hablo bien alemán. Con Carmen, cuando hicimos el viaje a Europa, estuvimos en Berlín. Y Carmen quedó asombrada, porque yo hablé con el taxista, que era un turco nacido en Alemania, hablaba alemán perfecto. Era un musulmán,

pero nos hicimos tan amigos que durante todo nuestro viaje el musulmán era nuestro chofer. El problema mío con el alemán es escribirlo, porque no fui al colegio, me fui con 4 años. Pero yo leo en alemán. Y ahora, en este momento, estoy haciendo una traducción de mi libro al alemán, para ser publicado en Alemania. Hay una revista alemana que está en contacto conmigo, que se llama *Aktuell*. Tengo la revista por ahí.

*Tu hijo Daniel publicó un libro donde hace referencia a tu libro “Como el Uruguay no hay”. Cuenta un poco las emociones que le provocó leer toda la historia familiar. A partir de eso, compuso una canción que se llama “Mar abierto”. ¿Qué te generó eso, leerte en el libro de tu hijo?*

En el mes de julio va a aparecer una parte de mi libro en esta revista [muestra la revista *Aktuell*]. Una traducción de la primera mitad de mi libro.

*Te decía que Daniel publicó un libro. ¿No sé si te acordás? [le entrego el libro que llevé por casualidad] Y cita tu libro ahí. Es un libro de Daniel. ¿Vos lo conocías?*

[suspenso mientras inspecciona el libro] ¡Ah! Tengo mala vista.

*Es de Daniel.*

¿Quién es?

*Daniel, tu hijo.*

[sigue rato inspeccionando el libro] Y este libro ¿cómo nunca llegó a mis manos?

*¡Ah! ¿Nunca llegó a tus manos este libro? ¿Querés que te lea algo?*

Sí

*“Recibí el libro de mi viejo con una cierta dosis de aprehensión, porque la historia del horror de la Segunda Guerra Mundial siempre estuvo muy presente en mi familia. ¿Era realmente necesario seguir dándole vueltas a una historia tan pesada? ¿Cuál es el momento en que la necesidad de recordar y entender de dónde venimos se transforma en un ancla que nos condena a vivir, repitiendo la lógica del pasado? Para mi asombro, el libro me atrapó de tal forma que lo empecé a leer*

*en la tarde y no paré hasta que amaneció al día siguiente. Esa misma madrugada, desvelado y con una contractura en el cuello, compuse de un tirón la canción 'Mar abierto' y de inmediato tuve la sensación de que esa era la canción que me faltaba para terminar de darle sentido al disco. El libro de mi padre me había contado de una forma pormenorizada una historia que pensaba que sabía de memoria pero que estaba llena de detalles asombrosos que o bien no recordaba o nunca antes había escuchado. Entender las peripecias que pasó con tan solo 4 años al salir de Berlín, primero hacia París y de ahí a Marsella para subirse a uno de los últimos barcos que escapó de Europa, me dio la clave para entender un montón de cosas sobre su forma de vivir y ver el mundo. Pero, por sobre todo, me dio claves fundamentales para entender mi propia forma de llevar la vida". Y sigue un poco más ¿No sabías?*

*¿Y por qué? ¿Cuándo salió este libro?*

*En el 2015 creo. Hace como 8 años.*

Esto es típico de Daniel. ¡Ay, Dios! Mirá [me muestra un video de una cena familiar]. Daniel estuvo el sábado. No, el viernes de noche. Hicimos una cena de shabat acá, y vino Daniel con sus hijas.

*¿Así que no conocías el libro este de Daniel?*

No

*El psiquiatra del protagonista se va mechando a partir de la mitad del libro, más o menos. ¿Por qué introducir al psiquiatra?*

Eso está eliminado

*¿Por qué? ¿Bueno, por qué ponerlo? ¿Y por qué sacarlo?*

Porque yo nunca tuve un psiquiatra, ese era un invento mío.

*¿Y qué quisiste lograr? Porque algún propósito tenía en la narración, por algo lo incluiste en su momento.*

Sí, porque el psiquiatra me hizo escribir *La Carta*.

*Ah, pero después de la Carta, el psiquiatra siguió.*

No

*Sí. Cuando surgía el miedo a enfrentar a la autoridad en Austria o en Alemania y a que el interlocutor pudiera ser un nazi o no. Ahí aparecía el psiquiatra.*

Sí, pero el psiquiatra no intervenía ahí

*Considerando la idea de que quien no recuerda la historia está condenado a repetirla. ¿Alcanza solo con recordar para que la historia no se repita o se necesita algo más que solo recordar?*

Ese tipo de dichos, son dichos que la actualidad ha desmentido totalmente. En este momento, si vamos a analizar la situación del mundo es terrible. Inclusive en Israel. Se está convirtiendo en un país derechista. Yo no quisiera emplear la palabra fascista, pero. Netanyahu y la alianza que tiene con los ortodoxos, cambia todas las cosas. ¡Ojalá que no, que no dure eso!

*¿Qué pregunta me faltó hacerte que te gustaría que te hicieran respecto al libro?*

Ya las preguntas que tendría que hacerme están en la tercera edición.

*¿Hay que leerlo! ¿Tenés idea de alguna fecha aproximada de publicación de esa tercera edición?*

No sé si voy a hacer una publicación para que esto salga a la plaza. Me interesa, sobre todo, tener el libro y hacer, quizás, unas diez copias para consumo interno, para consumo familiar. Yo ahora tengo doce nietos y algunos de ellos están interesados ya.

*Yo voy a querer una edición de esas.*

Vas a tener.

## **Anexo II – Pasajes del libro *Tres tiempos* de Daniel Drexler en los que menciona el libro de su padre, *¿Como el Uruguay no hay!***

Hubo dos hechos adicionales que me terminaron de convencer de que *Mar Abierto* era el título. El primero fue que un día de marzo de 2012 mi padre me entregó una copia de su nuevo libro, *Como el Uruguay no hay, (no hay cómo llegar)*, en el que relata la historia de cómo mi familia paterna se escapó en 1939 de la Alemania nazi.

Recibí el libro de mi viejo con una cierta dosis de aprehensión porque la historia del horror de la Segunda Guerra mundial siempre estuvo muy presente en mi familia. ¿Era realmente necesario seguir dándole vueltas a una historia tan pesada? ¿Cuál es el momento en que la necesidad de recordar y entender de dónde venimos se transforma en un ancla que nos condena a vivir repitiendo la lógica del pasado? Para mi asombro, el libro me atrapó de tal forma que lo empecé a leer en la tarde y no paré hasta que amaneció al día siguiente. Esa misma madrugada, desvelado y con una contractura (46)<sup>48</sup> en el cuello, compuse de un tirón la canción *Mar abierto* y de inmediato tuve la sensación de que esa era la canción que me faltaba para terminar de darle sentido al disco. El libro de mi padre me había contado de una forma pormenorizada una historia que pensaba que sabía de memoria, pero que estaba llena de detalles asombrosos que o bien no recordaba o nunca antes había escuchado. Entender las peripecias que pasó con tan solo 4 años al salir de Berlín, primero hacia París y de ahí a Marsella para subirse a uno de los últimos barcos que escapó de Europa, me dio la clave para entender un montón de cosas sobre su forma de vivir y ver el mundo. Pero, por sobre todo, me dio claves fundamentales para entender mi propia forma de llevar la vida (47).

No me acuerdo bien si fue cuando tenía 9 o 10 años. Estaba en la casa de mis abuelos, un apartamento en el barrio Pocitos que parecía una cápsula del tiempo del

---

<sup>48</sup> Los números que aparecen entre paréntesis refieren a la página del texto citado.

Berlín de la década de 1930. Me puse a revisar la biblioteca y entre un montón de libros en alemán encontré una gran foto con unas 40 personas posando en lo que debía ser alguna fiesta familiar. El mobiliario, la ropa de los fotografiados y hasta la luz me daban claramente la pista de que esa foto no era reciente y no había sido tomada en Montevideo. Fui hasta el escritorio de mi abuelo para preguntarle quiénes eran las personas que pasaban allí y qué tipo de ocasión las había reunido. Mi abuelo, que era muy solícito para responder cualquier tipo de pregunta que le hiciese, me sacó con suavidad la foto de las manos y me dijo con su fuerte acento teutón: “No importa Danielito, no importa”. Nunca oí a mis abuelos hablar de la guerra ni de cuál fue la suerte de la parte de la familia que quedó en Berlín. Tampoco recuerdo haber visto libros sobre el tema en la enorme biblioteca del apartamento, lo que a la distancia resulta muy llamativo, más teniendo en cuenta que la gran afición de mi abuelo era la historia judía. Donde sí recuerdo haber visto, (48) en demasía, libros sobre la segunda guerra mundial y sobre el holocausto en particular, fue en la biblioteca de mi padre.

El neurólogo y psiquiatra especialista en resiliencia Boris Cyrulnik sostiene que es un fenómeno muy frecuente que la generación que sufre un trauma calle lo ocurrido como forma de evitar lidiar con algo reciente y doloroso. En un punto es hasta comprensible que esa generación calle; hay un tiempo de negación que es necesario y hasta sano para proteger a la generación siguientes de la transmisión cruda del horror, que en los casos en que se da termina reproduciendo el trauma en los hijos. Pero el silencio, al mismo tiempo, transmite angustia y provoca dificultades en la adquisición de la base de seguridad en los individuos de la generación siguiente. Mi padre tenía cuatro años cuando inició el largo periplo que lo llevó de Berlín a Oruro, en Bolivia, y desde allí a Montevideo. Creo que en nuestra familia cumplió y cumple el rol de la generación que sufrió el trauma y al mismo tiempo el de la segunda generación, que es la que se empieza a interesar por las historias y que busca llenar el silencio.

En el mismo momento en que estoy escribiendo estas líneas (y casualmente en la misma casa), mi padre está corrigiendo su tercera novela, un larguísimo borrador

sobre la historia de una prima que sobrevivió a cinco campos de concentración. Me pregunto si a sus 80 años es un proceso beneficioso para su salud, más aún teniendo en cuenta que sus dos novelas anteriores ya tocaban el tema. Pero indudablemente, lo que terminé de entender en esta última década fue hasta qué punto su vida se vio atravesada por el trauma, y también estoy entendiendo hasta qué punto yo mismo, que vendría a ser segunda o tercera generación, estoy marcado (49).

¿Cuáles son las posibles motivaciones que llevan a una persona a escribir, a pintar o hacer música? Sin lugar a dudas deben ser muchísimas, y la gran mayoría de ellas son inconscientes. En los últimos años se me dio por pensar que a mi padre, llamándose Günther (nombre poco criollo si los hay), la venida desde Bolivia a Montevideo en 1945 debe haberle producido un fuerte deseo de identificarse y ser reconocido como parte de ese nuevo país que se le presentaba (53) como un remanso de prosperidad y tolerancia. ¿Tendrá eso que ver con el llamativo hecho de que a pesar de que en la familia casi no había antecedentes de músicos profesionales, tres de sus cuatro hijos estemos dedicados a la música? Incluso mi hermana Paula comenzó en la última década a trabajar como DJ (¡y qué buena que es!). En una sociedad como la uruguaya, en la que la canción de autor ha sido la disciplina artística con mayor desarrollo en la segunda mitad del siglo XX, dedicarse a escribir canciones debe ser una de las formas más directas de estar relacionado con la esencia de la identidad del país.

Ahora, desde que compuse y grabé *Mar Abierto* se me ocurrió una explicación adicional. La creación artística es uno de los mecanismos más efectivos para la generación de resiliencia. Crear es una de las maneras más efectivas de distanciarse de la emoción, “tocar” al otro y de esa manera hacer más liviano el peso de los traumas que se hayan podido sufrir en otras etapas de la vida. Idear un mundo imaginario en el que uno puede evadirse y generar un contexto a medida de sus propias necesidades, puede que también tenga que ver con la necesidad de escribir de mi padre y con las necesidades mías y de mis hermanos. Y utilizar la música — la disciplina artística empática por excelencia— como medio de expresión, tal vez sea mi forma particular de exorcizar el miedo. Subirme a un escenario frente a 10,

50, o 1000 personas que no conozco, “desnudarme”, recorrer países, encontrarme con personas de todos los grupos étnicos, de todos los credos, hablar, hablar mucho y con mucha gente distinta... Abrirme al mundo fue y sigue siendo una necesidad central para mí; quizás la vida de músico haya sido a lo largo de todos estos años mi principal tutor de resiliencia.

El individuo que desarrolla resiliencia tiene la capacidad de ponderar los riesgos de una forma equilibrada. No se trata de que tenga una actitud naif, porque los peligros existen; se trata de percibir los riesgos del entorno en su justa medida. Incluso a la hora de detectar las situaciones peligrosas, la persona resiliente es mucho más efectiva. No sé si mi padre logró curar la (54) herida totalmente. A veces siento que el miedo lo sigue condicionando y que sigue percibiendo al mundo como un lugar hostil y lleno de peligros. Tiene sus razones; probablemente para mí el proceso haya sido mucho más fácil por haber nacido en Sudamérica y ser hijo de un matrimonio mixto. El hecho de que mi viejo se haya casado con una uruguaya atea y de raíces asturianas, es una evidencia clara de que a pesar de todas las dificultades que se le presentaron en una edad temprana, logró superar varias de las barreras que el miedo le puso en el camino. Pero claramente la huella del trauma de la infancia lo acompañó toda la vida y lo condicionó en su manera de percibir el entorno.

Los modelos referenciales que tenemos nos condicionan tanto cuando lo seguimos como cuando los tomamos como anti-modelo. Puede ser que en reacción a esa forma de cerrarse al mundo que creo percibir en mi padre, yo haya desarrollado una actitud de apertura en varios aspectos de mi vida que está prácticamente en las antípodas. Al mismo tiempo, compuse gran parte de las canciones de *Mar Abierto* pensando en el duro camino que a mi viejo le tocó recorrer, en su apego a la vida y en su maravillosa capacidad de armar un nuevo camino de este lado del océano (55).

Soy hijo de un judío secular alemán y una uruguaya atea descendientes de asturianos. Mi casa fue, desde que tengo memoria, un ejemplo de sincretismo donde mi abuelo materno se (57) disfrazaba de Papá Noel mientras mi abuelo paterno nos

ponía los regalos de *Janukah* a los pies del arbolito de Navidad. Por no haber nacido de vientre judío, desde el punto de vista de gran parte del judaísmo no soy judío. Ese criterio me parece anacrónico y aberrante. Al mismo tiempo, me siento inmerso en un bagaje cultural que me genera una gran cercanía con varios aspectos del judaísmo que, en la gran mayoría de los casos, no tienen que ver con cuestiones religiosas. Empatizo especialmente con el aporte que el pueblo judío ha hecho al desarrollo de una visión librepensante de la realidad y con el desarrollo de una cultura basada en la crítica y en la confrontación de ideas. Lo que más me interesa del judaísmo está ubicado en la periferia del mismo y no en su centro, que por lo general tiende a ser conservador y reaccionario. Me interesa la parte del judaísmo de dónde provienen —entre otros— Jesús, Niels Bohr, Bob Dylan, Albert Einstein, Leonard Cohen, Karl Marx, Baruch Spinoza, Zygmunt Bauman, Sigmund Freud y Maimónides.

Desde que tengo conciencia vivo en equilibrio entre dos fuerzas opuestas. Por un lado, el deseo de vivir —y transmitirle a mis hijas— lo bueno que aprendí del judaísmo, tratando de evitar toda la parte que tiene que ver con el nefasto concepto de “pueblo elegido”. Mis hijas tampoco nacieron de un vientre judío, por lo que creo que esa noción les va a resultar aún más lejana que a mí. Por otro lado, tengo la ambición de ser un ciudadano del mundo en pleno siglo XXI y soy consciente de que no hay forma de ser viables en un planeta que nos va quedando chico, sin dejar de lado los sectarismos que heredamos de la antigüedad. Todo aquello que a partir de una intención religiosa termina separando al hombre del hombre me parece un sinsentido triste y trágico. También me parece contraproducente otro aspecto bastante frecuente dentro del judaísmo: la tendencia a instalarse en el rol de víctima perpetua. Ese rol es especialmente perjudicial cuando uno quiere resolver cualquier tipo de conflicto, porque si se parte siempre desde el lugar del damnificado, es muy difícil leer al otro (58).

Tengo 46 años. Estoy parado en un punto de mi vida en el que siento que tire gran parte del lastre por la borda. Lastres relacionados con mis orígenes, con mis discapacidades y también lastres relacionados con las expectativas profesionales de

mi entorno familiar. Quiero vivir una vida plena, sin que ataduras atávicas signifiquen un freno en mi recorrido. Al mismo tiempo, entiendo que un árbol no da flores si no tiene bien ubicada a sus raíces. No pretendo negar la realidad, es cierto que el mundo está lleno de peligros, pero me gustaría tener la posibilidad de ponderarlos en su justa medida. De aquí en más, los lastres que lleve espero que sean los que haya generado con mis propias acciones. A partir de este punto, todas las puertas están abiertas y todas las direcciones son posibles.

Lo peor que uno puede hacer si sale al mar, es salir con miedo. *Mar abierto* es asumir la esencia azarosa de la modernidad líquida y disfrutarla. Es pararme en mi región y en el mundo con una actitud lo más abierta posible, buscando tender puentes empáticos con todo lo que me rodea. *Mar abierto* es, sobre todo y a pesar de todo, saber soltar las velas al viento y confiar (59).

### Anexo III – Entrevistas en distintos medios

- Drexler, G. (29 de octubre de 2015). “Entrevista a Günther Drexler”, en *El Observador TV*. Disponible en: <<https://www.youtube.com/watch?v=un3lqMUb1YQ>>.
- Drexler, G. (22 de enero de 2019). “Günther Drexler: el largo camino a la salvación de la familia del cantante Jorge Drexler”, en *Radio Sefarad.com*. Disponible en: <<https://www.radiosefarad.com/Günther-drexler-el-largo-camino-a-la-salvacion-de-la-familia-del-cantante-jorge-drexler/>>.
- Drexler, J. (31 de mayo de 2024). “El conmovedor mensaje de Jorge Drexler tras cantar en Berlín, la ciudad de la que su familia debió escapar”, en *El País*. Disponible en: <<https://www.elpais.com.uy/tvshow/musica/el-conmover-mensaje-de-jorge-drexler-tras-cantar-en-berlin-la-ciudad-de-la-que-su-familia-debio-escapar>>.
- Kroch, E. (18 de mayo de 2017). “Ernesto Kroch - (Testigos - TV Ciudad 2009)”, en *Casa Bertolt Brecht*. Disponible en: <<https://www.youtube.com/watch?v=lZBxJzCXbF0>>.
- Kroch, E. (19 de mayo de 2017) “¿Quién era Ernesto Kroch?, según su compañera Eva a 100 años de su nacimiento”, en *De fogón en fogón*. Disponible en: <<https://www.youtube.com/watch?v=n7Pvnd0MtJU>>.
- Weil, E. (19 de mayo de 2017). “Eva Weil de Kroch como alemana perseguida por los nazis y como uruguaya por la dictadura militar”, en *De fogón en fogón*. Disponible en: <<https://www.youtube.com/watch?v=J7fjLnE-a7U>>.